

El dulce calvario de la señorita Salus
(Premio Internacional "Vargas Llosa" 2000)

Edita y distribuye: Universidad de Murcia
ISBN: 84-8371-218-0

Pedro Sevylla de Juana
valdepero@hotmail.com
www.sevylla.com

En la mañana luminosa del domingo la señorita Salus decidió caminar hasta el rastro del vecino barrio de Tetuán; más que nada por curiosear, único vicio que ha decidido no reprimir, pues le admite una utilidad práctica que los sicólogos recomiendan. Una curiosidad sana, como la suya, perfora una zarcera por donde se renueva el aire de la bodega angosta en que se ha convertido su mente. Se levantó animosa y preparó un vaso de leche bien cumplido; lo introdujo en el horno buscando elevar su temperatura unos cuantos grados, y mientras lo observaba girar, blanco como una conciencia sin mácula, advirtió que la tibieza configura su obsesión: ni calor ni frío pretende. No se ciñe la búsqueda del equilibrio al presente punto de los alimentos, que pudiera ser saludable, sino que invade todos los órdenes de la conducta. Vive huyendo de los extremos, convencida de que en el medio está la virtud. Y puede hallarse en un error; instintivo, involuntario, ciertamente. Tal vez en algún momento situado en un futuro impreciso, habrá de arremeter contra la ponderación con todas sus fuerzas, tratando de llegar hasta el confín bueno, extremo de la virtud íntegra.

Su director espiritual le acusaba de moderada en la fe, de indecisa en las relaciones con Dios; pero está convencida de que un día vendrá distinto y fijará el renovado espíritu a su comportamiento. De esta manera se lo prometió al sacerdote, él lo vería:

-Llegará la muda en cualquier momento, y será un instante jubiloso de fervor verdadero, encendido de auténtica pasión, pues mi alma canta a menudo al Señor y bendice la inmensa obra desarrollada y puesta en orden, enfilada en un sentido que yo todavía no alcanzo a intuir en toda su compleja sencillez. Entonces saltaré la barrera que aún es obstáculo y me entregaré

sin condiciones, pues sospecho que, ciertamente, las medias tintas no valen con el Creador.

-Amén -alcanzó a decir el sacerdote acosado por tal vehemencia orgullosa; y desvió su ataque a la soberbia, que mostraba el hocico feroz por entre las preciosas palabras- amén, hija mía, mas ten en cuenta que la vanidad es un perro rabioso que devora a su propio dueño. No olvides que sin el Señor somos el barro de que se sirvió para formarnos, la nada de que hizo el barro.

Tomó, Salus, mientras resolvía acelerar el proceso de entrega, pequeños sorbos del albo líquido a medio cocer, y rechazó, por escrúpulo de gula, una insípida mantecada industrial, distinta a las tantas veces recordadas en memoria procedente de la infancia. Se le hicieron presente, cortando el hilo de su religioso pensamiento, las mantecadas y rosquillas elaboradas y cocidas por su abuela en la panadería del señor Gildos. Horno de leña que ardía a trechos -infierno humanizado por un imposible Lucifer benévolo- lanzando amenazadoras llamaradas y liberando aromas de roble y tomillo, de los que se beneficiaban las calles adyacentes. El pueblo de su memoria es Encinas de Esgueva, lugar donde tiene raíces tan profundas que ni el recuerdo de los más ancianos, ni el testimonio de los deteriorados documentos, alcanzan a ver: padres, abuelos, bisabuelos; y más allá, otros, con sus mismos ojos y un andar parejo, hasta llegar a Noé y al mismísimo Adán.

De esa manera, tan animosa como se había levantado, con un vestido discreto -gris perla- muy apropiado para su edad, se dirigió a la calle. Por lo temprano de la hora, para hacer tiempo, quiso recorrer previamente la Plaza de Castilla, ya que los puestos no terminan de formarse antes de las diez. Aunque, bien mirado, no resulta un inconveniente presenciar el tejemaneje que se traen los propietarios al montar las mesas y los techos protectores. Barras de soporte, fundas y cubiertas; mercaderías variopintas extraídas de furgonetas que son como chisteras mágicas, como cuevas de Alí

Babá. Se suman una asombrosa habilidad, una precisión, una economía de gestos, hijas, sin duda, de la reiteración. Dio, por ello, la vuelta; tomó Bravo Murillo hacia abajo, pensando en sus cosas, en sus temas recurrentes, aceptados porque son, con certeza, sus insoslayables problemas, la razón de su lucha diaria, de su avance en columna de uno con la espada en la mano, armadura de fe y esperanza, doncella de Orleans rediviva. A estos fantasmas reales sí se enfrenta, contra ellos se manifiesta impetuosa; nada de delicadeza en la lucha por la memoria de sus hermanas, nada de suavidad en la defensa de los intereses familiares.

Satisfecho de ella debiera sentirse el confesor que dirigía sus pasos inmateriales, su conducta de intenciones y fines; sin embargo, en esta ocasión tan esencial, hablaba de ira el sacerdote, de venganza, de persecución, para definir lo que ella considera un deber afrontado con valentía y coraje. Recomendó un perdón verdadero, una especie de amnistía para los culpables del atropello y ella, una vez disparada como flecha, no pudo detenerse ni variar la trayectoria. Quizá de ese modo particular que él tenía de ver las cosas de ella, vino el alejamiento. Se negaba a darle la absolución argumentando que el arrepentimiento no estaba presente, y sucede que Salus no se consideraba en pecado. Varias veces resultó el sacramento una negociación infructuosa, terminada la cual abandonaba el confesionario respetuosamente, con los ojos bajos, pero herida, llena de desconfianza. Quizá del frecuente desengaño, de aquellas retiradas sin victoria pero sin sometimiento, viene la separación paulatina hasta quedar en nada, en un olvido roto a intervalos, cuando en su mente aparece el hombre, elevada envergadura y rostro serio, dueño de sus cuarenta y ocho años bien cumplidos. En cierto modo parecido a su propio padre, en algunos aspectos semejante al hijo que hubiera querido tener, dotado el sacerdote de ciertas características del imaginado esposo que a veces pensó real y concreto: pecho de hombre, brazos de hombre, manos de hombre, cara y boca de hombre. Perdió un recipiente de preocupaciones, y una fuente de veredas

orientadas hacia la salvación de su alma, tan desamparada, tan necesitada de guía; y no ha pensado en sustituirlos, aun apesadumbrada como camina bajo la carga excesiva de la que no sabe desprenderse. Vino bien recomendado, se dice a sí misma, fue Agripina quien lo ponderó con énfasis, habló de él prodigios de santidad; razón bastante para que teniendo a un paso la parroquia recorriera media ciudad en su busca. ¡Qué modo tenía de pagar el ingrato!

Las inquietudes que ocupan su mente son como los enemigos que toman una ciudad y restablecido el orden se quedan en ella, implantando sus costumbres y adueñándose, poco a poco, de la voluntad de los habitantes. Seguras de su dominio se ausentan las preocupaciones hacia otras correrías, dejándole una paz ambigua, situada entre la languidez y el desasosiego. Mas no deben de ir muy lejos porque retornan al poco; cansadas, sí, pero aguerridas, duchas, templado el ánimo.

Llegó Salus a los inicios y vio organizar el mercadillo como un campamento de soldados independientes entre sí; y fue esta libertad de actuación y lo coherente del resultado lo que le llamó la atención. Tiene ella la idea arraigada del árbol necesitado de tutor para crecer erguido; y el ir y venir de varones y hembras de distintas edades sin un plan impuesto le admira. No ve el rodrigón que encauza, acompaña y protege; y esa ausencia le desazona durante breves momentos. Primero el suelo se cubrió de piezas, dejadas al azar, sin orden visible. Luego se alzó un esqueleto de barras metálicas, distintas en forma y en color. Le siguió un despliegue de lonas coloreadas que a modo de carne iban cubriendo los huesos. Recibieron éstas, por último, una avalancha de género procedente de los puntos más alejados del orbe: América y Asia, la Europa vecina; países exóticos cuyos nombres leía claramente o intuía con dificultad escritos en los envases, según fuera el idioma que los explicaba.

Tres horas después sucedió el incidente. Había visto todo lo allí expuesto; supo descubrir las gangas y se atrevió, incluso, a preguntar precios

o a regatear sin franca intención de remate. Cansada como un perro miraba un puesto de ropa interior, fina seda de colores pálidos, exhibida sin decoro sobre un mostrador de tablas disimuladas por un cobertor rosa muy sobado. Tratábanse de prendas sensuales convertidas en símbolo, en representación de lo que habitualmente ocultan, tan íntimas como la desnudez de las personas, como la secreta fisiología cuyo desarrollo acompañan. Fue esa visión, producida en lugar impropio, lo que la puso en la pendiente del mareo; o el estómago casi vacío. Se inclina más por esto segundo. La privación circunstancial de alimento suficiente, y la arrastrada debilidad, producto de las comidas frugales de los últimos tiempos, se sumaban, situándola en la pendiente lisa por donde su consciencia comenzó a deslizarse. Sufrió, en natural consecuencia, una bajada repentina de la tensión, una lipotimia, cualquier alteración del orden orgánico; el caso es que vio todo oscuro y se sintió leve, ligera como una pluma que desciende a un pozo de negra dulzura. Cayó blandamente al suelo, y su cabeza dio en la esquina de un puesto que ella había visto disponer sin sospecha alguna de enemistad. De allí la recogieron los de la ambulancia, rodeada de transeúntes, sin aire apenas para llenar sus pulmones faltos.

Ignoraba cuando había sido condenada a muerte, primera de las catorce estaciones de su particular víacrucis, aunque podía concluir sin miedo a error grave que sucedió el propio día de su nacimiento. Debió de ocurrir que, tras el primer azote y el irreprímible llanto, le cargaron la cruz. Algo especial verían en ella los inhumanos sayones, en su pronta respuesta al cachete de bienvenida -rebeldía, sometimiento, quién sabe- para creerle digna, capaz de soportar el pesado leño, de llevarlo hasta la cima del monte Calvario, de apurar hasta la última gota el cáliz de la Pasión imitando a Cristo. A pesar de su esfuerzo por alejarse de la arrogancia, estaba convencida de que se enfrentaba a la Estación Tercera. No rechazó al instante el pensamiento pues sabía que no se da el pecado si el anhelo se sostiene a un palmo de la sobrevaloración, si no falta la complacencia a la verdad,

manteniéndose ésta en los justos términos medios tan loados. Afortunadamente la suerte estuvo de su parte y del inquietante golpe recibido en la frente -tras dos radiografías, unos análisis y cuarenta y ocho horas de observación- no quedó sino una puerta abierta a la desconfianza en sus inocentes pies, en sus piernas sin culpa; una ventana que mira al descrédito de sus propias fuerzas, al recelo ante las nuevas salidas. Sí, en adelante iba a limitar la duración de los paseos, la longitud, acaso; cercando la manzana, llegando, todo lo más, a la parroquia. Se expondría menos, de acuerdo; pero no reforzaría el desayuno, pues ahí, en la intemperancia, lo mismo que en la pereza, sabe de siempre al demonio agazapado y volvía a sentirlo con toda nitidez.

Habita Salus el sexto piso de un edificio situado en el lado noble del Triángulo de Oro, junto a oficinas de alto precio y hoteles muy afamados. Su calle posee notoriedad por discurrir cercana a grandes avenidas que se abren a la ciudad y al país entero. Goza la vivienda de dos balcones dueños de unas vistas de envidia, y un ventanuco que domina callejas que no van a ningún lado, pues tras dar un giro mueren frente a un desnivel por ahora insalvable. Tal desajuste es el resultado perceptible de los frecuentes cambios de un plan urbano, servidor de intereses que ella desconoce. Hay casucas al lado cuyo suelo posee más valor raso que sustentando un edificio, por eso nadie repara goterones ni recubre desconchados. Esperan los propietarios que el Ayuntamiento declare en ruinas al inmueble, y la piqueta pueda dar paso a la especulación. Los inquilinos pagan con su incomodidad el provecho de los caseros, sabiendo que cuando el derribo llegue, ellos, ancianos en su mayoría, no tendrán adonde ir con su mísera pensión y su soledad enferma. Eso explica la discordancia del conjunto, pues al abrigo de construcciones espléndidas se acurrucan chamizos alquilados a empresas que, conviniéndoles la zona, no pueden pagar elevados traspasos. Fotomecánicas, imprentas, o cualquiera de las actividades diversas de las artes gráficas, metidas de lleno en la crisis, allí han fijado su sede. Se trata de

un barrio en permanente cambio por el que ella se mueve con prudente lentitud, adentrándose en sus recovecos segura de saber donde han abierto una zanja o han cortado la calzada, conocedora de las alternativas posibles que, otros, más modernos allí, ignoran. A pesar de contar con esa ventaja en su haber, toma cuidado y cruza por los pasos de peatones cuando la luz verde le indica que está permitido, y espera paciente frente al rojo. Ancianos ha visto seguir su vacilante marcha sin observar previamente si vienen autos, fiados en la habilidad de los conductores; y algunos pagan la imprudencia con su frágil vida, o con el quebranto de huesos que ya no admiten soldadura.

A Salus la conocen en los bancos, en las tiendas de ultramarinos y en los comercios de objetos del hogar; siendo muy apreciado su carácter dulce y apacible que nunca se altera. Es valorada también entre los vecinos, de los cuales recibe la colaboración imprescindible. Pero donde la sueñan, asegura, es en la parroquia, y ahora, en su trance, piensa recoger la cosecha de los años de arada y de siembra, de los tiempos de la ayuda prestada por sus débiles brazos, y de las limosnas cuantiosas entregadas en forma de dinero y ropa, todavía en buen uso, que ella sustituía por otra de estreno. Allí, en el sótano de la catequesis, lo que pida, afirma; pero el párroco es joven, vino del seminario hace unas semanas y los feligreses, para los que el tiempo pasa, se van renovando en las tareas de caridad. Así que pregunta por Juan en Burgos, como decían, cuando era niña, los de su pueblo en casos similares.

Está tan cercana mi caída en la calle, víctima de un desvanecimiento que, la de ahora, refuerza el daño sufrido. Temo haber iniciado un Viacrucis y me veo imitando a Cristo en su andadura, pesada cruz al hombro y corona de punzantes espinas, tercera y séptima estaciones. Consciente de que estoy a punto de incurrir en un terrible pecado de soberbia, al instante rechazo el pensamiento, trazo una cruz en el aire, veloz como el relámpago -situando los puntos culminantes en la frente, el pecho y los hombros- y hago profesión de fe, intentando alejar la tentación aquí presente.

Este otro percance de la bañera me sucede casi dos semanas más tarde, anochecer de viernes. Pasa la hora de las nueve y media de la noche, lo sé porque el telediario que suelo ver ya va por la información del tiempo. Decido bañarme pues me siento manchada e incómoda; me cerca una sensación extraña de suciedad que se repite desde niña cuando por cualquier razón me desestimo. Algún motivo habrá que no alcanzo, para que llegue a mí ese sentimiento en un viernes de rezos; misa en la mañana, y en la tarde rosario. Es como si una lluvia de barro -polvo fino del desierto desatado en agua- hubiera descargado blanda sobre mi cabeza y escurriera mansamente por el cuello hacia abajo. No es el azar quien nos escoge y nos une a mí y al desasosiego, razón ha de haber, pues estuve pensando en los míos. En una niña pequeña y bulliciosa, que era la alegría de la casa y tuvo una muerte trágica, pensé; en un pastorcillo que nos traía leche y cabritos, hijo del obrero que, cuando mis padres eran labradores, llevaba el rebaño a los pastos. Pensé en mis abuelos, hechos ya el uno al otro como llave y candado cuando tuvieron que irse, llamados desde la eternidad por una voz

que invitaba a la obediencia sumisa; luego llevé mi pensamiento hacia mis padres, tan dispares ellos como el día y la noche; y por fin hasta ellas, mis hermanas del alma, que me dejaron un encargo difícil.

Me baño los viernes cuando llega la noche, porque lo aconseja la experiencia; alternando el agua caliente y la fría se relajan mis músculos, y quedan laxos los miembros como si no fueran con ellos las órdenes de moverse o cambiar de postura. Arrebujada en el lecho consigo un sueño placentero que dura hasta la madrugada, y es raro, ya que suele la penumbra de mis ojos anidar en ellos inquieta, dando a mi mente ocasión de pensar en la marcha de la ofensiva que después de mucho sopesar inicié en solitario. Contando con unas fuerzas que parecen huidas o en trance de iniciar la general desbandada, acometo -no sé si lo saben pues siempre lo relato- a los malhechores que burlaron a mis hermanas buscando la toma de propiedad de sus bienes. La costumbre del baño es relativamente nueva, hasta hace cosa de un lustro me duchaba siguiendo indicaciones de mi confesor, que veía esta práctica más conveniente a la virtud; ignoro las razones que le asistían, porque nunca se explicó de suyo y yo no me atreví a preguntar.

Voy desnudándome en el dormitorio, acogedor a pesar de encontrarnos a mitad de un invierno muy seco de amaneceres fríos; si el tiempo no muda su capricho, habré de encender la calefacción también en las horas tempranas. Está la habitación hecha a mis necesidades, íntima, personal; mueble a mueble han ido encajando las piezas. A modo de adorno se suman los cuadros de las paredes, que no son otra cosa que estampas crecidas, religiosa recreación de las extraordinarias vidas de los santos más nombrados. Y unas figuritas de porcelana que parecen descansar sobre los estantes vacíos de la librería, representando piadosas actitudes terrenales: la plegaria ante una imagen del Corazón de Jesús que unos niños depositan como si se tratara de un óbolo, el ayuno de un anacoreta en paraje desértico, espacio rasgado por un tronco hueco que sirve al eremita de morada.

Prenda a prenda descubro mi cuerpo de anciana que lo ha respetado como al Sagrado Tabernáculo que es, depositario del testimonio de la alianza con el Todopoderoso. Dejo deslizarse el delicado raso de mi ropa íntima, que cae manso a mis pies descubriendo el cíngulo de esparto ceñidor de las marchitas caderas, verdugo moderado en su aspereza burda. Desuno el cordón y aparece -testigo de su efecto- una rojez que tira a morada en su asiento de carne estremecida. Observo el contraste que ofrecen mezclados sobre el taburete raso y esparto, y me veo morigerada, en efecto, pero sin duda también voluptuosa. Y es que la contradicción integra mi identidad: raso y esparto soy. El barro y un soplo divino originaron al género humano, y no iba yo a ser la excepción a tan extensa regla.

Buscando evitar una impresión desagradable, mediada la bañera de un agua tibia, cercana a mi temperatura, introduzco la pierna derecha hasta tocar el resbaladizo fondo, esmaltado de un blanco pervertido por el férreo orín que causa el discontinuo goteo del grifo. Mientras, mis dedos, temerosos, se asen al conjunto de espitas -izquierda y derecha, círculo rojo en la que corresponde al agua fría y azul en la destinada al chorro caliente- tergiversado su orden común, seguramente producto de algún convenio internacional aquí burlado. Una vez más sonrío movida por la broma o el yerro del operario encargado de su instalación, y tomo impulso del asidero, evitando forzar el comienzo rígido del flexible tubo de la ducha. Logro alcanzar la pierna izquierda a su compañera, y un suspiro de alivio se escapa de mis pulmones por la puerta entornada de la boca. Recostada en la muralla que contiene la líquida tibieza en su seno, observo el hacer y deshacer de la espuma, los continuos disimulos o apariciones de las manos, guías de una esponja respetuosa con los territorios íntimos de mi piel. Todo transcurre dentro de una normalidad cien veces repetida, minucioso suceder de los discretos gestos, hasta que, terminada la ceremonia, fuera ya del recipiente, llega el crítico momento de secarme los pies con la toallita rosa que lleva mis iniciales bordadas con hilo trigueño. Felpa de puro algodón la compone, al

igual que a la toalla de la cara o a la sábana de baño con las que forma conjunto. Sentada en el borde de la bañera desde el lado externo -por miedo a que la banqueta destinada a ese uso, rígido hierro de las patas, sin funda, resbale sobre las húmedas baldosas como la semana anterior- alzo las manos que sujetan el pie derecho hasta dar una posición descansada a la espalda, a la espina dorsal tan comodona que en seguida envía su protesta por medio de un suplicio agudo. Es en ese instante preciso cuando, resultado del esfuerzo, mi cuerpo se inclina hacia atrás y recibo un peligroso golpe en la nuca, quedando yo encajada en el hueco de acero esmaltado que poco antes estaba mediado de agua jabonosa; cálido flujo que andará recorriendo túneles y alcantarillas, buscando, a través del río, el mar caudaloso repleto de una vida infatigablemente renovada.

Mi mente se aturde; un dolor rojizo, dimanante de la parte superior de las vértebras, punza su impalpable superficie y va penetrando en la substancia cualquiera que sea el lugar de su asiento. Permanezco inmóvil durante un rato indefinido en sus bordes, inconcreto en su duración, tras el cual intento incorporarme sin resultado. Quizá, moviendo lentamente las piernas y colocándolas por entero dentro de la bañera, sería posible izarme, impulsar al cuerpo hacia arriba. Lo ensayo sin conquista, aunque logro, eso sí, reactivar la circulación sanguínea en sus conductos angostos, privados de caudal, y miles de puntitos burbujan en los pies produciéndome un desagradable efecto acumulado. Quiero alzarme a mí misma y, en ese camino, apoyo las manos en el fondo tratando de girar; pronto me doy cuenta del peso excesivo que opongo a mis débiles fuerzas, porque apenas me muevo. Rechazo de corazón mi cuerpo cargante: los frágiles e inocentes huesos soporte del lastre que representa la carne; y ésta -ávida de atenciones como una gata sensual que buscara caricias y cuidados- frenando mi intento de pureza y salvación.

Me hubiera preferido alma sólo, de un ir y venir ligero flotando en el ambiente, teniendo contacto intelectual con los otros; entrelazándome con

ellos sin peligro de pecado, amándolos con un amor virginal e inmarcesible. Espíritu puro al que entrara por ósmosis el saber del universo al completo, Cielo e Infierno y sus diferencias esenciales. Nuevamente me enfrento al reposo, ensayando posturas variadas e insólitas, sin encontrar la buena. Fatigada, abandono los infructuosos tanteos, y en postura de forzada quietud me dispongo a analizar el percance y sus consecuencias. Trato de atrapar una luz que ilumine pensamientos útiles, provechosos principios de la física, hijos del raciocinio práctico y de la experiencia. Al no acertar con la idea apropiada que coloque erguido a mi tronco –masa reseca de torpe adobe sobre los quebradizos pies de barro- poco a poco me invade la consciencia de estar sumida en una desdicha inevitable. Con la misma lentitud me desengaño de la excesiva confianza puesta en mis propios medios, anciana desvalida que ni marido tiene, ni hijos animosos que la socorran. En trances parejos el ser humano se descubre en su diminuta pequeñez, y conoce que forma parte de un todo en permanente interrelación, donde él es tolva que recibe de los otros y arcaduz que devuelve transformado. Su grandeza es la grandeza de la creación, microbios y planetas junto a los intermedios; mezclándose con ellos, homogeneizándose y tendiendo, al mismo tiempo, hacia la individualidad.

¡Pero qué me digo! Salen de mí boca frases huecas aprendidas de memoria en las lecturas santas; verdades increídas, y por ello impracticadas. Miente mi deseo de rescate: la desconfianza fue una constante en mi sentimiento, una línea recta en mi conducta. El auxilio pasa en este momento a representar la única esperanza; “la única, ¿lo oyes?”, por eso me entrego. Debo aceptar, aunque carezca de práctica, lo que venga de los vecinos, de los desconocidos incluso, pues ahora sé que el rechazo de ayuda es una manera sutil de egoísmo y soberbia. La caridad me dice que hasta de los enemigos he de admitir y, aún a riesgo de perder la vida, dos excepciones establezco: de ellos no, madre e hijo, violentadores de mis hermanas, torcedores de su voluntad, de ellos ni el pan, ni la sal, ni el aire siquiera.

Transcurre la primera hora sin una clara estimación de mi caudal de posibilidades, auténtica fortuna del instante presente. Sesenta minutos sin hallar el verdadero perfil de las ocasiones propicias, y sin diseñarlo nítido, coherente con la realidad. Intento eludir el abatimiento que como un avispon negro y amarillo me acecha con sus ojos compuestos, en orden de combate el aguijón venenoso, alerta sus patas repletas de gérmenes tomados de muladares cercanos, dispuesto a contagiar enfermedades incurables: el paludismo, el mal del letargo. Temo al sueño esquivo, a la bendita dormición, buscados con ahínco durante los últimos tiempos y mutados en hostiles por las circunstancias adversas. No he de dormirme, no; debo estar atenta al menor indicio que suponga una presencia humana: el roce de unos pasos en la baldosa fría, la palabra suelta, escapada de unos labios mudos, el tintineo de unas llaves, el timbre de la puerta o del teléfono.

Las pantorrillas, los pies, insensibles, van tomando un color azulado y un tacto gélido hasta donde llegan las manos, las yemas de los dedos. Dobradas por la rodilla, las piernas van dejando de pertenecerme. El progresivo agarrotamiento me sitúa en trance de comprender a los paralíticos, a los lisiados; me hago por un momento unidad indivisible con ellos y, compartiendo el tormento y la necesidad de favor, les dedico una oración que aprendí de párvula en el colegio de Medina del Campo. Es una loa al Creador, rimada en asonante, que cantábamos agradecidas por habernos dado la libertad de servirle con la suma de nuestras potencias; capacidades todas ellas de Él recibidas. Un molesto hormiguillo me llega después de cada vibración animal; evolución aceptada como un triunfo sobre el árbol que permanece estático en mí; sobre la piedra que, atrofiándose, descubro intrínseca en mi ser. Agua y minerales soy, impulsos eléctricos, reacciones químicas, y un soplo divino que lo pone todo a funcionar siguiendo una norma estricta, perfeccionada a lo largo de millones de años. Aunque cada célula de mis extremidades inferiores explote en diminutas estrellas punzantes y suponga una tortura, las sé irrigándose, recibiendo oxígeno,

alejándose de la gangrena; y esta apreciación me llena de gozo. Retrocede entonces mi pensamiento hacia lejanos instantes que creía olvidados definitivamente. Va creando una tras otra inéditas situaciones y, en mi modestia, no es protagonista, si acaso testigo y relator.

Don José Martín Valiente, Procurador de los Tribunales, en nombre y representación de Salustiana Caballero Niño, de conformidad con lo que acredita la escritura de cesión de poder a mi nombre, que recibo, acepto y acompaño; ante el Juzgado, comparezco y digo:

Que vengo a interponer demanda de juicio ordinario con el objeto de que sean declarados nulos los testamentos otorgados por Mampálica Caballero Niño en fechas, 6 y 30 de marzo de 1.993, e incapaces para suceder, por causa de deshonor, a José María Pérez González e Inés Pérez González, domiciliados a efectos de notificaciones en Toledo.

HECHOS

PRIMERO: Que mi mandante, Salustiana Caballero Niño, es hermana de Mampálica Caballero Niño, fenecida en Madrid el día 25 de julio de 1.993, festividad de Santiago Apóstol, a los 83 años de edad. Siendo la causa de su extinción un paro cardíaco producido por insuficiencia respiratoria, neumonía e infección generalizada, según consta en el Certificado de Defunción expedido por el Registro Civil.

La causante Mampálica dictó testamento pocos meses antes de morir, concretamente el 30 de marzo, ante el Notario de Madrid Don Fidel Rubio, nombrando herederos a Inés Pérez González y José María Pérez González; siendo las cláusulas testamentarias del siguiente tenor literal:

“Primera: Con derecho a acrecer entre ellos, instituye por herederos a partes iguales, a Inés y a José María, madre e hijo respectivamente, ambos

vecinos de Toledo y solteros de estado civil, que comparten el domicilio situado en la calle de la Ribera del Tajo sin número".

"Segunda: En previsión de que los citados herederos la premueran, establece por beneficiaria a su hermana Gumersinda Caballero Niño".

Este testamento tiene como derivación, que los demandados, herederos universales, lo son en añadido de una vivienda sita en Madrid, calle Fernández de la Hoz, cada uno en la proporción de un entero y veinticinco centésimas, de diez enteros indivisos.

Del mismo modo, días antes, Mampálica otorgó otro testamento, concretamente el día 6 de marzo, ante el notario de Madrid don Enrique del Corral, cuyas disposiciones testamentarias nos son desconocidas en su redacción, habida cuenta de que no nos ha sido facilitado por la notaría al no figurar mi mandante como heredera.

Arrastra la señorita Salus una pesada carga de preocupaciones, que pudieron ser evitadas de quererlo, pues tiene caudales suficientes para resistir veinte años; pero ella, en su intención de favorecer la ayuda pedida a la Virgen del Perpetuo Socorro y al Cristo de Medinaceli -de los que es devota- las hizo propias. A sus ochenta años cumplidos, enarbolando el sable y la bandera de la independencia familiar, se halla comprometida en la defensa de los derechos que individuos débiles no suelen pretender. Las muertes de los padres, separadas cuatro meses entre sí; y las de cinco hermanos, contando a la pequeña, fueron enlutándole la vida. Al color negro de los vestidos y al dolor propio del fallecimiento, se añadieron las complicaciones de las herencias. Avenencias y discrepancias provocaron; a más, tres fastidiosos conflictos: el primero pasado por alto al suceder en el interior de la familia, y los dos últimos, los de Paly y Gumersinda, atendidos en tiempo y forma contra extraños, siguen un lento caminar por los recodos impredecibles de la justicia ciega y, por lo visto, tarda. Aproniano, que así se llama el más pequeño, al que no se le halló adecuado diminutivo ni apócope biensonante, aún vive y podría echarle una mano en las gestiones. Pero residiendo como reside en Buenos Aires y carente de descendencia, le interesa poco la lucha lejana; y de eso sabe, pues según confiesa fue algo bandido en sus primeros tiempos del puerto, cuando hizo el dinero raíz de su actual fortuna. Ahora, con el corazón roto, está exonerado de aventuras; no será ella quien le facilite lanza y armadura obligándole a armarse caballero, ni quien tense el arco para que él lance los dardos. Menos aún espera del

sobrino que vive en Burgos, llamado Patricio como su padre, hijo único, descartado por sinvergüenza. Sólo está interesado en las mandas que le puedan llegar, o en dar aire a la recibida de Paz con malas artes. De manera que metida de lleno en la vejez, Salus se encuentra tan sola como siempre temió. Han ido muriendo sus hermanas del alma, dueñas de las manos que tomaban las suyas cuando medrosas salían a la calle con el fin de dar un corto paseo, para entregar recados a conocidos del padre, o con la intención de cumplir un encargo de compra en alguna de las tiendas en las que tenían crédito abierto. Confianza solicitada por la madre a los tenderos, en contra de sus arraigados usos de pago inmediato, precisamente para evitar a las niñas perder los billetes o las monedas. Habían sido bien advertidas por la madre de la intención aviesa de la gente que busca beneficio en las niñas solas, habían sido advertidas por la madre en el temor al padre si ocurría un percance por confiar en la gente. Han ido muriendo sus hermanas y la han dejado sola, terriblemente sola frente a sus miedos más profundos.

La señorita Salus es dulce y apacible, serena y calma. Acepta de conformidad y en silencio sus someros pesares y los padecimientos movedizos de una salud deteriorada; actitud que ha contribuido, seguramente, a labrarle ese gesto afable en el rostro, un rictus delicado y risueño. Sus manos, finas, delicadas, constituyen su orgullo desde que siendo adolescente le dijeron, a modo de cumplido, que eran apropiadas para el ejercicio del piano. Su cuello, de cisne distinguido, no se queda atrás en la valoración. Ha debido de ser guapa, piensa quien la ve por vez primera, pues aún conserva una cara limpia y rosada, enmarcada en un cabello blanco, bien moldeado, sumador de un toque de edad muy digno que ella cultiva. Rebajan su estatura mediana una inclinación leve de testuz y un ligero doblegar de hombros, gestos justificados por el uso de un bastón con empuñadura de bronce que copia fielmente una cabeza de águila. Tímida, modesta, sencilla y reservada: así es la señorita Salus. Tenaz, también; y altiva. Conjugación de opuestos que liman, a través de los tiempos largos de una vida disciplinada y

rectilínea, las aristas cortantes. De confiada ha pasado a ser recelosa; duda de buena parte de las personas que la rodean y motivos acopia sobrados. De niña paraban en burlas las buenas intenciones aparentes, y en los últimos años todos los acercamientos que ha alentado han sido egoístas, ávidos de recibir. Buscaban dinero en una u otra forma quienes se ponían a su lado simulando el ritmo de su paso. Y esta generalización reza incluso para familiares muy cercanos; ahí está el sobrino Patricio como prueba fehaciente.

Mientras frecuenta a personas amigas, y hay pocas, su ánimo le muestra un sendero orientado a levante. Lo malo empieza cuando se queda sola, y el eco de sus pensamientos choca con las cuatro paredes reverberando gritos de angustia. Entonces se desploma sobre ella el tejado, descolorido a intervalos, a trechos, oscuro; parcialmente cubierto de un musgo fino y resistente a la sequía, manto crecido sobre una fina capa de tierra de tres o cuatro granos de grosor. Se precipitan sobre su cabeza las vigas de pino, sujeción de las tablas de chopo sobre las que se asientan las tejas en un lecho de barro. Van tras ellas los caballetes del desván, aplastando en su marcha cachivaches finalmente inútiles: la cuna donde se mecieron todos los hermanos, el caballo balancín, la muñeca de los ojos en el cogote, el hexaédrico rompecabezas de seis posibilidades, y una inocente ratonera que nunca atrapó, por algún defecto de su mecanismo interno, ni al más incauto de los roedores. Se desploman los muros sobre los cimientos formando un montón informe de ladrillos rotos, adobes quebrados, astillas finas como agujas. Y ella se encuentra, enterrada bajo los escombros, a la búsqueda angustiosa de respiro. Luego, como ninguna posición humana es eterna, retorna el ánimo y ve, a través de los cristales tomados, que el sol pugna por salir de las amontonadas nubes para deshacer la densidad de la niebla.

El futuro es para la señorita Salus el inicio del siguiente siglo, horizonte que tiene al alcance de los dedos, tan sólo a un paso. ¡Ah!, pero sabe que puede encontrar dificultades para cruzarlo, amenazas concretas,

barreras insuperables: la muerte súbita, el infarto de miocardio, la tercera caída, y cuarenta y siete maneras distintas de cáncer. Así lo afirma un doctor en su espacio de divulgación científica, que ella oye en la radio nocturna intentando engañar al insomnio. Sabedora de que toda frontera es una ficción, un espejismo, una raya marcada por nosotros los humanos para darnos ánimos, quiere cruzar el secular trazo cuanto antes. Desamparada, miserable víctima de cualquier naufragio, varada en la playa donde las olas la han abandonado, usa la treta de las metas parciales para obtener la sensación de avance. Conocedora de esa realidad, antigua como la humana existencia, quiere traspasar la ingenua línea imaginaria -Ecuador, Meridiano o Paralelo- sin retraso. Vislumbra el siglo veintiuno todavía borroso, parcialmente negado por reverberaciones confusas. Pero la ilusiona la posibilidad tangible: el segundo milenio terminado por ella, por ella iniciado el tercero. Se imagina inaugurándolo, cortando la coloreada cinta para que la vida entre y siga su curso imparable. Sólo pide llegar hasta entonces, enero del dos mil uno, para mirar como por una ventana la vista que desde allí se abarca: pasaje de la ciencia y las costumbres, pensamientos que llegan y pasan, ideas que vienen y se instalan; y hacer conjeturas sobre lo que sucederá de ahí en adelante. Quisiera ser testigo del final de las guerras crueles, de la agonía del egoísmo, del triunfo del bien y el regreso del Cordero; un Cristo triunfador del mundo sometido a sus consignas. Y aunque no lo confiesa a cualquiera, quisiera ver sus pleitos resueltos, y a los culpables de los atropellos castigados como es de justicia: madre e hijo pobres y en la cárcel.

La consciencia que arracima los hechos y los envuelve en papel de aluminio -de plata se decía entonces, cuando lo enviábamos formando pesadas esferas a las lejanas tierras de misión- no guarda memoria exacta de las fechas, ignora el momento preciso, se contamina de referencias espurias que llegan de fuera con mucho aparato. La historia personal -y a veces la otra, la trascendente- se escribe a partir de esas fuentes dudosas,

vacilantes; lo sabemos de siempre y, sin embargo, le concedemos un crédito alto. En aquellos iniciales años, a menudo evocados, la señorita Salus se hace las primeras reflexiones tiernas, crédulas, idealistas; ya es consciente del entorno y está convencida de que su familia no es lo que debiera. No necesita comparar con otras, la desarmonía se palpa; y aunque los gritos salen de una sola garganta, hay gritos. Algo más tarde comprende que las conductas son origen y consecuencia unas de otras; hechos posteriores de una misma voluntad están enraizados en alguno previo, todo está entrelazado y no hay nada sin compañía.

Un padre intransigente puede ser el principio de los males. Genera una tensión insoportable y la lucha invade los rincones, las puertas, el techo y las paredes. Tomada la vivienda, el interior se atormenta día y noche. El progenitor, alto, delgado, inquieto, usa traje de recia pana con chaleco a juego, y una gorra de visera de aspecto militar. Gasta barba bien cuidada de un negro azabache, y pelambre tozuda en su crecer arbitrario que él encauza convenientemente. Rígido, austero, comprometido con la causa del ahorro, servidor del orden en una sola dirección, manda colocar en fila a los hijos y pone a la mujer en cabeza, como uno más, iniciando la hilera. Baldomero se llama, labrador y ganadero, hijo y nieto de agricultores amantes de la tierra y de las buenas costumbres; sesenta fanegas labra y cuida un rebaño saneado de cincuenta y tres ovejas; está suscrito al Norte de Castilla y lo lee cada noche de cabo a rabo. La historia le interesa y las fronteras precisas que conforman naciones, el equilibrio surgido entre bloques después de las batallas, y el difícil reparto del mundo en áreas de influencia. Tiene una inexacta visión del conjunto y, con ese rasero, mide hasta los hechos más elementales de la vida, incluso la conducta de los animales: perros, gatos, gallinas y conejos. Del todo a las partes camina fijamente, sin mirar a los lados. Los demás atributos, integrantes de su manera de ser, aquello que forja el carácter en sus causas últimas, ni se ve, ni se sabe.

Sin haber comenzado Salus a atesorar memoria, se va del campo con los suyos, de las laderas grises que dan espigas ralas, de allá donde las tres provincias se hacen un punto común, y se yergue altiva una solitaria encina que da nombre al pueblo cercano. Abreviatura se hace el lugar de Valladolid, Palencia y Burgos, en él tangentes y avenidas. Entregadas las tierras a un vecino para que las labre, yendo a medias en los gastos y en los beneficios; vendidas las ovejas al alcalde de Castrillo de Don Juan, y trocado su padre por arte de magia en obrero del Estado, inicia un éxodo que comienza en la capital de la provincia, sigue por Medina del Campo y Salamanca, para llegar, finalmente, a la urbe cabeza del Reino, poderoso imán. Lleva el señor Baldomero bajo el brazo o sobre el hombro a Mampálica, y le siguen, la fabuladora Gumersinda, una Paz que no es nada aún, y la lengua de trapo de Salus quien, convertida en silencioso testigo de los hechos, se oculta tras las faldas de su madre, en cuyo regazo llora la pequeña Beremunda. Camina la prolífica esposa, amparada por las espaldas anchas del marido que avanza a duras penas, llevando a la zaga un lastre que es a la vez estímulo: cinco hijas y un vientre del que espera dos varones, anhelo subido sobre todos sus paternos deseos.

El señor Baldomero -niño sin niñez, el mayor de siete hermanos, empujado a la acción, a la ayuda en el campo después de la escuela, mozo recio que no retrocede en las disputas, voluntario defensor de las postreras colonias patrias- el campesino de nombre tan sonoro, en trance de liberarse de las servidumbres de la tierra, busca estimular en sus hijos disposiciones que no tiene o profundizar en las que le son favorables. Desea que tomen una actitud clara y decidida frente a los caminos del mundo, y entra en comparaciones de los unos con los otros, haciendo de la casa un espacio de confrontación y de batalla. Buscando el estímulo que los proyecte más allá de ellos mismos, encuentra el rencor que los coloca fuera de sí.

Los hijos pelean hermano contra hermano por un puesto a la diestra de la consideración paterna. De esa misma refriega, la mayor, Paly -

Mampálica es muy largo y suena a persona mayor- sale reforzada; consigue hacerse independiente de los otros y ejerce con los demás una autoridad que es reflejo de la que sufre en sí misma. La madre, la apocada señora Beremunda -casada cuando otras empiezan a mirar a los mozos con interés crecido- es verdaderamente débil. Se somete ya de novia a los dictados del hombre; posiblemente le gusta de ese mozo viejo -en doce años la aventaja y en tres o cuatro amores- la apostura de su estampa, la fuerza de carácter, la firmeza de su única palabra. Es él quien escoge los nombres de los hijos, imitación del suyo en la rareza, y acompaña una justificación que no pasa de pretexto: el santo del día, un familiar lejano, o el intento de hacer a sus hijos seres definidos y diferenciados del conjunto. Y esto último lo consigue de largo. El universo que la casa constituye, posee abrumadora mayoría femenina. La madre -grávida una y otra vez en busca del varón que sea cauce de los logros paternos- engendra sin apenas descanso, y el señor Baldomero está, al menos en este sentido, orgulloso de ella y, para decirlo con justicia, agradecido; pues a sus años -cuarenta y tres en el último embarazo- ya no es frecuente engendrar vástagos.

El señor Baldomero desconocía el futuro, porque lo que se veía venir llegaba embozado y no daba la cara; pero sabía que las gotas avanzan dentro de la corriente principal, y más aprisa aún si se sitúan en el centro. Intuía que las oportunidades no pasaban por la labranza, y estuvo un tiempo dándole vueltas a la idea de aprovechar los impulsos que le quedaban, porque, ya en la madurez, cada día le iba a costar más decidirse. Tras este proceso de desarrollo mental, dio por concluido el período duro de Encinas de Esgueva, sin buscar el acuerdo de su esposa que acababa de parir a la última de las niñas, la breve Beremunda. Dejó las apreciadas tareas de cultivo y pastoreo -horizonte claro de trabajo y privaciones- llamado por el progreso y la ciudad, pionero en el abandono del campo. Por aquellas fechas el señor Baldomero dirigía la manada como un macho animal, como el hombre primitivo que era, y la condujo a Valladolid siguiendo el señuelo de un

trabajo de futuro: la instalación de líneas telefónicas a través de llanuras onduladas y laderas sumisas, atravesando ríos que eran como arroyos, y arroyos que se secaban en verano. Sería un rescoldo de amor aventado por las emociones del traslado y de la nueva vida, sería el agua o la alimentación manipulada de la urbe, el caso es que la madre quedó, una vez más, preñada; y en su seno tuvo el tiempo preciso a un varón que fue la alegría del padre, cercano horizonte de la dicha. Se abrió un desconocido paréntesis de felicidad y la señora Beremunda, que sabía efímera la bonanza, esperaba con temor la arribada de la tormenta que cerrase el corchete en cualquier instante. Amoldado el matrimonio a lo que había, grata fue la primera infancia de Patricio, y dichosos para las niñas los tres años que duró la estancia en la ciudad.

Pensaba la señorita Salus que su padre era el demonio y tenía razones sobradas. Cuando subía de la capital al pueblo, pisaba hormigas con intención y aplastaba escarabajos girando con saña la suela del zapato. Perseguía a los ratones por las paneras vacías de los abuelos o en la cuadra deshabitada, dejando venenos a la entrada de los escondrijos y, si salía de caza, disparaba a cualquier bicho viviente que se cruzara en su camino. Deshacía los nidos que las golondrinas edificaban en el sotechado, sin reparar en que hubiera o no en ellos crías indefensas, pese a que es bien sabido que fueron ellas quienes libraron de espinas la frente del Crucificado. Blasfemias contra los nombres más sagrados oyó de sus labios sucios; sucedió una tarde en la que remachaba un clavo con el martillo y, por torpeza, se machacó el dedo gordo, encargado, con el índice, de la recta sujeción. Si se derrumbara la iglesia con su torre y su nave central, y las campanas rodaran sobre las piedras labradas, a su padre no le atraparían los escombros; pues sólo en los días solemnes -tres o cuatro al año- o con ocasión de bodas o entierros, asistía a los oficios. Los sermones no iban con él, ni el decir de los curas referido a la otra vida; conocía sus mañas y estaba de vuelta de todo. Excepción aceptada era la prédica del día de San Roque,

de cuya cofradía era hermano; venía el orador de fuera y no era cuestión de desairarlo.

Desde que le veía subir las escaleras del púlpito, revestido con roquete y estola, escuchaba atento, poniendo cara de entendido. Se sumergía en la corriente del discurso intentando, en vano, entrar en los recovecos, perdiéndose en los meandros, sin alcanzar claramente la desembocadura. Al final, si alguien le preguntaba su parecer, tenía preparada una respuesta que señalaba con certeza el lugar de la parva por donde se escapaba el agua, el sitio exacto donde yacía la mentira de su decir maestro, de su charla florida, atenta a las formas pero ajena al fondo de las verdaderas razones. De ser cierto, como creía Salus, que el demonio se encarga de vilezas mayores, su padre habría de ser un lacayo o un aprendiz que ensaya hasta la perfección. Cuestión de tiempo venía a ser el logro de su emulador propósito. No obstante lo quería, se apiadaba de él, y hubiera dado gustosa - segura de cumplir con su deber filial- la vida joven que la agitaba de inquietudes, a cambio de la paterna conversión a la fe verdadera, que respeta la vida y no reniega del Creador. Mas a pesar de lo dicho en su contra, era Salus consciente de que algo de bondad albergaba su padre en el interior oscuro, pues si venía a mano daba labor a quien se lo pidiera.

En su propio tajo colocó al tío Dimas, el hermano pequeño de su madre, en cuanto se licenció de artillero de una mili cumplida en la propia ciudad. Guapo mozo que gustaba a las chicas y estaba mucho con ella. Lo admitió el señor Baldomero y en casa fue huésped mimado. Andando el tiempo pasó Dimas a componer la mayor inquietud de la señorita Salus, ninguna había sobre la producida por el gallardo joven. Quizá tuviera algo que ver aquella tarde de tormenta en Salamanca, cuando su padre aún no había vuelto del trabajo y su madre atendía a la abuela en el pueblo, anciana expirante en el lecho de muerte; y ella, la nieta mimada, era una mocita que andaba ya por los catorce.

La hora que es, pasadas las once de la noche, no se presta a confiar demasiado en un rescate inmediato, así que íntimamente me predispongo a una larga espera. Soy paciente, y esta nueva cualidad -limada desde la ansiedad que inicialmente me dominaba, hasta darle la nueva forma; pulida día a día, insistentemente, sin desfallecimientos- se sitúa ahora a mi costado, camina conmigo favoreciendo el logro de los perseguidos propósitos. Presto atención a los ruidos que proceden de la calle porque me parece oír gritos, y advierto en el corazón más que en los sentidos, una petición de socorro que lanza desesperada una voz femenina. Espero, aguanto la respiración, escucho, y entonces entiendo las palabras confusas que responden a una agitación extrema; la golpean, quizá la asaltan, violentan su intimidad, hollan su virtud. Trabaja de noche y su recorrido se cruza con el fluctuante derrotero que los desalmados llevan en su afán de negocio o placer. Marido o amante la apalea como a burro de carga de propiedad reconocida. Se oye una carrera, unos pasos precipitados. y un sonido como de botella de vino espumoso que se destapa de pronto. Puede que no sea nada, hechos sin ninguna relación entre sí, inconexos; los gritos separados de la carrera, y ésta ajena al descorchar de la botella. Alguien que llama a un coche de punto o grita a un amigo. No, sé que busco endulzar el mensaje que de la intemperie me llega, donde el débil está a merced del fuerte, y éste depende del ambicioso que lo dirige todo amparado en la sombra. Jungla ciudadana

poblada de una fauna de predadores noctívagos y de sus víctimas, apremiadas a salir de las covachas en busca de sustento; unos y otros entienden que han de ser más rápidos que los demás para sobrevivir, más astutos que el resto. Es la noche de las zahurdas que salpican los alrededores, donde tiene lugar el pecado de la diversión grosera, la viscosa soledad, el hambre de afectos, la falta irremediable de objetivos.

A menudo me confortan los rezos, las piadosas reflexiones; inician mis labios una oración de San Agustín que repito a mi manera cuando no veo las cosas nítidas, cuando el deslizar de los acontecimientos no presenta claridad, y digo con él: “Sedme propicio Dios mío, y aplacad vuestro enojo nacido en las culpas de la humanidad. Soy una transgresora de vuestros dictados, lo sabéis, pero si os invoco tendréis misericordia de mí y de los demás arrepentidos, porque hicisteis al hombre a vuestra imagen pero sois ajeno al pecado. Sedme propicio en esta hora amarga, Dios mío”. Repetirla resulta como un bálsamo que deleita y detiene el avance del dolor. Es su efecto como el de un puente colgante que me aproxima a la orilla libre de enemigos, y cuando me encuentro allí, alza hasta la vertical su férreo corazón abierto, sus temibles fauces, impidiendo a los perseguidores la aprehensión. Pese a la quietud llegada con los rezos, conozco que atraviesa una prueba difícil mi fe, la aceptación del sacrificio sin queja. La voluntad divina es mi voluntad, su deseo es mi camino, su sendero es mi deleite. Lentamente voy dejando de notar las extremidades, de corcho se van haciendo por momentos. Puede esa pérdida de sensibilidad anunciar que la columna vertebral está lesionada. Pienso, con inusitada alarma, en una inmovilidad de dilatada duración, sobrepasando el acto del rescate, llegando hasta el fin de mis días. Tiemblo. Reconozco que no hay en mí predisposición a tal acontecer; me muestro incapaz de ser ofrenda resignada a la inmolación, incompetente para dar el divino testimonio que se me pide. No podría ser el cordero, a sabiendas, por más que lo meditara día y noche; no, no seguiría sumisa al sacerdote por trochas y desfiladeros hasta llegar a la cima del

monte, donde está situado el altar del sacrificio. Deseo que Dios, en esas circunstancias en extremo adversas, me llame a su Seno aproximando mi hora última; porque nada puedo hacer aquí en favor de la continuidad de su Obra, de colaboración con la naturaleza, de ayuda al prójimo. Más aún, necesitada yo de asistencia, transformada en rémora, de una manera imperceptible retrasaré la marcha del conjunto.

Suena el teléfono y me estremezco involuntariamente, al margen del deseo. Me agito lo justo para observar con alegría que mi cuerpo reacciona a los impulsos. Pero no hay dicha completa y, a la par, descubro inalcanzables al auricular y al vecino micrófono, unidos y complementarios. Su repiqueteo me trae, discontinuo, el ansiado contacto con el exterior, permaneciendo mi brazo, no obstante, a kilómetros de distancia; señuelo que, por lo imposible de alcanzar, hiere. Suena y resuena en un intento consciente de procurar margen de reacción a una anciana de oído y pies torpes, descubriéndome el verdadero estado de indefensa postración. Deja de restallar el toque, alentador y desesperante a un tiempo, y el silencio se oye de una forma innegable, romo; semejando el sonido de los golpes dados por una barra de hierro sobre la madera del grueso tronco de un árbol. Y ese percutir silente resulta ser una clave que llama a los recuerdos; en ellos me refugio buscando ocupación y consuelo que distraigan mi pena.

Enferma de calenturas cayó mi madre, y pensé en Santa Mónica, la madre bendita de San Agustín, a quien ella imitaba en secreto. Del mismo modo, fue ella quien me dio a conocer al Doctor de la Iglesia, que es desde entonces mi modelo de vida, mi ejemplo de lucha laboriosa para entrar en el redil. Sufría desmayos como la santa, y pensando en una muerte inmediata y cierta, tuvo lucidez suficiente para entregar a sus hijos los consejos finales, destinados a ordenar nuestra vida en el sentido inequívoco del Cielo. Nos pidió, sin esperar respuesta, el cuidado de los unos a los otros durante el resto de nuestros días. Era su tono imperativo y de ruego a partes iguales, y supe que había contraído yo un compromiso profundamente entroncado con

mi propia salvación. Acababa de aceptar una atadura irrompible que me ligaba a mis hermanos, y una condición esencial, añadida a las ya abundantes y, de por sí, dificultosas, que me serán demandadas a la hora de mi presentación en el Paraíso. Fueron veinte días amargos, de penosa agonía, de altibajos que nos metían de pronto en la confianza, sumiéndonos al momento en la desesperación. Deliraba, y en su desvarío repetía frases de una gran hondura que no he podido olvidar. Alrededor de su lecho, de rodillas, conscientes de lo irremediable, pedíamos los niños su curación tocados de una fe sobrehumana. Vagaba nuestro padre por la casa como un poseso, mezcladas en su ánimo inquieto una rebeldía muy suya y una mansedumbre ajena que no conocíamos. Una mañana, al levantarnos, vimos con sorpresa que el sol nos enviaba sus rayos a través de los negros nubarrones; y la muerte comenzó un retroceso que iba dejando su espacio a la vida. Intensos cuidados médicos y una alimentación adecuada, colaboraron en su restablecimiento con el enorme deseo de vivir que aportaba ella, con la intención manifiesta de sacar adelante a sus venerados hijos. Más el temor a que ocurriera verdaderamente el temible hecho, nos tuvo en lo sucesivo sobre ascuas; y al menor síntoma de enfermedad temblábamos. Un simple catarro era motivo de preocupación, y lo preveníamos abrigándola en exceso cuando no tenía más remedio que salir, porque el objeto de su diligencia no estaba a nuestro alcance. La hicimos niña convirtiéndonos en madres; y fuimos más lejos que ella en el temor y en el cuidado. El tiempo fue desmintiendo la fragilidad atribuida y en unos meses se liberó de nuestras infundadas preocupaciones. La imagen de un padre desasosegado por la enfermedad de la esposa se nos hizo querida, y a ella se aferraba nuestro deseo en espera de una continuidad que no se produjo.

Si tuviera a mano el transistor hallaría mas tolerable la permanencia obligada en esta inadecuada ergástula; más llevadera se haría, sin lugar a dudas, la dilación en el rescate. Atenta a las vicisitudes de quienes se comunican con la emisora para contar sus penas, apartaría las mías hasta

disminuir la intensidad del sufrimiento. En horas nocturnas suelo escuchar a una jovencita, necesitada ella de un buen consejero que le dé indicaciones precisas para mejorar su papel en el programa. No sabe indagar las razones verdaderas de los comunicantes, ni sugerir cambios de conducta sin lesionar al que llama, desconoce como se encauza al oyente por derroteros provechosos, ignora la manera de poner sedante en las heridas; en suma, desperdicia la oportunidad de orientar a quien no encuentra el Norte. Puede que la inexperiencia en los peliagudos asuntos que ha de tratar, propia de su edad temprana, dificulte su intención de auxiliar a los necesitados. Quienes llaman suelen ser hombres, y algunos buscan ponerle en aprieto planteando cuestiones masculinas que resuelve con una osadía rayana en la desvergüenza. Dios mío, qué bien lo haría mi confesor; su voz de terciopelo, su palabra medida, su temperamento, pondrían un faro en la noche.

Oigo con mayor continuidad a un señor que ha de andar por los cincuenta, y dirige sus consejos por derroteros más eficaces. Ordinariamente son mujeres las que consultan y los asuntos que tocan son los nacidos de la soledad y la privación de cariño, o los que desembocan en aislamiento y olvido. Me gustaría encontrarme en el lugar de los conductores de tales espacios radiados, y dirigirme a los ancianos sometidos al insomnio opresor. La moral cristiana y los valores puestos de manifiesto por los santos padres me servirían de cauce. Todo mi empeño pondría en deshacer los nudos vitales de los confundidos, en enderezar los recovecos de su sendero, recomendando una paulatina vuelta a las creencias de la niñez. Porque ahí descubro el talón de Aquiles de los que padecen abandono y ausencia de afectos. Instintos y pasiones usurpan el trono que han de ocupar por derecho la fe y la mortificación. Se alejaron los desgraciados en su juventud, no ya de la Santa Madre Iglesia, que sería menos arriesgado, sino también de Jesucristo y de su amantísima Madre, y no recurren a ellos buscando consuelo. La práctica de la religión proporciona un beneficio irremplazable en estos casos: da sosiego y esperanza a quienes han perdido capacidades tan

valiosas, y compañía a quien ve en Dios el padre comprensivo y el amigo entregado. Gran parte de las contrariedades humanas mitigarían sus efectos si fuéramos consecuentes con la existencia de la Vida Eterna, al lado de la cual, la estancia en este mundo cobra una nueva dimensión desprovista de la trascendencia que erróneamente le concedemos.

6

Fue en la época primera de Medina, la etapa triste de la señorita Salus, cuando a la muñeca, la única que tuvo, le sacó los ojos de alfiler su hermana Paly. Los clavó en el cogote donde no existe juguete que lleve la mirada, asegurándole que, de esa forma original, vería el pasado en el presente y conocería todo a un tiempo. La prohibición concreta de volverlos a su asiento originario, tornó en extravagante a la figurilla de trapo hasta el incendio que inflamó los manoseados tejidos de sus cuatro faldas superpuestas, de su blusita bordada, de su cabeza deforme cubierta por atrás con rizados tirabuzones de rubio cordón trenzado, de sus piernas lacias, de sus pies calzados de burda lona. Entregada de lleno a la tristeza se identificó con esa muñeca distinta a las de su condición, y durmió abrazada a ella, protegiéndola y protegiéndose, hasta que el asunto infortunado del habla, que la hacía tan desdichada, tomó mejor cariz. Los tallos quebrados de las flores, el escaldado hocico del gato forzado a beber la leche hirviendo, y el pelo de un niño cortado a trasquilones, eran obra de Paly; y por lo que se le oía explicar, exhibía una carencia total de arrepentimiento, condición imprescindible para alcanzar el perdón y recibir con derecho al Señor en la Forma Sagrada, Pan cotidiano de los Ángeles.

Paly se iba a condenar sin remisión, pues comulgaba carente de la preliminar penitencia. Seguidora de Satán probablemente, se burlaba de la

caridad, de la paciencia, de la tristeza condolida; nada sacro tenía en cuenta, siendo por aquellos días de infeliz memoria rematadamente mala, perversa incluso. Interior y exterior, fondo y forma, espíritu y materia; todas y cada una de las células, palpables e impalpables, debían de ser taimadas en esa etapa torcida de la niñez, que de natural es inocente. Era de sospechar, no obstante, la existencia de algún resquicio en su alma, dispuesto para que la bondad del Señor entrara en tan malvada persona, hija suya al fin y al cabo. La realidad del origen divino de Paly, incuestionable, permitía albergar esperanzas de enmienda; pues siendo obra del mismo Creador, alguna similitud había de tener con los demás, y un mínimo aprecio al conjunto de la creación. Soportaba la señorita Salus los efectos de una royega interna que le mordía el corazón y el cerebro; y cuando recapacitaba sobre tan desagradable asunto, hallábase culpable de pasividad. Algo debería hacerse y ella lo haría. Con ese fin habló un par de veces a Paly; fueron reflexiones muy breves desencadenantes de una burla cruel que ponía las cosas en su justo término, un margen alejado de la cordura.

Romero, espliego, salvia, tomillo, geranios, rosas: dentro del cercado que los abuelos heredaron en el abierto valle del río Esgueva, la señorita Salus encontraba, de trecho en trecho, colonias de plantas aromáticas y flores de colores variados. Abejas se posaban en ellas. Malvarreales de grandes corolas adornaban los rincones, largas varas salpicadas de cofres donde el polen se ofrecía tentador. Romero teñido de oloroso añil. Compactas flores de tomillo, ásperas, recias, sobrias, resistentes. Crecidos insectos de una inquietante belleza descendían majestuosos libando y moviéndose impacientes, deteniéndose un segundo en cada flor como conquistadores de bellezas ingenuas; elegantes caían para luego elevarse como equilibristas de circo, como valientes artistas del trapecio. Avispones eran sin duda, lo aseguraban las bandas amarillas pintadas en la espalda y la mancha roja de la parte anterior; considerables, del tamaño de tres o cuatro avispas cuando menos. Pesados abejorros, semejantes a enormes zánganos

peludos y esponjados, se hacían presentes con un zumbido intranquilizador y se posaban sobre el espliego doblando el tallo, arqueándolo, agitándolo en vaivén. Mariposas tenues dibujaban etéreas acuarelas en el aire cálido, cambiantes colorines rendían sobre los palitroques muertos de los rosales silvestres, frágiles y delicados hélitros de volar pausado, que se iban cuando la red caía con retraso intentando atrapar lo inexistente. Cigarras, tábanos, moscas, mosquitos y algún saltacapas se entremezclaban yendo cada uno a lo suyo. Pájaros de trinos largos y vuelos cortos, pardales, ruiseñores, mirlos, volaban desde la copa de los árboles hasta las tapias, buscando grano, frutas en sazón, orugas. Hacían naturaleza múltiple y variada, unas conejas madres portadoras de embriones en el vientre; tres gatos errátiles, ignorantes de las tapias, investigadores de los desvanes, atentos vigilantes de la matanza del cerdo, que colgaba, oreándose, de los atrevidos balcones. Un cachorro de perro mordisqueador de huesos, enredador de circunvoluciones a la sombra rala de un manzano, buscaba sin éxito asir con los dientes su propia cola. El arca de Noé recién desalojada, la vida en su perfecta intersección.

Son vivencias guardadas con cariño, memoria salvada del menoscabo que el tiempo acomete; una isla soleada en medio del océano cuajado de brumas, un hilo del que se hubieran cortado trozos dejando un vacío entremedias de los fragmentos intactos. Hasta mucho después, viviendo ya en otras ciudades, volvió a aquel paraíso cerrateño a principio de verano, antes de que la vida del cercado comenzara a atolondrarse. En el predio de los abuelos -libre y a sus anchas- le gustaba a Salus pasar las vacaciones con algún hermano de los más pequeños, solícita de sus necesidades, crecida en su responsabilidad, madurando el carácter infantil.

Cayó al arroyo que riega los cañamares fértiles, -patatas, frutas, hortalizas, algún canterón de alfalfa- cayó con el vestido nuevo de volantes que su madre había diseñado con idea clara del oficio. Después de acostarse toda la familia, la señora Beremunda cortó el tejido con meritoria precisión, y sobre el flojo hilván efímero trazó un recio cosido dotado de rotunda vocación

de trascendencia. Primoroso resultaba el vestido; azul claro que el agua del arroyo oscureció al instante. Era el día de San Roque, fiesta de su pueblo, hogar de los abuelos, mediado el verano. Los agosteros interrumpen la siega del trigo, concluida ya la trilla de cebada, acaso fiados en el apoyo del santo patrón, quizá impetrando su asistencia; y acuden a la misa mayor luciendo sus trajes de gala con gran embarazo. Al llegar al *Sanctus*, la dulzaina y el tamboril mueven los pies ágiles de los danzantes, que dan la vuelta de rigor entre piruetas y coplas piadosas, recorriendo las calles delante de la imagen que llevan en andas los cofrades, seguidos estos por todo hijo de vecino: numerosos naturales y forasteros llegados ex profeso. Suben las escaleras de piedra hasta el recinto del atrio, entran en la Iglesia y reanudan la misa, tomándola en el pasaje exacto donde la dejaron, momento en que el acólito hizo sonar la campanilla tres veces. Finalizada la ceremonia, las diligentes mujeres se apresuran a preparar la sabrosa comida -caldo de gallina que se puede cortar por lo espeso, merluza en salsa y lechazo asado que impregna con su efluvio el ambiente- y a disponer la mesa con mantel, cubiertos y bandejas que esperan en la alacena desde el año anterior. Los hombres - desde los más mozos a los más ancianos- caminan charlando hasta las cercanas bodegas. Una vez allí, trajinan lo mínimo: de una carral ya empezada abren la espita sobre un jarro que recibe el burbujeante vino con un sonido alborozado, abren unas latillas de anchoas saladas y cortan tajadas de jamón bien curado. Sentados al fresco que sube por las escaleras o en el acogedor umbral, hablan de lo humano intercalando bocados gustosos y prolongados tragos de vino. Se quedan las niñas en el juego de pelota dando puntapiés a una teja, haciéndola ir y venir por las parcelas en que está dividida una campana, pintada en el suelo con un yesón encontrado en las inmediaciones. Cuando el juego pierde su atractivo inicial y se impregna de tedio, suben al Castellar para ver la agitación que domina a todos, o se acercan a la carretera despacio, exhibiendo sus prendas recién estrenadas. Sólo los chavales osan, en un día así, encaramarse a los muros

del castillo, tomar la senda de Canillas o aproximarse al arroyo para arrancar los juncos con los que trenzan vergajos ofensivos; sólo ellos se atreven a tentar al destino de esa forma, pues volverán irremediablemente manchados de barro y verdín, y en el peor de los casos, con un jirón en forma de siete prendido en la pechera de la camisola.

En un día tan señalado, que aún se repite, Paly incitó a Salus a seguirla con el fácil pretexto de un nido avistado y en él, desnudos pajarillos aborrecidos por la madre. Quiso Salus -y Paly conocía el deseo de antemano- recogerlos y envolverlos rápidamente en vedijas de lana hasta que tuvieran plumas; quiso llevarlos a casa y alimentarlos con pedazos pequeños de gusanos, granos partidos de trigo, hasta que recibieran la facultad de volar. Una vez más su hermana mayor llevó la acción a la maldad aprovechando debilidades ajenas, cariños, cesiones. Allí llegadas, al pie del árbol mentido, bajo los inventados huérfanos, orilla de la apacible corriente, empujó a Salus sin disimulo y se echó campo traviesa hasta llegar al pueblo y alcanzar la plaza, descontenta del vestido rosa que estrenó el año pasado. Hazañas de índole idéntica se pueden contar, si no cientos, decenas; con propios y extraños Paly actuaba de un mismo modo y la fama de mala se colocaba en su contra. Los padres de los niños de su edad no la querían junto a sus hijos, por lo que era habitual verla sola -puede que tramando fechorías- sin importarle la opinión de los otros. Utilizando una piedra puntiaguda agujereó la tela rosa de su propio atuendo, en el lugar exacto donde el dobladillo acaba y empiezan los acanalados dibujos. Buscaba eludir el inevitable castigo acusando del estropicio a su hermana, quien todavía impresionada llegó hipando hasta la madre; no triunfó la mentira, así que por dos diabluras enlazadas se quedó Paly sin su preciada ración de flan.

El incendio que devastó la casa de los abuelos, le privó a Salus de un mundo primero, sedoso y cálido. Perdió mucho más que paredes y tejas, más que el balcón de su alcoba que daba al juego de pelota, más que un jardín de frescura y fragancias; extravió la parte venturosa de su niñez,

desvaneciéndola, elevándola a la altura de las nubes, del ennegrecido azul infinito. Consumió el fuego la vida de la pequeña, un angelillo que Salus cuidaba como de sí misma. Dita, le decía Salus, siguiendo el dictado de la ley del mínimo esfuerzo, burlando su sentido común al capricho del padre, quien le puso un Beremunda heredado que nadie decía. Hubo en la evolución del nombre un momento intermedio, dueño del diminutivo, imposible por largo. En una brasa, en un tizón se mudó el cuerpecito tierno que la inconsolable señorita Salus -sintiéndose, en alguna medida, causante- quiso trocar por el suyo. Entre alaridos desgarradores se ofreció al Cielo a cambio de que a su hermana le volviera el respiro, se agitara del susto, pálida, desmayada; sin mayor consecuencia. Ardieron objetos valiosos: la muñeca de trapo de ojos traseros, juguetes, papeles de colores, cintas, cuadernos, pequeñeces. Se abrasó un perrillo que jugaba con todos -incluso a Mampálica hacía fiestas- un cachorro juguetón atado en el pajar para que no importunara durante la comida; se carbonizó y sus aullidos desgarraban el alma. Paly colocó el brasero eléctrico debajo de la mesa en la sala de estar, y como si fuera frío invierno, lo dejó encendido. Las faldillas prendieron por contacto en sus espirales rojas y a las cortinas contagiaron las llamas; allí dormía la adorada infanta, y cuando hubo reacción era todo una tea encendida. Los vecinos acudieron al toque de quema, y después del esfuerzo quedó un paisaje de escoria y ceniza, restos del ajuar doméstico, pedazos de vigas, marcos de ventanas, ruinas de muros ahumados, el hierro retorcido de las rejas. Así lo recuerda y lo sufre Salus, culpándose aún de haber desatendido a su hermana. Se representa a sí misma, riendo entre tanto con el tío Dimas -hermano pequeño de su madre- un muchacho ocurrente, y con sus abuelos, alrededor de la mesa situada en el umbrío sotechado. Tiempo después imagina las llamas rojas y amarillas, anaranjadas, lamiendo la cuna de pino con su lengua seca, incandescente; la carne vivaz alcanzada, borbotones y ampollas surgiendo de la piel, el chamuscado cabello, el rebullir impotente de la niña entre desesperados gritos. Recuerda, imagina, y su herida se abre de

nuevo poniendo el corazón al rojo vivo. Hombres, mujeres y niños lo intentaron todo. El agua profunda de los pozos corrió de mano en mano dentro de calderos de chapa pesada, chorreantes, generosos del líquido salvador, mientras en las vertiginosas bajadas y en las esforzadas subidas, las sogas humeaban polvo de esparto a su paso raudo por las ruedas de las chirriantes poleas. Las pardas mantas del ganado de tiro -salpicadas de manchas de sangre reseca, recibida en las mataduras que mulas y machos sufrían por causa del roce de los aperos ásperos: collerones, colleras, cadenas de tiro- los densos mantones de lana mezclada con borra, cubrieron múltiples hogueras aisladas, ahogándolas. Escarbaron tierra las azadas que las palas arrojaban al tumulto ígneo; unidas rompieron muros de adobe, golpearon piedras renegridas, cortaron caminos a un fuego que avanzaba imparable. Quiere con un amor de hermana, de madre, a la gente del pueblo, por aquello; al conjunto de los habitantes está agradecida, aunque uno a uno todavía los tema. Ocuparon los abuelos la vivienda que su padre cerró al abandonar la labranza, pero la antigua memoria se quedó en los escombros y su vida ya no fue la misma: un temor sin sentido la habitó hasta la muerte. La desconfianza puesta en las personas extendió su causa a la naturaleza entera, repleta de fuerzas indomesticables: tormentas, ventarrones, riadas, y el fuego destructor que todo lo consume con sus infinitas lenguas inasibles.

Paly, la hermana perversa, se atribuyó siempre la autoría del incendio. "He sido yo, ¿qué pasa!", exclamó retadora. "Busqué el infiernillo y lo encendí para verlo rojo. Dita, Dita, todos pendientes de ella, y a mí que me zurzan", dicen que dijo. Algo de verdad habría, pues era cierto que le gustaba el fuego con delirio. Las hogueras que en las plácidas tardes de setiembre convocaban a los muchachos, le tenían de espectadora; en una ocasión quiso aportar las cerillas y acabó, según parece, tomando la iniciativa. Contaba detalles que sólo el autor podía conocer, daba increíbles razones y aseguraba haber sentido piedad del retozón cachorrillo, del perrillo que le hacía fiestas a ella a pesar del trato malintencionado que le procuraba.

Acostumbrados como estaban todos a sus inculpatorias fantasías, nadie prestó atención a su charla; mas en momentos de pozo negro y amargura llega Salus a convencerse de la veracidad del relato, segura de que su hermana es muy capaz de padecer tal grado de vesanía. Aunque, eso sí, aquella culpa, de haberla tan clara, no suprime en ningún modo la suya.

7

SEGUNDO. Que Mampálica, dictó testamento en el año 1.990, nombrando como legítimas herederas a sus dos hermanas, Salustiana y Gumersinda Caballero Niño y, en su defecto, señala a un tercer beneficiario en la persona de su hermano Patricio (actualmente fallecido).

Se refuerza de esta manera la ya patente voluntad de Mampálica, de hacer de sus hermanas, Gumersinda (también fallecida) y Salustiana, sus herederas ciertas.

A la muerte de Patricio Mampálica otorgó nuevo testamento, concretamente el día uno de marzo de 1.992; por el cual instituyó, una vez más, a sus hermanas como beneficiarias. Actitud que denota en Mampálica, desde 1.990, una voluntad permanente y reiterada de que Gumersinda y Salustiana fueran sus herederas universales e indiscutibles.

Como si de gelatina estuviera formado, se va haciendo mi cuerpo a la hechura del molde -carne fría de color pálido azulado, piel lacia de un rosa desvaído- insensible si no ejerzo esfuerzo sobre las extremidades, el tronco o la cabeza. Me llega a la mente la consoladora certidumbre de estar en la Segunda Caída, en la séptima estación del Vía Crucis, y doy de lado a la parcela anexa destinada al sentimiento de culpa. Cedo al orgullo y me refocilo en él, considerándome merecedora de la pasión de Cristo, premiada con una segunda versión de nuevo en mí sucedida. Ausente mi confesor sus censuras no rigen. Acepto al deleite que se extiende por todas mis células, la progresiva tranquilidad de ánimo, la serenidad que me invade cuando, disimuladamente, miro mis manos pretendiendo ver desarrollarse en las palmas sangrantes heridas de clavos, o caer de la frente gotas que nacen de los arañazos infligidos por la corona de espinas. Luego, todo pasado, me arrepiento y rezo un Señor mío Jesucristo, repitiendo con San Agustín: ¿Quién podrá hacer que recuerde los pecados de mi infancia?, y añado: ¿Quién se pondrá de mi lado frente a las tentaciones de la juventud? Porque allí, en la segunda puericia, adolescencia recién alcanzada, primera mocedad, está una de las claves de mi existencia, abierta herida, motor de

mis acciones futuras. La desconfianza se abrió entonces a ese espacio estrecho donde han de encontrarse la mujer y el hombre. La sospecha de indecentes propósitos en quien se acerca profiriendo palabras de amor, la suposición de intenciones dobladas en quien me promete afecto sin fin, indudablemente, tienen allí su origen.

Me duelen las plantas de los pies como si alguien las agujerease horadando una caverna o trazando una incisión profunda, un corte que abre en canal la carne viva sirviéndose de una hoja irregularmente afilada. Puede ser que el clavo –mal rematado por el zapatero- cuyo puntiagudo extremo atraviesa la suela, haga de las suyas perforando la piel y llevando a la otra planta un dolor imaginario y reflejo. Puede que hayan comenzado a manifestarse los síntomas de mi portentosa transformación en pasionaria. Puede que así sea, elegida al azar, con independencia de mis merecimientos, pues no son éstos tantos que deba ser yo señalada por ellos. El pensamiento va alejándose presuroso del lugar y del tiempo, y duración y espacio, anclados al edificio, a la ciudad y al mundo, no aciertan a darle alcance. Se dirige mi iniciativa en busca de memorias que den sustento al porvenir, si es que alguna vez llega; mas se pierde en distancias que prefiero cercanas. Insiste el teléfono en su intento de ayuda, en su deseo de comunicación y la respuesta se repite inexistente, dañando mi confianza en los hechos favorables, disminuyendo su posibilidad de éxito. Quiero y no quiero ser rescatada, porque la realidad destruye la expectativa, y la espera dolorosa sigue siendo mi mejor baza, mi consuelo. Gano en este lecho deforme, duro y frío, tolerancia con la vida; me hago solidaria de todos los que sufren, soy incapaz de pecado y mis méritos se acrecientan. ¡Qué mejor cilicio! Sin embargo, temo el dolor que ha de traerme el minuto siguiente, el desespero de los momentos finales. A mí misma me temo, débil y desorientada, puesta a merced de la incontrolada reacción de mi mente herida, que puede dar al traste con los reconocimientos acumulados en mi granero de méritos. Así que, una vez más, la duda me desgaja.

Tengo la sensación de haber cruzado la media noche como un Rubicón desbordado, y de iniciar un lento descenso hasta la madrugada, camino del alba salvadora. Vendrán; quienes quieran que sean los que llaman por teléfono, vendrán. Alarmados por no obtener respuesta se acercarán a comprobar mi estado. Pero ¿quiénes?, si no tengo a nadie, si estoy sola en el mundo. Aproniano, el menor de los chicos, enraizado ya en Buenos Aires, uno de allí, seguro; buen socorro representa a un día de viaje entre avión y preparativos. Contando, además, con la contraria realidad de su estado; gravemente enfermo de una dolencia coronaria que desaconseja ese medio rápido de venir junto a su hermana presa. Seguramente la esposa, a quien no tengo el gusto de conocer más que en fotos, le oculta los sinsabores de la vida para acercarle a una longevidad sosegada. Está, pero como si no estuviera, mi sobrino, hijo de Patricio, del que no espero nada tras el inicuo proceder mostrado con Paz y el intento de repetirlo conmigo. Ha dado de sí todo lo que es, un aprovechado, un egoísta de otra ralea; probablemente sale a la madre que, al poco de nacer el hijo, se desvió de mi hermano. Tan cerca y tan lejos, a doscientos kilómetros apenas y separado por toda la desvinculación, por toda la indiferencia que entre seres humanos puede darse.

Doce años cabales llevaba sin verle, precisamente desde el entierro del padre, muerto en el instante justo en el que empezaba a vivir, ya jubilado; no pudo el pobre adaptarse al ocio completo, al olvido de los compañeros, de los influyentes amigos, de los conocidos por mediación de su cargo en el Gobierno Civil. Doce años sin ver al sobrino, y el hijo de mi hermano arrojó mi clemencia a los cerdos; a los puercos entregó mi olvido de las ofensas anteriores; y lo mismo hizo con mi llamada, hecha tras mucho meditar, porque al fin y al cabo era mi pariente más próximo. Y mira si me molesté buscando el número de teléfono; Dios y ayuda me costó encontrarlo al no saber más que el nombre y el primer apellido. Por fin me puse en contacto con él llena de íntima alegría, como quien echa un cabo al pasado y va abriendo una

puerta cuyos goznes rechinan. Tendí los brazos, a través de su hijo, a mi hermano Patricio, del que fui niñera hasta que comenzó a ir al colegio. Estábamos el infante y yo la mitad del santo día juntos, y dormíamos abrazados en la noche oscura que traía el miedo; le cogí por ello un cariño muy rico que se cobija aún en la memoria. A tenor de los resultados, sin objeto ni sentido se tomó el jovencito la molestia del viaje; esa vez supe defenderme. Vino el día de San José aprovechando que en Burgos era fiesta y no perdía labores. Desconociendo el aspecto físico en que hubiera desembocado su evolución natural, hube de sacarlo por los rasgos familiares: la frente despejada, la nariz aguileña y los ojos marrones. Sucede como si lo estuviera viendo; tan gravado me quedó. Le acompaña su madre, la misma arpía; más vieja, más taimada que el día de la boda si cabe, más irritante; tan falsa como la tarde incómoda del funeral, cuando vertió lágrimas forzadas, y pronunció exclamaciones de falso dolor por su postergado marido.

Traen con ellos a un sombrío señor notario que erige al hijo, al dictado de mi voz marchita -enteramente confusa, sin saber qué impulsos seguir de los que tan contradictorios me invaden- en heredero universal de mis bienes. Salimos a la calle como en un paseo y nos acercamos a los bancos, abiertos en Madrid por ser día hábil, y puse las cuentas corrientes a nombre de ambos, ignorando a Aproniano con el que me escribo con cierta frecuencia. Insomne, las noches eternas me trajeron el remordimiento de haber privado a mi hermano de lo que en justicia le pertenece, los bienes terrenales que me puedan sobrar. No adelantó nada el caradura, pues en menos de un mes, arrepentida de lo hecho, todo volvió a su ser natural, como antes estaba. Y otra vez el mutismo y la ignorancia, reforzada la barrera por un resentimiento creciente. Tampoco vendrá mi entrañable amiga Agripina, interna en una residencia de ancianos, abuela viuda de una edad pareja a la mía, dominada por las cataratas que la van cegando y por otros achaques que habitan dentro de su cuerpo. Apenas sale de su reclusión para ir a los médicos, y suele hacerlo en coche cuando alguno de los hijos se presta a

llevarla. Desde los tiempos amargos del colegio me llama señorita: señorita Salus me dice. Nos seguimos queriendo con fuerza, dos almas en una somos, dos mitades de la misma persona. Le envió largas misivas relatando mis pasos uno a uno; y son de agradecer sus cuatro letras, porque en su estado han de costarle un ímprobo esfuerzo, ya que se está quedando sin vista. Tengo un crecido deseo de abrazarla. Me dije, de este fin de semana no pasa, y proyecté el viaje en coche de línea a Bocigas donde tenía su albergue. La pereza, el frío, y el irlo dejando para más adelante, habían retrasado la visita; y metidos de lleno como estamos en el invierno crudo, cada vez me hubiera resultado más difícil. Pero ahora la han llevado muy lejos. Por eso estoy segura de que no vendrá, a pesar de creer, como creo, en los cotidianos milagros.

Si ellos no, ¿quién podrá acercarse? Los de la parroquia acaso; son gente buena con tiempo de sobra para hacer visitas. Aunque, pensándolo bien, el fin de semana es poco propicio, pues se van con los hijos o creen que no deben presentarse sin avisar, en días que corresponden por derecho a la familia. Estuve a punto de acompañarlos de casa en casa, dando consejos, haciendo compañía, acortando las horas de tedio, dejando retazos de ilusión; y todo quedó en nada. Si supero con bien este percance que me retiene, prometo dedicarme de lleno a las obras de caridad, pero será en primavera, al regreso del tiempo salubre. De salir de este aprieto, si el frío que va llegando a mis huesos no acaba conmigo, ofrezco darme por entero a los necesitados del barrio.

¡Ladrones!, han de ser ladrones; llamaron por teléfono y al no obtener respuesta suponen la casa vacía. Ventrán en sigilo cuando esté abismada en el sueño y se llevarán el dinero y las joyas; y las hay de mérito: unas mías y otras salvadas del atropello hecho a mis hermanas. Ventrán y me encontrarán despierta, les atraerán mis gritos hasta el cuarto de baño, y viéndome indefensa proseguirán con su robos. No debo dormirme, he de estar despierta para hacerles frente y afearlos su conducta. Bien pensado,

será mejor que me duerma, robarán de igual modo y no sufriré sobresalto. Gracioso estaría; sería una broma que fueran los ladrones quienes me ayudaran a salir de este atolladero. Pero estoy desnuda y casi prefiero que roben sin verme, ignorantes del cuarto de baño, buscadores de objetos de valor en las alcobas.

Todavía habré de resistir -debo hacerme a la idea- pues hasta el lunes no llega Alberto, el nieto de Agripina. Para tomar experiencia en la conducción de litigios, viene él a diario al cercano despacho de la abogada que me lleva los pleitos. Trae el almuerzo, lo deja en el refrigerador, se va a sus quehaceres y vuelve a medio día. Sobre mi mantel devora el contenido de su fiambra y sólo la fruta acepta de mí, pues no quiere ocasionarme incomodidades. Viendo desaparecer los trozos de carne o pescado, con tal rapidez, víctimas de ese apetito joven, espontáneo, que descubre; sintiendo su contenida vehemencia, la urgencia de sus actos; me entran ganas de comer y me acometen impulsos de vida. Hablamos en la sobremesa y me animo; siento de pronto un desusado interés por lo circundante: los hechos y sus relaciones anejas. Se trata de breves coloquios pues tiene poco tiempo y, como es poco hablador, he de ser yo quien saque a colación los asuntos. Refiriéndose en concreto a la religión -materia que abordo para sondearle- me señala esencias que no alcanzo a discernir. Es cristiano de un Cristo hombre, de un Cristo filósofo, conductor moral de las masas oprimidas, porque en cuestión de creencias se considera agnóstico. Intuye en los políticos un lazo invisible que los reúne en casta, al margen del pueblo, sirviendo a intereses personales bajo disfraz de altruismo. Le interesa sobremanera el mundo natural, minerales, animales y plantas; conoce el porqué de muchos comportamientos, y respeta en lo que le incumbe las reglas universales. Desea una sociedad equilibrada: necesidades y recursos en permanente búsqueda, reduciendo las distancias, alcanzándose, dándose la mano. "El esfuerzo del hombre, su cotidiano trajín", me explica, "ha de contribuir a la armonía; entendiendo las razones del distante, mostrando los

motivos de sus actos, y caminando con la buena voluntad en bandolera". Es comedido y prudente en sus dichos, amable y cariñoso en el trato, a cualquiera encuentra virtudes y confía sinceramente en las personas. Optimista, piensa que avanzamos, y abre al futuro la puerta atribuyéndole buenas intenciones. Sin pretenderlo, porque es modesto, me descubre que escribe poemas y da forma de historias fingidas a la realidad que transcurre a su lado; se ve que sigue los derroteros que inició su abuela. Con Alberto recupero memoria y un tiempo precioso que creí definitivamente perdido. Le cuento mis penas de vieja, la parte de las preocupaciones que se puede expresar a un muchacho -es sabido que los jóvenes de ahora están en lo suyo- pero él es distinto y estoy convencida de que comprende mi lamento. Me da su opinión sobre la andadura de mis demandas, y es, en cierta medida, optimista acerca del resultado final.

La Compostela que metida en un cuadro cuelga de la pared; ganada en un peregrinaje del que guardo recuerdos muy gratos, me lleva a hablar, al nieto, de su abuela. Conoce que deseo visitarla, pero ignora aún la manera de llegar al nuevo albergue y me ha prometido enterarse. Si adivinara mi estado, tierra y cielo removería en remedio de mi desgracia, pues me tiene afecto. Mas levanto quimeras, dibujo espejismos, cuando sé que he de esperar a la mañana del lunes para que eso ocurra. Él usa la llave que yo le entregué y no he de abrirle la puerta. Avanza mi fatiga y sucumbo al adormecimiento que fuerza mis párpados, cerrándolos. Ladrones, ya podéis venir, estoy desfallecida.

Van pasando las horas como procesión de Semana Santa, parsimoniosas, llenas de misterio, lánguidas, monótonas. Comprendo con ellas que el silencio es una invención crecida en el deseo de los ajetreados; realmente no existe. La noche está poblada de ruidos que nacen de la actividad reducida, crecen, se multiplican, se parten, se unen, se restan, se transforman y van degenerando en sonidos más tenues que tornan a alargarse, a desplazarse, a acortarse de improviso, a renacer más allá

prolongando su juego. Un mar de olas múltiples semeja el ruido de la noche. Oleaje que se arrastra y se eleva a intervalos medidos, formando estribaciones de equilibrio inestable. Da miedo, reconforta, y todo en clara dependencia del eco que en la mente encuentra, de la predisposición del ánimo. Percibo nuevos gritos y carreras. Contengo el respiro y son insultos lo que oigo, amenazas a la vida. En la casa alguien se levanta, abre una puerta que pide aceite para sus bisagras, y poco después provoca el descenso en cascada del agua, que se va presurosa recorriendo angostas tuberías, arrastrando detritus, inmundicias y cientos de secretos, colector adelante, a la depuradora y al río; entrando de lleno en el eterno ciclo que domina su caminar interminable.

No veo deslizarse a los minutos, pero los imagino reptando como lombrices de tierra fuera de su ambiente húmedo. Busco el reloj en la muñeca aunque sé que hube de quitármelo para bañarme. Suelo hacerlo para evitar que se empañe el cristal como me ocurrió en un olvido: se veían borrosos los números y las manecillas jugaban al escondite, al modo en que se comporta el sol los días cubiertos, que sale y se oculta a intervalos. Lo dejo descansar durante el tiempo que dura mi aseo; yace entonces de bruces, con los brazos de la pulsera abiertos y la esfera asentada sobre la ménsula del lavabo. Para mi desgracia cerré la puerta, ganando mi pudor excesivo al miedo a quedar inmóvil, tal vez por creerlo remoto. De haber procedido como me aconsejan, irían mis ojos directos a la pared de la cocina. Cuelga de ella, a manera de adorno, un plato de cerámica que, sujeto al dorso, oculta el mecanismo motor de dos manecillas negras y otra roja, más larga, encargada de mostrar el paso diligente de los segundos. Si hubiera hecho caso a los que me quieren bien, pese a la distancia, dado su singular tamaño mi vista lo dominaría.

La luz de la bombilla disimula el débil resplandor que llega por la ventana de cristal traslúcido, pues viene de un patio pequeño y, sobre el mío, aún hay otro piso. Apoyándome en indicios tan vagos me dispongo a esperar al alba ya inminente, voy numerando el tiempo, minuto a minuto, como si se

tratara de los abalorios de mi rosario, misterios dolorosos. Ahora oigo rumores de pasos y murmullos de diálogos mínimos. Alcanzo al miedo en dos zancadas, representación de anteriores facultades de las que en el presente carezco, y quiero cubrir mis vergüenzas, taparme la cara, la piel rosada y blanquecina de los muslos, la azulada de las piernas, el frente entero y las ocultas intersecciones. Décima estación adelantada a su tiempo, en un zigzagueante Viacrucis cuajado de vaivenes. Deseo ocultarme de prisa, víctima de zozobra, inquietud y sofoco; temiendo la entrada de un hombre dispuesto a auxiliarme. Me sobrecoge que asomado a la puerta, haya de verme corita antes de entregar su ayuda y tomarme en los brazos, alzándome con tiento hasta colocar mis pies insensibles sobre las baldosas verdes y blancas, tratando de enderezar mi cuerpo tullido, rojo de pudor y recato. No, no es nada, en unos minutos lo sé, al desvanecerse el ruido de los pies que se arrastran y de los labios que musitan sílabas cortas que, aún siendo, apenas son. Pero sucederá lo que temo y ansío cuando el lunes llegue Alberto y me encuentre de esta traza: con el pelo revuelto y desvestida. Volveré a sentir una vergüenza terrible, sin acertar a oscurecer las partes íntimas; y él, tan buen mozo y tan retraído, permanecerá decoroso en el quicio sin atreverse a mirarme ni a echarme una mano. Le pediré que llame a la vecina, y ella, adelantada, me cubrirá con el albornoz de felpa rosa, bordado en marrón con mis iniciales; y de esa manera, entre los dos, podrán incorporarme y llevarme a la cama. Acabará el frío que me tiene aterida, los carámbanos de hielo de mis pies se irán entibiando y, rodeada de la cálida lana de las mantas de Palencia, volverá a circular la sangre por mis venas. Un hirviente caldo de gallina me darán a beber, y mi estómago alcanzará su tono vital. Relataré mi peripecia, gozosa de que haya pasado, y quizá me ría. Alberto -puede que lo haga por que de interés lo vea- escribirá unas páginas que cuenten la derrota final de la desgracia, y las unirá a las que sobre mí acumula su abuela Agripina.

Un reflejo pálido inicia su andadura por las habitaciones, llega de la calle y acarrea sonidos diferentes, entrelazados en una mezcla que el día sostiene con su ajeteo. Viene de fuera la luz y me trae recuerdos: murió el zagalejo que llevaba a la casa de los abuelos, como un presente ofrecido a la hija del antiguo amo, jarras colmadas de blanca leche cubierta de dos dedos de nata, y un chivillo nacido fuera de tiempo. Tenía dieciséis años el mozuelo, y parece ser que yo le gustaba, que era cosa suya la ofrenda. La gente del pueblo murmuraba que la enfermedad, con el fin de robarle la sangre, le sajava las venas por dentro. En su lugar era agua lo que inyectaba, decían hombres y mujeres en sus confidencias supersticiosas. No sucedería así, seguramente; habrían de ser hijos de la ignorancia los dichos, pero yo le veía languidecer y morir minuto a minuto, y me daba una pena tan grande que también me moría.

Me alargo por los afectos, me deslizo por su suave pendiente, recorro los meandros dulces de su río. Sucedió en Valladolid, en la plaza que llaman de la Fuente Dorada, y si cierro los ojos, lo veo. Pasaba por allí cada día y descubrí, instalado en los soportales, a un barquillero dichoso, dueño de su disminuida almena, rojo castillo inconcluso. Señor era de la orientada fortuna, azar representado en una fuerte lengüeta de flexible acero. Alojábase el fleje en el centro móvil de la tapadera del bombo, y cual mariposa fugaz, girando y girando, tocaba las cien columnas que cerraban el círculo de la corona. Parábase en una, bienaventurada, ligeramente combada hacia adentro, ofreciendo mayor resistencia, facilitando un premio menor. Rodaba y rodaba la ruleta impulsada por las débiles manos de los escolares, portadores de una pesada cartera y monedas de a real, pues ese era el precio de cada tirada. Repetidos números, símbolos fáciles, aparecían custodiados por los dorados topes, balaustres de un gris metálico mate en el lugar lamido por la acerada membrana. Caminaba yo despacio bajo el techado de la plaza, y permanecía un buen rato mirando a los satisfechos chavales que, tras probar su suerte, devoraban barquillos y obleas de color caramelo; tono recibido de una tenue

capa de miel y vainilla que los impregnaba de su delicioso aroma. Era un hombre joven quien dirigía el concierto, de anchas espaldas a las que ataba con correas el cilindro mágico repleto de misterio y delicadas golosinas. De esa guisa le veía marcharse, Duque de la Victoria adelante, las veces contadas en las que llegué tarde a la cita. No tenía yo dinero y se notaba; permanecía a distancia, mirando la escena con unos ojos que debían de ser pedigüños, porque una fría mañana de sol, llegada tras una semana de niebla, el hombre me llamó con un gesto amable y una abierta sonrisa. Puesta a su lado, apuntaban mis ojos al suelo sin verlo. Alzándome la cara me preguntó él mi nombre y de donde venía, y como premio a mi ininteligible respuesta me entregó una oblea que me supo a gloria. En adelante sucedió cada día el milagro, hasta que tomé confianza y era yo quien le tiraba de la chaqueta reclamando el premio. Por carecer del obligatorio permiso, dos guardias se lo llevaron una preciosa tarde de la primavera recién nacida; y ese día, pidiendo gracia a los celadores, me dio dos barquillos y un beso. A la fecha de hoy, tanto tiempo pasado, todavía concreto el azar en una ruleta trucada, que tiene su asiento en la tapa de un bombo rojo donde la felicidad anida.

Del abuelo, padre de su madre, guarda la señorita Salus, a través de los años, una sólida presencia inolvidable; tan distinto era su trato al recibido por ella del señor Baldomero, que la diferencia le convierte a éste en extraño. Quería también a la abuela, pero de modo distinto, sin duda; como se ama a alguien que te adora y por quien sientes cierta obligación. Pasaba temporadas enteras con ellos, pues desde Valladolid -entregada como un bulto a alguna persona conocida- el coche correo la remitía a Encinas de Esgueva en poco más de una hora. El viaje se le hacía un guiño, observando -con la nariz pegada al cristal de la ventana- el trajín agricultor que se trae la gente laboriosa del Valle. A pesar de ser mayorcita, desde Medina no le dejaban ir sola, por lo del transbordo. Temían la dificultad que supone para una chicuela, recorrer las calles que van de la estación a la entrada de la Huerta del Rey, donde tiene la parada el coche de línea. “¡Ya ves!, un trecho de nada”. Además, ella conocía un atajo que cortaba el Campo Grande. No,

de nadie aceptaba golosinas, negaba la mano a cualquiera de los transeúntes que se ofreciera a llevarla, y a ninguno descubría su itinerario o su destino final.

Un mal día la abuela se muere, y al poco el abuelo que, aislado y a merced del viento, no supo abrirle nuevo sendero a la vida. Hay momentos cuajados, íntegros, que ella evoca con el tono sepia característico de las fotos antiguas. Rescatada del fondo de la mente, donde la acción oxidante del tiempo la ha empujado, la señorita Salus dibuja en sus cartas la búsqueda de setas, intentada en las tardes festivas del final de octubre y comienzo de noviembre, cuando las lluvias propician el brote de las talofitas disimulado entre yerbajos y hojarasca: "Está la tarde fresca pero voy bien abrigada siguiendo los pasos peritos. Laderas arriba, recorro veredas apenas marcadas, pasos paralelos al camino del páramo; descendiendo a las vaguadas, monte bajo, praderas, tras las botas de cuero que me preceden, tras la mirada escrutadora a la que nada se escapa. Mi abuelo y yo cruzamos Canillas, intuimos las casas de Hérmes, vemos Castrillo de don Juan y llegamos hasta las calles de Piñel de Arriba, dibujando una O mal trazada con pulso de niño. Las hojas caducas muestran sus tonos marrones, los infinitos ocre; una liebre emprende la huida cuando nuestra presencia la sorprende lejos de la gazapera. Pedregales, tierra seca, musgo crecido en la vertiente norte, zarzas, matojos, robles y, donde menos te esperas, disimulado desde hace unas horas, un día a lo sumo -su vida es muy breve- aparece el carpóforo como dice el abuelo, sacando el término de un libro que muestra a los hongos dibujados en su color exacto, y descubre en cuatro palabras las características más llamativas". La señorita Salus conoce dos variedades muy concretas: una de ellas, succulenta, carnosa, de un color marrón claro y un olorcillo que siempre anda buscando; y otra pálida, blanquecina, sobre la que su abuelo advirtió -en prevención del peligro extremo- que era venenosa y de efecto letal. Quisiera distinguir como él las partes del hongo con sus nombres científicos, valorar el color y textura, saber cortar el talo facilitando el regreso

al otoño siguiente y, al llegar a casa, guisarlas, sabrosas, a la manera sencilla de su abuela.

En tales caminatas se hizo inevitable que Salus conociera el yeso en su natural estado. Servíase el mineral de múltiples destellos para reclamar la atención de la niña desde las cuestas, y logró despertar en su interior ingenuo un interés creciente. En un principio le atrajo su aspecto festivo, alejado de las monótonas piedras, de la greda áspera con las que se mezcla sin reserva. Pero luego halló más; sintió que le eran reveladas la nobleza de la materia, la diáfana tersura emparentada con la poseída por las piedras preciosas, y una esencia indefinida, el débil latido de lo inerte. Quiso liberar el iris vislumbrado en su interior, atrapado entre las finas láminas casi transparentes de su hechura, que una sobre otra consiguen simular. Deseaba gustar, oler; aprehender de una u otra forma, el cálido tono de miel diluida o de sol inicial que toma el conjunto al distanciar la mirada. Llevó, por indicación del anciano, varios pedazos a casa, alargados y de agudos extremos, comparables a remate de lanzas o puntas de flechas; los metió en la lumbre cuando sólo era ascuas y, al volver, más tarde, la aparente transubstanciación se había producido. Acompañaba al íntimo trastoque el milagro de una verdadera mutación de la forma, el color y la textura. Desapareció el cristal por alguna razón misteriosa que la ciencia explica con todo detalle, y en su lugar se presentó un clarión de similar tamaño. Molidos los trozos sin aparente esfuerzo, vinieron a dar en espeso polvillo y, sirviéndose de él en ese estado y de un poco de agua, a Salus le demostró el abuelo que la evolución provocada por la mano del hombre, llevaba al cristal primario a transmutarse en beneficiosa argamasa aglutinadora de ladrillos, o en albo revestimiento de paredes. De manera tan práctica comprendió lo que las monjas trataban de hacerle saber por camino distinto: que la naturaleza muestra sus secretos a quien tiene intención de conocerlos, y pone constancia bastante al servicio de la indagación.

La vendimia, practicada en esas fechas, es otro recuerdo que intacto reposa en la mente de la señorita Salus, granero de cosecha cumplida. Cuánto sol se acumula en los racimos repletos de jugo, cuántas gotas de lluvia, qué de afanes se ven por fin recompensados. Los mayores van como siempre a lo suyo, pero llenos de alborozo, felices. Ella y sus primos -jugando por entre las cepas, estorbando a las vendimiadoras y a los sacatarreros- se escondían, se buscaban, se perseguían y hacíanse, los unos a los otros, lagarejos de lo más inocente: cuatro o cinco uvas que desgarraban el hollejo, derramando su pegajoso mosto en las mejillas rosadas y en la frente esquiva. Distantes, estos juegos ingenuos, de los sensuales bocetos que los chicos pintaban con uvas tintoreras, sangrantes, en la piel que, en las chicas, las faldas y blusas ocultan. Salus lo veía barbarie, violencia del macho contra la hembra sometida; pero andando el tiempo entendió ese lenguaje de los hechos, mucho más directo que las palabras hurtadas a la lengua por la timidez. Cientos de sueños callados, vehementes deseos apenas contenidos rompían el dique y afloraban, desbordándose, esos días. Seguían los jóvenes un rito de miradas furtivas, de risas sin causa, de gestos nerviosos. Y cuando las probabilidades de ser rechazado se desvanecían, el mozo iba exultante tras la moza. Iniciaba ella una torpe carrera buscadora de un alejamiento suficiente del grupo, un círculo de intimidad; pues no deseaba ser vista cuando el racimo, pletórico de substancia, vistiera de color granate su desnudez pálida. Entre generalizados gritos de entusiasmo y frases alusivas al atractivo recíproco, varón y mujer regresaban juntos, dueños de un andar lánguido, integrándose orgullosos a la vida en común que quedaba al acecho de otro asalto. Merced a esos atrevimientos primitivos surgieron numerosos noviazgos que luego cuajaron. De regreso a casa, relataba Salus con su media lengua lo que la parecía de mayor oportunidad, y su madre y hermanas escuchaban divertidas.

La anécdota que a veces cuenta Salus, debió de sucederle también en aquel tiempo. Ignoro los motivos pero sé que existían, para que la niña

levantara una piedra plana que descansaba, tras su larga y laboriosa formación, sobre una ladera orientada al Sur. Era más que una lasca, sin duda, pues medía dos palmos de ancha y medio de grosor, y por su forma de cuña permitía imaginarla formando parte de una roca mayor, desprendida de ella por mediación de un pico o de la reja del arado. Blanquecina presentaba su superficie, y horadada por dos o tres agujeros rellenos de una tierra grisácea. Bajo ella, oculta y protegida, enroscada como la cuerda de un reloj, sorprendiéndose sorprendió a una víbora. Retiró la mano derecha con rapidez, con toda la premura de que un acto reflejo es capaz. La pequeña cabeza triangular de la serpiente se movió, asimismo, siguiendo los dictados de su instinto defensivo y mordió la mano infantil en el arco que forman los dedos índice y pulgar; seguramente la destreza del ofidio obedecía a más ensayo, a mayor previsión de la especie. Reiteradamente el abuelo succionó el veneno introducido en la herida, para escupirlo a continuación sobre una mata de tomillo que al lado prosperaba olorosa. Un antídoto le fue administrado en Esguevillas por un médico que reprendía sus quejas; y en adelante las piedras del campo se vieron rodeadas por sus pasos.

Medina del Campo ya fue otro cantar; sin vacilación alguna, más triste. Al parecer se cerró el paréntesis de bonanza y lo hizo de una manera muy próxima a la temida por la señora Beremunda. No sabían el porqué aunque sospechas hubiera. El desencadenante pudo ser el incendio de la casa de los abuelos, verdugo de la pequeña Dita, un ángel terreno. Pudo ser, pero no sería sólo la quema en cuya extinción participó todo el pueblo, hasta los refractarios, que los había; vecinos enfrentados al padre desde que llevaba el carro y las mulas por carriles hechos sobre sembrados de otros, en razón de encontrarse el camino cruzado de cárcavos. Probablemente no era sólo eso; debería añadirse que al señor Baldomero se le subieron los humos al ser nombrado capataz. Exhibiendo un poder que no poseía mandaba a los obreros con exagerado dominio, habitantes del pueblo incluso, a los que facilitó el empleo. Les exigía bregar con permanente brío durante las ocho

horas de los seis días laborables que componían la semana -valiosa conquista de los trabajadores- obligándoles, con cualquier pretexto, a comenzar antes o terminar más tarde, sin complementar el salario de manera conveniente. Añadiremos que se quedó, por ese procedimiento tan ruin, sin los pocos amigos que había logrado juntar a lo largo de los años. Se le agrió el carácter y acabó desquitándose con los de casa, pues ellos, por costumbre, no se oponían a su decir aunque estuviera equivocado.

Gumersinda, Salus y Paz, diez, seis y ocho años -la pequeña en medio- salían del portal de la casa cogidas de la mano; tres vestidos lucían hechos por su madre de la misma tela. Quizá se excediera en la compra, quizá encontró un buen retazo a precio de saldo, ya que eran dos los que cada año cortaba; al resto le servía un arreglo de líneas y vuelos que los adecuara a la moda. Se unían las niñas en las horas huecas de la media tarde, o en los días de fiesta, para jugar a alcanzarse entre la gente que transitaba la plaza, persiguiendo, escapando, desde la casa de Isabel la Católica a la entrada de la Colegiata; pendientes, eso sí, de los movimientos bruscos, de los encontrones, temerosas de mancharse los trajecitos recién lavados. Paly, que en el verano dio un estirón, era una muchacha bien desarrollada, un poco chicozo, y a sus trece años no solía custodiar a las pequeñas, renuentes a su compañía.

Un día señalado, el señor Baldomero llevó a sus hijas a la feria. Resultó inolvidable. Miles de corderos, de ovejas, de lechazos envueltos en lana esponjosa, se agitaban balando en busca de una libertad no bien conocida, en procura del pasto o de la ubre turgente. ¡Cuánto deseó tener uno de los más pequeños -seis, siete kilos pesaban, le dijo su padre- en los brazos! Podía con él, ¡vaya si podía!, y le hubiera dado leche en una botella cerrada con tetina de caucho. Pudo acariciarlos, pasarlos la mano por el lomo; porque los dueños, embebecidos en sus tratos, no prestaban atención a una niña que se mezclaba con los animales. Ovejas churras, merinas, castellanas, aguasís; su padre les explicó la diferencia con visible agrado,

pero sus hermanas no prestaban atención y querían marcharse. Dentro del corazón sensible de la señorita Salus, quizá la visita al mercado esté valorada como uno de los acontecimientos más felices de su niñez escasa; pues a más de corderos descubrió a un padre afectuoso y hasta efusivo, que premió su interés con una caricia y un beso.

Perdida la ilusión que representaba Dita y llegado Patricio, primer varón, colmo de las aspiraciones del padre, la familia consideró el nacimiento de Aproniano como un añadido; un inmerecido regalo del Cielo, a quien todas las hermanas deseaban atender, pretendiendo, de hecho, jugar a las moñas con un muñeco de carne rolliza. Era Paly quien llevaba en este caso la responsabilidad al concierto -quién iba a decirlo- la que desempeñaba las tareas más delicadas: mecerlo, darle los biberones oportunamente y en el debido grado de temperatura, cambiar sus pañales, bañarlo. Había que verla, delicada, henchida de gozo, rodeada de las demás, obedientes ellas a sus mandados, colaborando en armonía al mismo fin: la atención esmerada del regalado niño.

Como no hace amistades asiduas y el señor Baldomero regresa cuando ya ha anochecido, la señora Beremunda cose demasiado; se está dejando los ojos detrás de la aguja y de los tejidos oscuros. Empuja el día con fuerza sin descuidar por ello las demás labores: está atendido el esposo a su gusto, crecen los niños sanos y van las niñas primorosas -muestra de las vecinas- y eso lleva su tiempo; más todo es posible a costa de robarle horas de sueño a la noche. Salus toma de su madre la afición a la costura, observa el movimiento de las laboriosas manos, de los hábiles dedos; los mira configurando patrones, los sigue tras el corte exacto de la firme tijera, fiel deslizar de filos enfrentados mordiendo la marca que el jabón señala; va tras ellos cuando toman la aguja y entrecruzan con pericia las hebras. Voluntaria aprende de festones y zurcidos y, en adelante -si no los pantalones y faldas de sus hermanos, que son prendas delicadas- rodeas, paños, cortinas y el ajuar diario, servilletas, sábanas, almohadones, reciben la colaboración de

sus manos predispuestas. Esa ocupación no la libera de fregar cacharros, del encerado de baldosas, del lavado de la ropa. Por ésta y otras afinidades se sitúa Salus al lado de su madre –tiene presente la grave enfermedad que estuvo en un tris de dejarle huérfana- la admira y le toma el ejemplo, imagen de paciente resignación y de calma.

Si hubo algún eje indestructible, lo fue el formado por Paz y Salus. No se trataba de un sedal resistente, no; no era una cadena de eslabones gruesos; forjaban entre ambas un barrote de acero indestructible. Coincidencias se daban absolutas que reforzaban un cariño dispuesto al sacrificio. Una emprendía la senda, y la otra colocaba sus pies sobre las huellas primeras. Unidas trataban de atraer a Sinda que habitaba un mundo ficticio, producto de tan fértil imaginación que en ocasiones ponía a la familia en dificultades con los conocidos: a mis padres les ha tocado un pellizco del gordo, Paly se casa en primavera con un capitán de artillería. Tomando, al ser descubierto el enredo, un desvío hacia lo frívolo y sin substancia, eludiendo su responsabilidad. Frente a las tres se sitúa Paly, que al margen de las atenciones prodigadas a Aproniano, sigue siendo la misma, no nos engañemos; intransigente y mandona, va persiguiendo en lo que puede los pasos del padre. Razón por la que ocupa su lugar en la mesa cuando él come fuera; y aunque, consecuencia de sus barrabasadas, recibe los castigos más duros, hace como si no concediera importancia a tal hecho, o lo tuviera a gala por considerarle testimonio de predilección. Entre el señor Baldomero y la mayor, sin acuerdo manifiesto, cercan a la madre bondadosa y a los demás hijos, quienes, no sabiendo que partido tomar, desarrollan vínculos de protección desfigurados por la blandura del gesto. Salus, Paz y Sinda, soportan las prohibiciones como pruebas que el cielo envía a los devotos elegidos. Rezan, piden a Dios un milagro, y si usan a la religión como refugio, la oración hace claramente de tejado.

La señorita Salus iba en Medina a un colegio de monjas, y vestía uniforme verde y marrón. Es por esas fechas una niña muy vergonzosa, de

un hablar tan raro que casi nadie entiende; a no ser Agripina, la amiga de la cara quemada que cobija en ella el rechazo sufrido. La chiquilla menuda que parece su sombra, ha nacido en un pueblo situado casi en el límite de la comarca, por eso está interna y llora de noche en la penumbra del lecho. Van siempre juntas, como dos hermanas siamesas aún no separadas, y las niñas malas murmuran acerca de amistad tan firme, dejando entrever una conducta perversa que las vuelve curiosas y las incita a ensayar. De día tiene Agripina a la señorita Salus que le sirve de contrafuerte, pero cuando llega la hora de apagar las luces del dormitorio, se desata la jauría de lobos y las más cercanas son sus enemigas. Bromas pesadas le hacen, trastadas de crías crueles que la dejan sin ropa de abrigo o la mojan. Salus y Agripina, juntas, medran; haciéndose ambas más fuertes. Influencia clara de los estudios religiosos que cursan, previstos para desarrollar otras habilidades, las compañeras de los últimos cursos y alguna monja joven se burlan de ellas y les dicen, con sorna, las querubines; pues sabido es que estos seres celestiales, como mensajeros y emisarios que son del Señor, gozan del privilegio doble de una voz armoniosa y un agradable rostro.

Quisiera Salus ponerlas en aprieto, llegar con una acción hostil hasta un punto límite, un minuto extremo que les obligara a solicitar esa piedad que ella tiene en demasía. Se siente desnuda ante ellas, vuelta del revés, desgraciada. En esa humillación se apoya su odio al mundo, adolescentes y personas mayores; en ese desdén se sustenta el empuje con que irrumpe en los Trabajos Artísticos, en el estudio de Gramática y Aritmética que va dominando. Desde ese lugar elevado divisa la playa salpicada de caracolas vacías y nacaradas conchas, la verde pradera donde pacen un ternero y un potro; y ve desde esa atalaya la luz transparente al final del túnel opaco. Ahí cifra su triunfo, en el suceso insólito de ser la primera en esas materias, en recibir la felicitación de la Sor Directora, cuando, clase por clase, vaya leyendo -mañanas de los sábados- las calificaciones. Sin quererlo, sin darse cuenta, se atraganta con las palabras más largas, las que presentan

recovecos oscuros. A veces le falta el aire e interrumpe las frases donde no corresponde, da una cadencia desusada y, nerviosa, acaba invirtiendo el orden de las sílabas, deformándolas, suprimiendo alguna y confundiendo unas letras con otras. Además, su escritura es un embrollo confuso y sus exámenes semejan jeroglíficos. Se esfuerza, pone su interés completo en hacer las cosas como todo el mundo, pero ella es distinta. Hasta los seis años no ha ido al colegio y, en casa, recibe un sopapo del padre a cada error cometido; y son tantos, que no lleva la cuenta de las bofetadas. Por eso Agripina y Salus, dos gatitos abandonados bajo la lluvia, se entreverán hasta hacerse íntimas, sincerándose del todo, ofreciéndose, abiertas como alacena, la una a la otra. Se cuentan las experiencias mínimas, las ideas que creen originales; hasta el significado oculto de sus sueños se confiesan.

Del cielo llega sor Dolores, o así se lo parece a Salus. Se trata de una jovencita afable -novicia en ejercicio de suplencia- que estudia una disciplina llamada logopedia y ayuda a las alumnas más necesitadas. Con la meritoria aprende Salus a respirar, pues resulta que ese acto reflejo que parece sencillo, no es tal para ella. Practica palabras difíciles y escribe dictados plagados de trampas, tan variadas, tan juntas, que no parecen reales si no pensadas a propósito para que ella caiga. Su esfuerzo en el estudio obtiene resultados, mejoran las notas y se coloca entre las más destacadas. La vida es distinta desde ese momento, se anima y alienta a la pobre Agripina que, con tal de no verse, no se mira en el espejo al peinarse y lleva unos pelos que provocan jolgorio. La hermana Dolores convence a Agripina de una verdad a la que ella por sí sola no hubiera llegado: debajo de la piel encendida, plagada de arrugas y cicatrices que todos ven, existe otra, tersa y sonrosada, henchida de atractivo. Días vendrán en que los cirujanos expertos, eliminando con sumo cuidado la de arriba, dejen al descubierto la oculta; y en ese instante todos verán un semblante tan armónico como lo es su cuidado interior, su manera de ser atrayente.

Al finalizar los tres cursos que dura la estancia en Medina del Campo, apenas se le nota a Salus el habla rara; su padre cuando la castiga tiene otras razones que no necesita nombrar. Agripina, la niña del rostro abrasado, que sacaba nueves en redacción, mientras espera el día feliz de su metamorfosis, quiere hacerse escritora y poeta. Con palabras ajustadas dejará constancia de cuanto suceda a su lado y le llame la atención. Seguro que va a conseguirlo, pues emplea tanto tiempo en leer que la escritura ha de ser cosa rodada. Posee imaginación suficiente, es muy observadora y, por si fuera poco, ha desarrollado la imprescindible cualidad de la constancia. Se enviarán una carta diaria, aseguran muy convencidas, elevando la promesa a compromiso jurado. Dos veces al día hablarán por teléfono, se verán a menudo, y la una sabrá de la otra las preocupaciones. A las diez en punto de cada noche, la una pensará en la otra, y sirviéndose del pensamiento se darán apoyo. Así lo acordaron en el adiós, y para rubricarlo unieron la sangre de los dedos pulgares heridos con un alfiler, mientras formulaban una frase mágica sacada de un cuento; tan críptica, que ni ellas conocían el verdadero significado. Mezclaron en un beso la propia saliva; prueba máxima de fusión entre personas, testimonio de identidad única.

Salus le iría contando a su amiga, tiempo después, su calvario; paso a paso hasta la consumación del sacrificio. Nada le ocultaba, y menos aún los sentimientos íntimos, las fundadas sospechas. Le ofreció Agripina recogerlo en una historia un tanto discurrida, lo imprescindible para que resultara favorecido el retrato. Salus no olvidó la promesa, y por verse en tales páginas reflejada, siguió leyendo vidas ejemplares, biografías de santos. Algunas, cien veces: la de San Agustín, su predilecto; la de Santa Teresa, que no le iba a la zaga; San Juan de la Cruz, San Gregorio Taumaturgo, Santa Clara de Asís, Santa María Egipciaca, e Ingunda, esposa del rey Leovigildo, que aún no ha sido canonizada. A veces, ella lo sabe, actúa a derecho y se da en obras a los necesitados, a más de por hacer el bien, para que su ejemplo

perdure en los que lean el relato de sus merecimientos, escrito con todo pormenor por su única amiga.

10

TERCERO: Que a partir del mes de enero de 1.993, Mampálica entra en contacto con los presumibles herederos legítimos, José María Pérez González e Inés Pérez González. En la citada fecha se inician los acontecimientos que dan base y sostén a esta parte demandante, para considerar que los testamentos otorgados por doña Mampálica, los días 6 y 30 de marzo de 1993, carecen de validez y eficacia. De la misma manera aprecia en los demandados indignidad para suceder, y solicita que así sean declarados. Pasamos a exponer a continuación los hechos acaecidos, de forma ordenada en el tiempo:

1. En enero de 1.993, Mampálica, como consecuencia de haber sufrido una caída, precisaba ayuda para incorporarse de la cama, asearse o

comer; así como de los cuidados que una persona tan mayor requiere corrientemente, y que sus hermanas Gumersinda y Salustiana, de edades también avanzadas, no podían facilitarle.

Para tal auxilio buscó asistencia preguntando a unos y a otros, tenderos y compañeros de la parroquia. Por mediación de unos vecinos del barrio, logró Mampálica el conocimiento de Pérez González, hijo. Éste, no siendo médico ni enfermero, sin ejercer profesión alguna en aquella temporada, comenzó a prestarle los servicios de colaboración indicados. Fueron fijadas como pago las cantidades de seis mil pesetas los días laborables y de diez mil los festivos.

2. Poco más tarde, concretamente el 6 de marzo de 1.993, Doña Mampálica, ante Notario, otorga un testamento cuyas disposiciones desconocemos. Pretendemos también su nulidad. Pasados quince días, el 21, al atardecer, la anciana es trasladada por el citado José María Pérez y su madre, Inés Pérez, al domicilio de ambos en Toledo. Es de destacar que llevan a cabo el tránsito sin el conocimiento previo de sus hermanas, socapa de facilitarle una más esmerada atención. En la residencia de los señores Pérez González no le permiten a Mampálica tener contacto ni directo ni telefónico con sus hermanas. No saben ellas a quien recurrir sumidas como están en la angustia, debido al deterioro que suponen sufre la salud de la enferma y la carencia de noticias.

3. A partir de la salida de su casa para quedarse en el domicilio de José María y su madre, Mampálica realizó diversas disposiciones que afectaban a su patrimonio:

a) El 27 de marzo, seis días después de su llegada al domicilio de los demandados, otorgó poder tan amplio que faculta a José María para administrar y disponer de todos sus bienes sin ningún tipo de limitación. Dicho poder fue utilizado al día siguiente para comprar una vivienda en la calle Desengaño de Madrid, por un valor de doce millones. El piso pasa a ser nuda propiedad de los demandados, reservándose el usufructo Mampálica,

quien lo paga íntegramente a pesar de no comparecer en el acto de compraventa, pues tiene ochenta y tres años y no se vale por sí misma.

b) El 30 de marzo, únicamente nueve días después de llegar al domicilio de los demandados, y a tres días tan sólo de conferir tan amplio poder, otorgó nuevo testamento a favor de los señores Pérez González, que entendemos nulo.

11

Disminuido el ajetreo y llegado el olor de los guisos, entiendo que ya es medio día. Los pocos que trabajan en sábado y los que salieron de compras, regresan con apetito envidiable, predispuestos para la colación o el banquete preparados con cariño en su ausencia. Siendo excepción dolorosa los que vivimos solos; los que, por desgracia, no compartimos mantel. Nosotros debemos cocinar los alimentos aunque lleguemos cansados, o calentar las sobras del día anterior, intencionadamente abundantes. Después lo engullimos de tres cucharadas en un silencio vacío; y si hablamos en voz alta, con nosotros mismos lo hacemos, relatándonos nuestras propias penas bien sabidas, buscando un consuelo engañoso. Siento en el estómago, a intervalos irregulares, unas tolerables punzadas; por eso estoy segura de que

no es aún el hambre, esa sensación de vacío que muerde por dentro de la que hablan los pobres desnutridos. Lo mío es más bien una ligera molestia, que ahora, cuando los olores a comida conquistan la casa, se agudiza. El timbre suena, otra vez me reclama el teléfono inútil. No, en esta ocasión el sonido es más largo y menos hiriente; comprendo que se trata de la puerta y la alegría me invade. Quiero decir a quien sea, que estoy aquí, imposibilitada para abrir, necesitada de socorro; pero no me salen las sílabas que forman las palabras, no surgen las vibraciones que se hacen voces inteligibles al llegar a los oídos cercanos. Oigo con claridad la sucesión de un sonsonete más largo y una voz que pronuncia mi nombre con fuerza. Ahora sí, de mi garganta ha salido un grito de animal herido, que no es sino una vocecilla de anciana que llega, todo lo más, al recibimiento; incapaz de atravesar la gruesa puerta de madera y acero, blindada para que los canallas cejen en su empeño ladrón. Por favor, le pido a la cancela, filtra sólo a las malas personas; si quien llama es la vecina de abajo o cualquier otra alma de bien, que insista, que espere. Renuevo intencionadamente el grito poniendo en él todo mi aliento. Trato de sostenerlo en el aire como aprendí de la hermana Dolores, de mantenerlo en alto hasta que la voz resuene en el descansillo de la escalera, sobrepasando las entreveradas planchas que acorazan y amurallan la entrada. Es sólo un propósito, en realidad mi quejido no sale al pasillo, queda prendido en el aire húmedo que me rodea. Insiste, insiste, le insto a quien llama. Por la manera de cortar la señal, remachando los toques prolongados con dos pinchazos breves, estoy convencida de que es la vecina, ¡seguro! Chillo, me esfuerzo por elevar mi cabeza, mi boca, mis labios, mis cuerdas vocales; voy desgañitándome hasta comprender que no me ha oído, porque a los pocos minutos, con el eco de la penetrante llamada, se desvanece la esperanza de ser socorrida. Se va de mi lado el Cirineo sin poder tomar, como pretendía, parte de mi cruz; y sé, sin lugar para la incertidumbre, que cruzo en este instante el umbral de la quinta estación. La tensión decae y una nube de sueño me envuelve. Es una verdadera lástima

que la voz no responda a mi voluntad, que los sonidos agudos no surjan con fuerza. He tenido a unos metros de distancia a quien me hubiera puesto a salvo de la soledad y de la angustia, y he desaprovechado la ocasión. Era la vecina; así lo entiendo sin prestarme a otras sospechas, porque la forma peculiar de sus toques posibilitó el reconocimiento. Habita ella el piso situado justamente debajo del mío, y dos días a la semana me trae del mercado la compra. Se da un aire a mi madre, y me la recuerda siempre que la veo. Sé que añade al precio del puesto un recargo mínimo, que se cobra el favor, pero es comprensible: sus ingresos no le llegan a final de mes y debe echar mano a los menguados ahorros. Convalece el marido de una larga enfermedad de los nervios, que le viene de cuando se quedó sin trabajo, y cuenta con un subsidio que resulta insuficiente para mantener la casa y allegar la imprescindible comida. No han tenido hijos de los que esperar ayuda, y esta circunstancia inocente, es una carga añadida que llevan en silencio entre ambos sin jamás nombrarla. A pesar de todo parecen felices; comparten la desdicha que los une y la dominan en vez de sufrirla.

Salvo el frío gélido que subcutáneo hará su trabajo, hasta ahora la salud no se ha resentido gravemente; ni siquiera un mareo, una disminución de la presión arterial, tan propensa yo a esas menudencias. A intervalos percibo la irrigación sanguínea -sístoles y diástoles de mi encogido corazón- y la noto disminuir paulatinamente el ritmo frenético de los primeros instantes. Mantiene la víscera esencial su golpeteo, es cierto; pero tiende a la normalidad. Noto una friura atroz; no me pertenecen los pies ni los muslos, y me es ajena la parte que se mantiene en contacto con el acero esmaltado, templado por mi cuerpo a costa de la disminución de su propia temperatura interna. Puede que mis piernas obedezcan a otra persona: a un aventurero abandonado a su suerte en la travesía del casquete polar, intentando el Norte; dudando entre los dos posibles, el magnético y el geográfico, y muriendo congelado a una distancia equidistante de ambos. Puede que cumplan las órdenes dadas por un tullido en su último esfuerzo por lanzarse a

la Piscina Probática, demasiado alejado para lograr su desesperado intento. Estornudo reiteradamente y me respondo ¡Jesús!, creando a mi oído la ilusión de compañía. No es alergia al polvo ni al polen de gramíneas, me estoy acatarrando gravemente según parece; son los síntomas claros. Si no es más que eso, un enfriamiento, me daré por complacida. Culmina el sábado, y en este anochecer confuso se diluye el día que llegó con retraso a la calle, trayendo una laguna de repartidores, un vacío de los coches que otras mañanas van al trabajo. Incrementando, por el contrario, la intensidad del sonido en las cañerías, delator de más gente en las casas; los ruidos difusos del vapor en la cocina, gritos juveniles, voces altas de madre exasperada, la música insistente de varios transistores.

¿Quién va a venir a verme en fin de semana, quién va a intentar una respuesta mía concreta, fuerte, inequívoca, que revele mi estado angustioso? Nadie, seguro; las visitas de cumplido cesaron hace tiempo, y de renovarse alguna, seguramente, lo hará en la tarde del domingo. Las llamadas telefónicas, carentes de respuesta, no recibirán alarma; en festivo ya se sabe, abundan las ocasiones de salir: la misa, la novena, una escapada al hogar de las vecinas, el habitual paseo con las compañeras de parroquia, alguna promesa debida a Santa Gema en trance de cumplir, y cualquiera puede, además, imaginar otras variantes. Han pasado treinta horas lo menos y tengo sed; el hambre aún es llevadero pero, en cambio, soy tierra reseca abierta en grietas ávidas de agua. Se esponjan los labios bajo la saliva salvadora, endurecese mi lengua en el acto de mojarlos, abatido perro de San Bernardo que corre en socorro del descaminado. Mojo las comisuras y se secan al instante, quedando, lengua y labios, ásperos y rugosos. Es una sensación de travesía del desierto, producto del tórrido calor de un sol que se desploma sobre mi cabeza. No está la aridez de mi garganta proporcionada a su razón, hay un exceso que no explican las condiciones ambientales. Un clima extremado me gobierna; el frío glacial abarca a toda la epidermis, y me sofoca la sed del más extremo de los veranos. Una gota se desliza del grifo

inalcanzable, culebrea por un meandro ya hecho que aparece amarillento, y llega hasta el fondo corriendo hacia abajo, tomando la salida que dejé expedita al quitar el tapón con ruido hueco y no poco esfuerzo. Sin dominar yo una explicación satisfactoria, observo que al paso de mi dedo marcando un canal asciende el agua unos centímetros. Dedico un supremo esfuerzo a atraparla; inútil intento, aún queda un tramo final, un trecho mínimo imposible de reducir. Son únicamente tres o cuatro centímetros, que para el efecto de neutralizar mi exigencia de líquido lo mismo podían ser palmos, pies o leguas. Me agito, miro al techo a la manera de los que recapacitan; no pienso, pero inicio el ademán, apunto una postura fingida como a veces hago en presencia de extraños. Doy una imagen de inteligencia despierta desde el primer instante, pero que va, nunca he sido muy lúcida; de otro modo, a qué viene meterme en estos enredos.

Descubro a mi izquierda, alcanzable, la esponja con que me froto el cuerpo, y con gran batalla la tomo entre las yemas del pulgar y el índice; resbala, cae hasta el fondo, y se para junto a mi muslo blanquecino, desnudo, impúdico. La mano izquierda y la derecha colaboran, se pasan el absorbente objeto una a otra, y esta última, la más próxima, se acerca al hilillo líquido que es succionado por la suave masa en visible expansión, hinchándose falsamente de aire y de las escasas lágrimas que tanto deseo. Espero hasta el límite de mi impaciencia y, al final, la acerco a la boca y la estrujo. Noto sobre la lengua el tacto de unas gotas que llevan al paladar y a las encías un gusto extraño, a jabón en polvo disuelto, a suciedad epidérmica. Mi piel, tan aseada como parece, qué sabor salado guarda, qué impresión de desagrado ocasiona, qué indefinible efecto grosero. Sí, la sensación es acre, pero me libera de la angustia de estar abismada en una inmensidad de arena o de agua, me rescata del temor angustioso del condenado a la horca, del abandonado a su desgracia en medio hostil.

Momentáneamente serenado el más apremiante de los apetitos, se hace sensible, recién llegada, la memoria de la señora Beremunda, mi madre.

Años y años de cariño y dedicación se resumen en esta comparecencia. La veo mermada, tendiéndome a mí, su hija predilecta, la mano tímida; mirando a Baldomero, su señor, en busca de aquiescencia para la ayuda; atisbando luego, por el ángulo extremo del ojo, a Paly, segunda autoridad, intentando interpretar su mueca. Veo a ésta -hermana reacia a toda colaboración- negar con la cabeza, espantar el gesto bueno, propicio, con otro de desprecio. Observo a mi madre indecisa, pusilánime, irresoluta, quedar en cucullas a la espera de la autorización expresa, clara, indubitable; y sufro por la mujer que ha sido cauce de nuestra vida, deseosa de ayudar y privada de la precisa determinación. Padezco más por ella que por mí misma; me angustia más el amparo no prestado que el socorro no recibido. Y en ese preciso instante caigo en la cuenta de un hecho excepcional; comprendo, con una clarividencia extraordinaria, que la imagen materna que se compone ante mí no es producto del azar, sino que viene a cuento de mi propia trayectoria: Jesús en la cuarta estación encuentra a su amantísima Madre, imposibilitada definitivamente para impedir la Pasión, decidida en instancias más altas.

El frío nocturno va extendiéndose mansamente desde el horizonte por donde el sol se fue; cae sobre el tejado, invade la casa habitación tras habitación, y se precipita sobre mi cuerpo desnudo como lo hace la nieve, copo a copo, sobre la tierra yerta. Transparente es la túnica que me cubre, hielo perpetuo de los glaciares más elevados. El inconfundible son de la fiesta generalizada va disminuyendo; apagado el constante zumbido quédase en aisladas estridencias que atemorizan. La destemplanza de ahora me da pavor, los gritos proceden de una alegría engañosa, de una aflicción peor que la mía. Lo llaman diversión y tiene de eso tan sólo una pátina somera; en cuanto se rasca da entrada a una tristeza flaca que viene acompañada de descolorida amargura. Se me desploma la cabeza a intervalos sobre el cuello y el mentón se apoya en el hueso duro, haciendo lecho de él, yacija incómoda. A pasos quedos aproximase el sueño benefactor -mariposa intangible- me acaricia la frente con sus manos incorpóreas, cierra delicado

mis párpados, y cuando ya inicia el sopor su labor beneficosa, bruscamente se abre la consciencia y el dolor penetra sin piedad en los ojos, en las sienes, en el cerebro sensible. La inquietud, nacida y asentada en mi espíritu, estratégicamente posicionada, me impide por igual el pensamiento y el letargo. El tormento acerado y su hiriente efecto se hacen por momentos uno, conjunción dominadora e insoportable. Dejo en su mínima expresión la atención debida al entumecimiento de las piernas, al picor de la cintura; hago a un lado a la sed y al frío, me quedo traspuesta, y cuando creo que han pasado horas desde que me dormí, no han sido sino algunos minutos pues la secuencia de ruidos así me lo indica. De memoria recito, espontáneamente: "Apenas llegué a Roma me sorprendió el recibimiento, pues fui castigado con el azote de una enfermedad corporal; me iba a los infiernos llevando conmigo todos los pecados cometidos contra Vos". Me viene al pensamiento, sin buscarlo, este párrafo de "Las Confesiones" de San Agustín, porque mi situación se aproxima a la suya; y si muero en este trance, sin contrición, estaría condenando toda mi eternidad a la penitencia más penosa, la privación de la presencia divina. Me produce un pavor extraordinario el veredicto después de una vida esforzada en la salvación, y trato de hallar arrepentimiento a todos los actos levantados contra el Creador y su Doctrina, nacidos en mi arrogante cabeza capaz de concebir las peores ingratitudes.

Me ocupo en imaginar el Infierno, fantasía que me entretiene a menudo; y lo pienso bien surtido de aparatos de tortura, perfectamente activo, incapaz de averías que disminuyan el daño. Calderas sospecho donde indefinidamente se cuecen los cuerpos con sus almas, hogueras en las que se asan sin descanso los troncos, sus vísceras y los íntimos hálitos de vida. Aguijones de hierro al rojo vivo destinados a perforar perpetuamente la carne y, simultáneamente, el espíritu. Veo cuchillas de cortante filo convirtiendo en picadillo las magras extremidades, el vientre huero, el pecho abrazado a su sentir, y la cabeza poblada de pensamientos intangibles. Potros de tortura que contraen los huesos dentro de sus carnes hasta conseguir una masa

informe; y luego, a continuación o a un tiempo, los estiran hasta el desgarro inclemente, sin pausa, *per saecula saeculorum*. Concibe mi mente sin placer y da a luz con esfuerzo la imagen de los huesos, la carne y la sangre inseparables del espíritu: principio, substancia, esencia de todo el movimiento, de todo pensar; y los presente molidos, amasados, bregados y finalmente vueltos a su ser para comenzar de nuevo. Advierto que el temor al tormento físico coloca en mi corazón abatido un espanto insufrible, pero que representa una insignificancia al lado del miedo a su duración indefinida. Sumadas la viveza del tormento y su carencia de desgaste, minuto a minuto, a través de la eternidad entera, originan una angustia que me sobrecoge incapacitándome para el sosiego.

La estancia en el Cielo ha de acontecer en otro confín, allá donde no pueda resultar contaminada por elementos extraños. Según me lo figuro, es el Paraíso un prado de esponjosas nubes blancas cruzado por un arroyo fresco y rumoroso, corriente calma de flores, mariposas, y avecillas. Sus márgenes se diluyen en suaves oteros de música; melodía nacida de caramillos y arpas que tañen con singular maestría los ángeles. Percibo la imagen de la Gloria crecida dentro de un cuadro, acuarela de tenues pinceladas. Refleja la pintura una extraordinaria placidez, y entre sus motivos se inquietan de felicidad unos pececillos, resbaladizos e inasibles, que me saltan al regazo para mecerse en mi falda y arrullarse en mi cántico. Hacen corro de danza, a mi alrededor, corderos y palomas; mientras corceles y flamencos de admirable estampa pastan y picotean trocitos inacabables del maná, sabroso alimento carente de despojos. En la alegoría, exentos de padecimientos de ningún origen, las almas y los cuerpos cubiertos de túnicas blancas se deleitan en la esencia del Señor, Dios verdadero, representado por una luz que no deslumbra y un calor que no quema. Tan límpida luminaria da origen al prodigioso estado de beatitud que disfrutan, durante toda la indefinida perennidad, los fieles allí admitidos. Pasando a ser este punto, el de la persistencia, el más tranquilizador; puesto que no es posible perder ni

durante un solo segundo la condición de que se goza, ni siquiera a lo largo del inacabable transcurrir de la perpetuidad.

Pamplinas sin fundamento son aquellas que explican a la envidia incrementando el pesar o el gozo. Bastará, dicen, que los que penan sin esperanza y los que disfrutan sin temor se vean los unos a los otros, para que la intensidad de su estado se incremente en todos ellos. Pero no; resulta terrible la distancia existente entre el premio y el castigo. Finalizado el postrero de los juicios nada intermedio existirá. Los que abrazaron el bien y los que estrujaron el mal estarán situados tan distantes que nada sabrán unos de otros. Qué será de los tibios, me pregunto, de los que nadaron entre dos aguas. Y Jesucristo me da su respuesta divina: "Quien no está conmigo sin reservas, está contra mí". Se entristece mi ánimo y mi voluntad determina tomar resuelta el camino del sacrificio abandonando la hipocresía y el recelo, losas enormes que sobre ella pesan. De forma circular o elíptica razono a lo eterno, a lo interminable, y en su superficie sin aristas coloco a la vida como en un sendero plagado de altibajos y dificultades, salpicado de piedras agudas y punzantes cardos, bordeado de espinas que sólo son ejercicios de una prueba. Superada la experiencia con mérito -fe, esperanza y caridad- se torna el camino progresivamente llano, alfombrado de una vegetación tanto más suave y olorosa cuanto más se acerca al Creador -Principio y Fin de todo- Mayestático, Providente y Uno con el Universo. Y los tibios, los falsos, los desconfiados, arrepentidos de la conducta que cosecha espigas sin grano, uvas en agraz, purgaremos nuestras culpas hasta el fin de los tiempos, momento crucial designado por el Señor para decidir si nos rechaza o nos acepta a su lado.

Cuando ya la esperanza abandonaba al padre -el rígido señor Baldomero, por igual anhelante y desconfiado- el nacimiento de los chicos rompió la sólida rutina y desveló, paso a paso, el futuro. Se interesó por ellos como no lo había hecho por las muchachas, y miró al frente con ojos cargados de disposiciones que ya daba por perdidas. Se hizo el propósito de ser ejemplo y cañada para quienes llegaban tras él necesitados de orientación, y se supo capaz de tal esfuerzo. No miró dentro de sí buscando grietas y fisuras, en su carácter áspero, en su corazón endurecido; fue en el exterior donde persiguió las referencias. Si medrar en el trabajo había supuesto hasta entonces su empeño constante, la luz que ilumina el lugar de llegada, un punto resplandeciente en la lejanía; el progreso laboral se hizo

para el hombre una llamarada surgida del mismísimo sol, de su ígnea masa, de sus incandescentes vaharadas.

Desde el abandono de la agricultura donde era su propio amo pero carecía de servidores, un imán potente representó para el señor Baldomero el poder conseguido por mediación del cargo en la empresa. Obedecía en los comienzos ciegamente, seducido por la voz de mando, por el ademán enérgico de quien daba las órdenes. Tras su nombramiento de encargado puso en práctica el proceder aprendido en la observación constante de los jefes que más le atrajeron, aquellos que no admitían disculpas a las faltas ni réplicas a la recriminación. Deseaba que entre el acto de expresar su deseo y la diligencia de los peones no tuviese el tiempo fisuras, que ambos puntos formaran parte de una misma línea recta muy breve. Poseía el mando un atractivo desmesurado, y llegó a obsesionarle con una fuerza tan nefasta como la que lleva a las mariposas confundidas a inmolarse en la llama. Fue creciendo en empuje a pesar de que la energía menguaba, porque la corriente de hierro fundido que recorría sus venas le venía de más allá de los brazos fuertes, del otro lado del intrépido pecho; llegaba de una voluntad indómita cargada de razones egoístas que el tiempo había curtido. El paso de una a otra categoría se convirtió en inacabable carrera, tenaz persecución de horizontes sucesivos desde los que se dominaban nuevos valles cerrados por cuevas renovadas. Donde muchos compañeros desistían llenos de hastío por lo estéril del intento, él seguía adelante con los ojos cerrados, y los ascensos le llegaron uno tras otro como peldaños de una escala interminable. Si buscaba a sus pies el abismo del que provenía, hallaba un barranco poblado por gente sin aspiraciones que giraba siguiendo unas órdenes imprecisas dictadas por él. Endureció el trato, exigió mayor esfuerzo y le resultó agradable que en sus antiguos compañeros naciera la inquina. Papa o rey se juzgaba, y su palabra se hizo entonces la ley de los estados, el breve terminante de los pontífices. No fueron los hijos desencadenante, todo lo más le dieron oportunidad de crecer en ambición. Con el pretexto de asegurar su

bienestar se propuso ganar más dinero; y el sueldo y el poder venían de la mano.

De Encinas de Esgueva a Valladolid y, de allí, a Medina del Campo. Terminada la estancia en la industriosa población de tan nombrada historia, de tan afamadas ferias, breve o prolongada según la apreciación personal de cada uno, la señorita Salus y los suyos -en un viaje que iba siendo el discurrir de su vida- llegaron a la ciudad de Salamanca. El casco antiguo conquistó a la joven ya en sus primeros paseos: los monumentos y la vitalidad juvenil que mostraba, los estudiosos provenientes de todo el mundo que hablaban entre sí lenguas para ella ininteligibles. Ciudad de ciudades superpuestas: románica, gótica, plateresca y barroca; de unir las a todas en una sola, seductora, se ocupaba la piedra dorada de Villamayor.

Ganaron un patio en la mudanza; no era el corral de los abuelos pero abría puertas a la memoria, obligaba a añorarlo. Su espacio reducido, aunque abrazaba la casa, lo hacía a tres metros de los muros con una pared que un hombre mediano, espingándose, sobrepasaba con la mirada. En él criaban un gato con vistas a enfrentarlo a los ratones llegado el momento. Le había rescatado Salus de un secuestro que caminaba todo seguido hacia la muerte, pues un chaval de su edad arrastraba al felino sirviéndose de una cuerda anudada al pescuezo. Afeó la conducta al golfillo y, bien porque lograra ablandar su indiferente corazón, bien porque de pronto le aburriera maltratarlo, se lo cedió.

Anduvo el animal unos días algo cohibido, pero pasados éstos se amoldó al nuevo sitio tomando iniciativas. Era juguetón por joven, y por travieso no paraba de subir y bajar, de ir y venir; corría tras las lagartijas hasta atraparlas, al lado de las mariposas, delante de moscones y abejorros. Se daba maña para saltar al jardín de una vecina cultivadora de florecillas de temporada, violetas, pensamientos y petunias. Escarbaba el gatito la tierra suelta con la intención higiénica de ocultar los excrementos allí depositados. Loable proceder estima cualquiera, mas la señora de al lado, que esperaba

con el desarrollo de las plantas la floración de su particular edén, no era capaz de apreciar el aspecto social de tal conducta. A voces reiteradas explicaba al gato -intentando claramente que la dueña se aplicara el cuento- el sentido último de la tapia protectora, separadora de dos propiedades bien diferenciadas. Salus, amable por naturaleza con los animales, pese al recelo que el mordisco de la víbora le puso en su trato, comprendía mejor el comportamiento del intruso que el de la invadida. Pensándolo, aún se ríe de la anécdota, al imaginarse a sí misma frente al animal, incapaz de hacerle comprender la cuestión importante del derecho a la propiedad exclusiva, al uso y al abuso que entre los humanos tiene tanto arraigo. A él con esas pamemas, a él, que consideraba al espacio abarcado por sus ojos usufructo de todos los seres que por allí apareciesen; a él, que veía en los alimentos satisfacción de quien tuviera hambre y los tomara. Del mismo modo conocía el felino que la tierra removida es idónea para ocultar detritus, que enterrados de esa manera dejan de oler y fertilizan; o que atendido el cuerpo en sus necesidades elementales lo demás ha de ser juego y retozos.

Crece los infantes, ya reinan en segunda línea tras el padre. Soberanos son de un mundo de mujeres que aprenden desde muy niñas a servir, a facilitar la vida a unos varones nacidos de pie, bienaventurados; ellos gozarán en toda época y lugar de un ramal más distendido. Se debe estar en casa a las nueve, a las diez acaban de cenar y seguido, muy seguido, las camas abren sus estampadas colchas, sus sábanas pulcras: la bajera, lisa; bordada la encimera. Los forzados cuchicheos -duermen en habitaciones de dos camas, separadas por un feble tabique- los prohibidos murmullos, frecuentemente cruzados de señales indicadoras de peligro, se permiten, de no alcanzar su intensidad los paternos oídos. En tal caso, coméntanse quedamente los deseos insatisfechos, las pequeñas coincidencias de los afanes con la realidad, las expectativas prudentes; hasta que Paly acusa a las que musitan palabras que no acierta a descifrar, y el padre impone la recta horizontal del silencio a tortazos. No se puede leer más allá de cuatro

páginas porque la luz se apaga en media hora; y por si fuera poco, se transmite la idea de que los libros son caros y su lectura, las más de las veces, resulta una pérdida de tiempo. Se permite hojear el “Norte” si se desea; existen números atrasados, faltos de noticias, fotos, opiniones, que el padre, primer lector, ha recortado por su interés o para impedir su conocimiento a las niñas. A la señorita Salus le agrada sumergirse en mundos alejados del suyo, poblados de héroes majestuosos y desagradables villanos; en los cuales, las doncellas, a punto de perder la honra, son salvadas por el joven amado, dueño de una indómita tenacidad. Para ella pocos modos hay tan placenteros de ir desde la tarde a la noche; y contados, que la satisfagan tanto. Amores profundos, elevados pensamientos y un subsuelo de tristeza y privaciones, no son exclusivos de los libros; contenidos tales, si bien más descarnados y ordinarios, los puede encontrar en el periódico cuando logra anticiparse al padre.

No es absoluta la rigidez del señor Baldomero en el asunto del horario, una hora se retrasa todo en los animados días que anteceden a las fiestas; excepción tan estricta como la regla madre, pues ninguno de ellos despunta. La norma rige lo mismo en el Jueves Santo que en la Noche Vieja, cuando todo el mundo recibe al año con los ojos bien abiertos, intentando comprobar si la cesta que trae al brazo viene cargada de esperanza. La última noche del ciclo -completa por compendiar a las anteriores; sabia, por aprovecharle la maña tomada de las otras; ribera del trajín final y de la calma que se inicia- en la cena no se privan de nada: sopa de mariscos, merluza y lechazo muy tierno; cierran el desfile un postre de frutas y turrónes, un vasito de sidra y las uvas. Una, dos, tres, cuatro, cinco; hasta doce golpes da el cuchillo en la botella de anís, manejado por el padre marcando la cadencia. Todos engullen las uvas a ese ritmo y, agotado el ritual, se van a la cama. Al rato, las bombillas se apagan siguiendo una inercia que transita carriles profundos; sin embargo, hay más tolerancia en los cuchicheos, tanta, que les encuentra despierto el reloj de la iglesia al dar, una hora más tarde, las doce

campanadas auténticas, las que abren de verdad la puerta principal al año inexperto.

En esa época florida de Salamanca la señorita Salus asiste al Instituto, y la Geografía, la Historia y las Ciencias Naturales se convierten en terreno roturado donde entierra la semilla; porque allí, en el presente sugestivo, ve anticipado su futuro. Sabe que la curiosidad es un motor de progreso y es curiosa de la naturaleza y de la marcha del género humano. Se acuerda de Agripina con frecuencia, echa de menos su tierno interior compasivo, su mustia alegría, su taciturno silencio, y su adhesión sin condiciones. Ninguna compañera se parece a su amiga, por eso no halla a nadie a su gusto. La quería, la quiere. Se escriben, acaso no todos los días como habían prometido, pero sí dos veces por semana; hablan a hurtadillas por teléfono y no decrece la afición de la una por la otra. Desde luego, la voz de Salus ha cambiado y nadie le apunta defecto pues se ha corregido. Hace amistades con una facilidad que a ella misma le sorprende, pero es recelosa y se queda casi siempre en el vestíbulo de la intimidad. Mucho tormento ha sufrido llegado de fuera, originado por sinceras apariencias que resultaron mentidas, buscadoras de chanza, para que ahora estime limpia y desinteresada cualquier aproximación. Han ido pasando los años y es ya una mocita muy despabilada, que a más de adelantar en los estudios secunda a su madre en la costura. Por el contrario Paly, Sinda y Paz, cada una por un motivo diferente, son negadas para el corte. Ellas, hijas de los mismos padres, estimuladas por el común ejemplo, siguen los estudios sin llegar a nada y se ven forzadas a realizar las labores más duras del hogar.

Agripina, la dulce Agripina, la arisca; con su rostro desfigurado por el agua hirviente -desgracia ocurrida cuando ella contaba trece meses y aún gateaba: el contenido de una olla cayó desde la lumbre que atizaba una chica del pueblo, servidora en la casa- Agripina, la sensible, la huraña, con su amor propio, con su resentimiento, desde el colegio de Medina no se estuvo quieta. A Salus, su única amiga, le ha ido confiando durante estos años, inacabables

pero acabados, paso por paso todos sus desvelos. Salió del colegio y marchó a Valladolid con la intención de licenciarse en Letras. Independiente, batida en el yunque, llena de energía; no le importó que allí le esperaran las burlas, porque eran las mismas de siempre pero solapadas. A fuerza de ignorar las afrentas, y de mostrarse amable con todos, tardó cuatro meses en conquistar a los más refractarios. Cultivaba con denuedo su desenvoltura poética y narrativa, insistiendo una y otra vez en un aprendizaje que sospechaba sin fin. Seguía leyendo con fruición, y de los clásicos apenas le quedaba tarea pendiente. Tuvo la innecesaria fortuna de ganar algún concurso local, y fue convirtiéndose, sin premeditada búsqueda, en el centro de un corro como ella aficionado a la escritura. Y Salus que quiere a Agripina como no ha querido a nadie, cuando lee sus cartas se alegra y se entristece.

Por aquel tiempo debió de suceder lo de su viaje a pie por la Ruta Jacobea. Salus y Agripina, solas porque a nadie más necesitaban, se tomaron todo un mes, el de agosto de un año Santo, para hacer el recorrido. Estaban ya cada una en lo suyo, pero seguían manteniendo en común una ternura que iba más allá de los recuerdos. No era sólo que hubieran compartido un antiguo dolor, transformado por el tiempo en tristeza, origen de la actual melancolía; existían en ellas unos resortes secretos que lo actualizaban todo, activados por sí mismos cuando estaban juntas

Se acortaban los días de manera imperceptible tomados de dos en dos, uno de ellos y el consecutivo; pero comparados con los de final de junio, se les notaba encogerse. Comenzaron en el lugar en que el Camino penetra en la provincia de Palencia, en Boadilla del Camino, y lo hicieron sin prisa. Algo de piedad había, sin duda, en su gesto, pues eran caritativas y estaban dispuestas a compartir espacio con algún leproso cubierto de pústulas que buscara el milagro de su curación. Sí, algo de piedad había en su intento, pero era el deseo de estar juntas el que primaba.

Hablaban caminando y sentadas a la sombra de algún chopo, cansadas como perros; seguían una charla sin fin cuyo verbo nacía deseoso

de originar un eco vecino. Bebieron agua de bruces en los manantiales, y en botijos que los atareados labradores les entregaban. Comieron sopas de ajo con ellos y caldo de convento en los hospitales de acogida. Durmieron tendidas encima de las esteras que ellas portaban, sobre el duro suelo del interior de los albergues o bajo el cielo raso, según se terciara. Caminaban a intervalos irregulares deteniéndose ante cualquier paisaje, objeto, edificio o persona que despertara su interés. En las noches pasadas a la intemperie cálida, Agripina observaba las estrellas extasiándose ante tanta grandiosidad y belleza; y Salus guardaba silencio para no romper el encanto. No se aburrieron ni un solo instante; de manera que al llegar al Monte do Gozo las tomó una pena enorme: vislumbraban Santiago, fin del recorrido. Consiguieron la ansiada compostela y cada una escribió en el dorso de la suya una reflexión sobre el viaje, para luego entregarla a la otra.

Desde la atalaya de su edad provecta distingue la señorita Salus su juventud como en un sueño nuboso, perforado en dos ocasiones por los rayos del sol. Algún día hubo de cumplir los dieciocho, pero como las lluvias han sido tan copiosas desde entonces, no dejaron rastro y las remembranzas se han debilitado. Los diecinueve sí que los recuerda, y los catorce terribles, pero no los dieciocho; se aferra a los diecinueve su memoria porque los cumplió aquel año triste que dicen las gentes, con pesar, el treinta y seis, poniendo en la voz un deje de amargura y pesimismo. Le queda de entonces un vacío que engulle la memoria de los alrededores, donde han de estar por fuerza mezclados los insustanciales dieciocho, que son paradigma de gracia y juventud en las chicas. A punto de alcanzar los catorce que le salen al encuentro en Salamanca, descubre dentro de la habitación compartida -al pie de las camas, la suya y la que acomoda a su hermana Paz- un espejo que por aquel entonces se hizo del todo compañero. En la luminosa alcoba que asoma al patio abrazado a la casa, formando unidad con un armario de madera del que era puerta pesada y crujiente como en cuento de miedo, estaba el vidrio de espalda bañada en azogue. Inquiría ella, con insistencia,

sobre el grado de la hermosura recién albergada en su cuerpo; alcanzando por toda respuesta, reflejada, la imagen florecida de una joven grácil que, vanidosa, ensaya combinaciones de vestidos y chaquetas, peinados de uno u otro modo, las blusas y las faldas que le van bien a los zapatos nuevos, al bolso, al broche o a la diadema. Libertades se tomaba con su atuendo, valentías, desnudeces que el reflejo devolvía osadas, caricias que eran plumas en la piel abierta al roce suave. Ahí concluía el atreverse, ahí acababan las iniciativas coquetas, hasta allí iba la lisonja dirigida al Creador por la obra satisfecha de sí misma. Allí se detenía, ante un río caudaloso e indomable; allí hacía un alto forzado, porque un poco más adentro, un poco más profundo, la corriente discurría avasalladora y aleteaba el pecado como un pez de voracidad desconocida. Hasta mucho después no fue consciente de la marcha de su inocencia de niña a algún lugar alejado. Sucedió de pronto, al observar inquieta que la confesión de sus pecados ya no era la misma retahíla de nimiedades, sabida de memoria desde la primera comunión. Elementos nuevos se agregaban, era necesario repasar sus actos más escondidos, sus más disimulados pensamientos; había de anotar las mínimas cesiones, las debilidades consentidas. Entonces comenzó la tortura que representaba su tan deseada superación, el perfeccionamiento buscado de su proceder. Por eso la explosión de los catorce está grabada con estrías permanentes en el recuerdo, y su tío Dimas, nueve años mayor que ella, aparece ahondando las muescas, subido al encanto de sus ojos negros y el poblado bigote. En el joven pariente encarnó el amor que revoloteaba etéreo alrededor de su cabeza confundiendo los razonamientos, mudando el color de las mañanas, ocultando las nubes, poniendo en las flores un carmín muy vivo, un ocre arrebatador y un verde dispuesto a arrastrar tras de sí a la naturaleza entera. Músicas veía cuando la sonrisa de él se le abría en la mañana, oía paisajes fantásticos, valles y montañas si pronunciaba su nombre con mimo. Chiquilladas eran, primicias, que hubiera superado sin

ayuda; ilusiones listas para ser trasladadas a otro sujeto más adecuado, pues sabía de sobra que el parentesco anula las iniciativas.

Paz iba adquiriendo el rostro de su madre joven, pero ¿quién se acordaba de los rasgos maternos sin retratos que los hubieran fijado a la época? El mismo gesto gastado, la misma mirada dolida. Paz, niña o moza, daba limosna y ayudaba en casa a quien lo necesitara; de continuo se encontraba dispuesta a ser de los otros, a dar, a perjudicarse si de eso se derivaba algún provecho, conociera o no al favorecido, le fuera o no devoto. No tenía muchas luces, es la verdad, lo dijo la maestra de primaria y lo sabían en casa y en el barrio; Paz lo aceptaba con resignación, sin intentar nada, sin perseguir ningún bien para sí misma. En el fondo, su propia limitación le resultaba un alivio, pues nadie tenía derecho a pedirle cabriolas ni juegos malabares, y nadie lo hacía. Paz, era de hecho, el único nombre que el señor Baldomero puso con cuidado, adelantando conductas, suponiendo futuros compromisos con el sosiego y la estabilidad; no lloraba de recién nacida en las noches y, más adelante, esperaba la regular llegada del biberón succionando la chupeta, agitando el sonajero o ensayando gorgoros prematuros. Pero el padre no la tasó alto precisamente por apocada, porque el rincón era siempre su sitio, la fila de atrás o lo oscuro. Paz se confiaba a Salus, le refería su pesar por los vagabundos que duermen al sereno, por los niños que trabajan, piden o roban, por los jóvenes demacrados y sin horizonte, por las mujeres rotas que en las calles malas fingen sonrisas.

Cuenta de Paz una historia la señorita Salus, que lo es a la vez de sí misma. Un día de agosto, en el séptimo y último año de estancia en Salamanca, le dice Paz como quien confiesa un secreto tormento, que a sus escasos veinte abries desea ser monja, ir a misiones para darlo todo. Lo había pensado en profundo y si el padre llegara a oponerse, le dirá, enérgica pero respetuosa, que ante Dios su autoridad no es nada; que por encima del derecho de los padres a la voluntad caprichosa de los hijos, se sitúa el derecho de los hijos a seguir su destino. En Burgos se asentaba una orden

religiosa que enviaba hermanas al África, a la lejana América, al Asia extraña. Se las arreglan Paz y Salus para iniciar el camino sin que el padre sospeche; ponen por pantalla a una amiga y, en sigilo, toman un tren económico en la noche del sábado. Emprendieron una senda que en cierto modo llevaba al pasado, guiándolas la memoria en un claro retroceso. De Salamanca hasta Medina del Campo hablaron muy poco pero escucharon mucho, de forma que se les hizo llevadero el camino. No sospechaban, sin embargo, que en Medina iban a hacer una luenga parada, y aprovecharon ese tiempo muerto para razonar lo suyo asomadas a una ventana sin paisaje, abierta a una tapia renegrida. En el trecho que va de Medina a Valladolid las ruedas giraban despacio porque estaba en obras la vía; al parecer andaban mudando las traviesas consumidas por las ascuas del carbón desprendido. En Valladolid estuvieron una hora esperando a otro tren que traía demora; sólo alcanzaron a ver unas luces mortecinas que podían ser de cualquier calle menos de la suya. Pero fueron de su barrio, de su misma esquina, del piso donde la felicidad debió de quedarse olvidada. Recordaron, y poniéndose de acuerdo hasta en los detalles, inventaron día por día los años allí disfrutados. De Valladolid a Venta de Baños el viaje duró un suspiro, más se prolongó la espera en la bifurcación; tanto que cuando descubrieron Burgos ya amanecía. Cruzaron cien pueblos poco más o menos, y en cada uno de ellos se apeaban soldados. Alguna vez el tren se detuvo en el campo raso, donde las sombras toman figura de animales terribles, de personas siniestras. Cuando se viaja en estas condiciones, superado el sueño por las inquietudes, da tiempo sobrado a la charla. De pie, en el largo pasillo -sentadas no resulta fácil seguir una conversación, pues quienes tratan de dormir no permiten los murmullos- acodadas ambas sobre el marco de la ventanilla, Salus explica a Paz que el país entero es tierra de misiones; la ciudad, con sus desigualdades, es terreno propicio a la entrega; la casa, tal como ambas la conocen, es territorio que requiere, imprescindibles, sus fuerzas. Le suplica compasión fraterna porque no quiere desprenderse de su compañía: la

necesita más que nadie y una y otra vez le implora que no la abandone. Salus sabe tocar la fibra sensible del corazón afectivo, y Paz se rinde a la evidencia; es irremplazable, en su propia familia hace falta. No salen de la estación, se quedan sin ver la catedral, la Cartuja o las Huelgas como tenían previsto. Toman un tren de regreso, más rápido y de más alto coste, y están en casa para la comida sin que el padre se muestre ofendido. Han gastado los ahorros nacidos de sisas y recompensas, que guardaban para hacerse, la una a la otra, un regalo.

Sinda vivía en el tejado de la torre señalando el origen del viento como una veleta; estaba con las menores, pero en cuanto se descuidaban ya era de Paly. A Sinda le interesaba el bullicio, la fiesta, el lucimiento, la holganza, los vestidos nuevos. Príncipes y princesas compartían con ella su carroza camino de la recepción real, su jauría de perros en la jornada venatoria. Por entonces descubrió a los chicos y puso el afán en gustarlos; no a uno o a otro en concreto, a todos. La cabeza de Sinda era una verbena y ni Paz la recuperaba con sus reflexiones; los consejos apenas servían de arreglo. Paly no estaba para ella, para nadie estaba, claro; pero a Sinda le soltaba unos sopapos soberbios cuando la mayor se sentía infeliz. Callaba Sinda, se sorbía las lágrimas al llegar a la altura de los labios, y como un perrillo se dejaba acariciar por las otras, que permanecían al lado esperando el momento.

Para un observador atento, la rígida estructura familiar presenta indicios flexibles. Las esquinas se doblan como si pertenecieran a las páginas rayadas de los cuadernos, el tejado se alza para permitir que se airee la vivienda. Buscan los mozos escapatorias con resultado positivo, ya que la calle los tolera más y el padre consiente lo que en las hermanas corrige. Pasan los días iguales desgranándose uno tras otro del enorme racimo, dando la sensación de que no restan a un total muy amplio. Monotonía. Y al llegar la edad conveniente y convenida, salen de paseo, forman cuadrilla de amigos y nunca les falta un duro en la cartera; eso sí, para hacer alarde, sin

gastarlo. Ocurre que el padre va perdiendo fuerza: su intrínseca energía, el proverbial rigor; o que la tolerancia puesta ante el caminar de los hijos es una indulgencia tendida a sí mismo, hombre igual que ellos al fin y al cabo. De ser esto último como parece desprenderse del minucioso análisis -ya que el carácter del señor Baldomero resulta inmutable- acaso se base su conformidad con los hechos, padres de la discriminación que relega a las hijas, en la creencia extendida de que los muchachos, por su masculina naturaleza, están expuestos a menor peligro. Las hijas así lo creen, desde luego; y la madre comparte el convencimiento. No albergan, por ello, la esperanza de que el desahogo les alcance.

13

CUARTO. La única conclusión que esta parte alcanza a la vista de los sucesos expuestos, es que, los Pérez González, desde el inicio de su relación con Mampálica, una anciana enferma que precisaba cuidados constantes, se comportaron con una afectividad inusual y falsa. Sirviéndose de tan ladino medio se granjearon, primeramente la confianza y agradecimiento y, más tarde, la sincera amistad de la desvalida. Perseguían el lucro material -así lo desvelan los hechos resultantes- y con esta fingida conducta llevaron a la voluntad de Mampálica suficiente engaño para que,

apoyándose en relación aparentemente tan intensa, en muy poco tiempo dispusiera el patrimonio a favor de ellos.

Plenamente alcanzaron los demandados su objetivo, ya que Mampálica realizó actos de disposición sobre su patrimonio, que les ha permitido acceder a la totalidad de los bienes por dos vías distintas:

1. Por una parte, Mampálica, a sus 83 años de edad y siendo ya propietaria de la vivienda que habitaba, invirtió doce millones de pesetas en la compra de una casa sita en Madrid, calle del Desengaño, de la cual se reservó para ella el usufructo vitalicio, y madre e hijo, se adjudicaron la nuda propiedad.

Habiendo fallecido Mampálica el 25 de julio de 1.993, los Pérez González solicitaron el 2 de agosto de 1.993 (ocho días después), al Registrador de la Propiedad de Madrid, la cancelación y extinción del usufructo de dicha adquisición, aportando los documentos precisos, que les probaban como únicos propietarios.

2.. Por otra parte, Mampálica otorgó dos testamentos en un intervalo de 24 días de marzo de 1993, nombrando, en el último de ellos, herederos a los demandados, en contra de la voluntad que había venido manifestando en los testamentos otorgados antes de 1.993.

Queremos resaltar que el desplazamiento del patrimonio de Mampálica en favor de los Pérez González, se llevó a cabo en cuestión de poco más de dos meses, ya que ésta los conoció a primeros del año 1.993, en marzo otorgó los testamentos que estamos impugnando, y a mediados de mayo se adquiere la vivienda de la calle Desengaño, con el dinero de Mampálica.

"Faltó el tentador", dice San Agustín, "y Vos hicisteis que faltase; no hubo lugar ni tiempo y Vos ordenasteis que no lo hubiese. Hubo tentador y no faltó ni lugar ni tiempo, y Vos me detuvisteis para que no consintiese". Me procuro pensamientos santos que lleven trascendencia, consejos de mi director espiritual para evitar al maligno en la debilidad y vencerlo en períodos de fortaleza. Si soy prudente y humilde ganaré la batalla perpetua contra el ángel rebelde, precipitado por su soberbia a un abismo al que por todos los medios trata de arrastrarme. La carne y el espíritu fueron mi debilidad, en

ellos tuve el punto débil, de ellos debí cuidarme, me digo. Creo haber dormido aprovechando que la bombilla se cegó, esta vez de manera definitiva; quizá se haya fundido su hilo cansado de tanta incandescencia, fatigado al emitir sin beneficio un fulgor permanente. Ha debido de durar mi letargo un buen trecho de noche porque, sin luz eléctrica, veo más preciso el avance del día. Ha de ser el domingo quien viene, el día del Señor, y si Él no lo remedia me veré privada del consuelo de la Santa Misa.

Las anginas acumulan el frío que les llega por cauces que sólo los médicos conocen, desde la espalda desnuda, desde las posaderas unidas al acero esmaltado, desde los carámbanos en que se han convertido mis pies. Expuesta a las corrientes e inmóvil como me encuentro, incrustada en la bañera al igual que el corcho en la botella, poco puedo hacer por abrigarme. Punzadas finas siento al tragar las gotas que la esponja me cede. A la doliente garganta, mi talón de Aquiles desde pequeña, se habrá sumado el pecho, porque me sacuden espasmos de una tos agarrada con fuerza a los bronquios, a los pulmones, y respiro con dificultad creciente. “¡Señor os ofrezco este sacrificio y, si preciso fuera, mi vida! Aceptadlos, pues deseo dar utilidad a mi dolor; lo añado a los padecimientos copiosos de los enfermos sin cura que esperan a la muerte en cualquier lecho, duras tablas o mullidos colchones. Sirvan para mitigar el padecer de los desheredados que sufren hambre y sed de justicia diseminados por todo el mundo; niños de la calle, sin familia ni escuela, impulsados a la delincuencia y al robo, carne sometida por los desaprensivos a su insano disfrute. Contra las guerras sirvan, que como caballos de ajedrez saltan de un lugar a otro del globo llevando el odio entre hermanos, enfrentándolos sin motivos de fuste más allá de banderas diferentes o distintas creencias”. Quiero contribuir a su alivio porque so pena de tormento o corriendo a la busca de un bien ficticio, en los conflictos armados que asolan regiones enteras, los débiles ponen los brazos y la vida al servicio de los perversos; quienes deseando la desgracia porque anula las reglas, la provocan, aprovechándola luego para medrar más aprisa.

Aquí, en este destierro al que he sido entregada -acerada bañera que va siendo mi prolongación, incremento excrecente, ramificación de mi cuerpo- voy perdiendo toda esperanza como quien entra en cualquiera de los nueve círculos del abominable Infierno. Puede que la cavidad que habito tan forzada, tan en contra de mis deseos, se transforme en mi particular purgatorio y, en ese mismo sentido, haya de permanecer en él un largo período, dilatado en consonancia con la cuantía de mis faltas. Es posible que haya muerto y lo ignore, pues el tiempo se desliza despacio, suavemente, reptando. Si es verdad que un médico anónimo, de los que estampan una firma ilegible al pie del certificado, me reconoció cadáver, y algunos vecinos me dieron sepultura, lo siento enormemente. Esperaba terminar mis pleitos con ventaja y que los jueces me dieran la razón, poniendo a la justicia del lado de mis indefensas hermanas. Hubiera querido ser consciente de todo, observar el comportamiento de los conocidos frente a mi marcha, advertir si hubo o no lágrimas de pesar verdadero, para ordenar una nueva lista de amistades, más cercana a la realidad de la estima. Tenía ya dispuesta, desde hace mucho tiempo, la ropa de cama y la mortaja que habría de ser mi último vestido; me habrán colocado cualquier cosa que encontraran a mano y estaré hecha un espantajo. Pensaba dejar recogida la casa y los asuntos de mi herencia ordenados, y todo habrá quedado manga por hombro, ¡cómo si lo viera!

Indicios me llegan que por su abundancia descubren errónea la sospecha de haber fallecido. Estoy viva y bien viva, de modo que queda en un mero aviso, en una advertencia, lo que durante un rato presentaba visos de realidad. Debo aprovechar este lapso complementario que se me concede, y reaccionar con presteza sin darle tiempo al tiempo por si no está de mi parte. Aunque atravieso un período de ánimo débil, no estando segura de ser rescatada, debo examinar mi conciencia y procurar la contrición. Soy egoísta en cuanto me descuido. Noto que habita mi interior una tendencia espontánea a aprovechar los acontecimientos en beneficio propio, y debo

oponerme con toda la energía de que he sido dotada. No estoy sola en el mundo, formo con los demás una unión que vale la suma de lo que cada uno entrega, porque de ese cúmulo los necesitados toman lo preciso. He sido avara de bienes terrenales, de méritos del espíritu; busqué para mí la abundancia, y si incluí a los míos entre los beneficiarios: Sinda, Paz, mis hermanos, mi madre, mi abuelo, el resto del mundo me fue indiferente. Acumulo y conservo más bienes de los necesarios, y no doy cuanto poseo a los pobres para seguir a Cristo. Despilfarro el agua del grifo, la energía eléctrica, arrojo a la basura restos de comida que podrían alimentar a los hambrientos con los que me cruzo a diario. Recelo de todo y de todos; la desconfianza sigue siendo mi mayor suplicio. Piedras, plantas y animales -no digamos las personas- amenazadoras me cercan, dispuestas a lanzarse sobre mí, a hacerme daño, a arrebatarme lo conseguido. Es pecado grave suponer taimados a todos los que vienen con intención de ayuda; ¡Señor, cuánto sufrirán mi exagerada prevención! Un terreno firme me falta, una base donde fijar mis pies con seguridad, sin temor al hundimiento. Cimientos busco que me mantengan erguida sobre el duro suelo. Disimulo mis defectos, aparento ser mejor que lo que soy, finjo tener una conciencia más proclive a la alarma, a la inquietud por la conducta torcida, por las obras contrarias a la creación, por los actos enfrentados al Hacedor Divino. Soy religiosa, pero ni punto de comparación con la ferviente apariencia mostrada. La vanidad nubla mi cielo, enturbia mi manantial, oscurece mis amanecidas, mancha mi figura. ¡Ah! la envidia -la infantil pelusa, los amorosos celos: enfermedad sí, pero también pecado- compañera ha sido inseparable. Si es cierto que dominé la lujuria, ocurrió porque la naturaleza lo dicta, más consentí cuando la sangre corría por mis venas como potro salvaje, desperdiciando ejemplos como los de Santa Eulalia, Santa Inés, o Santa María Goretti, quienes lo dieron todo, la vida inclusive, por la pureza y la castidad. Promesa de virginidad hice al Altísimo si fijaba una voz de ángel a mis gruñidos de perro. Escuchada por Dios, nada hice de más si soporté un cuerpo acuciado por las necesidades.

Advierto la turbación de mis pensamientos; necesito descansar y la inquietud me lo impide, preciso ejercicio y soy incapaz de moverme. Me ayudarían las treinta flexiones de cada mañana, el acompasado movimiento de brazos y piernas, la respiración completa que llena del todo los pulmones y lentamente los vacía. Sufro lo indecible y desfallezco; no logro mantener la calma precisa para llevar a buen puerto al examen de conciencia. Interrumpo la búsqueda atropellada de faltas, tratando de seguir el método que recomienda mi confesor.

A través del hilo de cobre -repiqueteo incansable- una nueva llamada me sobresalta como picadura de escorpión. Recibo una renovada expectativa de socorro cuando ya, ensimismada en mis recuerdos, he olvidado donde me hallo, carro atestado en el arroyo, cuerpo aventurero sumergido en arenas movedizas. Sostenida por razones sobradas me pienso otra vez en el Purgatorio, muerta y bien muerta, situada en este puesto de pena y castigo, recipiente de acero y esmalte. Sé de creencia firme que no se goza o se pena eternamente en común, que a cada uno, en función de sus circunstancias personales, le amenaza el castigo o le sonríe la beatitud en una dimensión propia de su vida terrena. Ansiando comprobar la veracidad de la hipótesis, movida por el repicar repetido, ensayo un movimiento que se queda en nada, en simple intento sin resultado práctico, pues mis músculos ya no responden a los impulsos del cerebro. El desasosiego me envuelve; penetra a través de todos los resquicios, naciente y poniente, norte y sur; invade la estancia como riada imparable, eleva su nivel hasta llegar a mi cuello, a la barbilla, a los labios, a los huecos de la nariz, a los ojos; me ahoga, me ciega, y lo de menos es que suene el teléfono y no pueda atenderlo para pedir socorro; sin duda estoy penando, cien horas han de haber pasado desde que caí de espaldas y ya nadie puede volver atrás lo ocurrido.

La parroquia habrá estado atestada de fieles sobrecogidos de fervor y, recibida la paz en un abrazo, volverían satisfechos y en armonía a sus domicilios. La televisión, como es costumbre, difundiría la misa de enfermos,

de impedidos que tienen esperanza y fe. Yo, miserable de mí, me he visto privada de ambas, con la circunstancia agravante de que me acucia una necesidad inacabable de consuelo. Sin embargo, de sobra conozco cómo se habrán desarrollado las dos ceremonias. Imagino una remota basílica cargada de tradición y, entre las paredes de piedra y el techo de arcos valientes, oigo a un sacerdote de prestigio recitar un sermón de los que admiro. Mentalmente repito en silencio las palabras del orador, vocalizando con claridad cada frase, reflexionando en su contenido, y dando gracias a la Providencia divina por consentir el milagro de que mi garganta suavizara el vibrar de sus cuerdas. Feligreses vestidos de fiesta, en consonancia con el lugar que visitan, la Casa del Padre, siguen atentos los pasos contados que han de darse poniendo intención en los gestos. Los cantos del coro, comedidos; cada nota en su punto de altura, cada inflexión en su momento adecuado, todas las voces conscientes de lo necesario que es buscar el conjunto. En la parroquia la ceremonia resulta diferente, menos preparada, más natural, más ingenua. Las paredes pintadas de blanco parecen desnudas, pues por toda imagen se ve un crucifijo situado donde habría de hallarse el altar mayor; ¡qué digo un crucifijo!, trátase tan sólo de una cruz a la que le falta el Cristo. El cura nuevo concluye el Sacrificio en media hora, como si fuera una tarea penosa que debe terminar cuanto antes, sin dar tregua a las almas necesitadas de reflexión y reposo. Unos jóvenes divertidos, acompañándose con guitarras, cantan canciones profanas disminuyendo el fervor a los que ya somos viejos. Cualquiera habrá ocupado mi lugar en el centro del primer banco, y mis cinco duros ayudan muy poco; por esa calleja no siento pesar, ni por la del obligado cumplimiento del rito. Mas no he recibido la Sagrada Forma, y siento en el alma el hueco que ella me llena. Del patio interior llegan los aromas de un sabroso estofado, punzando el estómago en el punto exacto donde siento constante un ligero vacío; mas aún soy capaz de soportarlo sin poner gran empeño. Me preocupa que pueda estropearse la pescadilla que saqué de la nevera para que se

descongelara. Las manzanas reinetas que como ralladas o en dulce compota, ya están en las últimas; tendré que decirle a la vecina que vaya al mercado. De paso, que traiga papel higiénico y sal; pues del primero quedan dos rollos, y de la segunda, una pizca pegada al cristal del salero.

De mi voluntad se apodera un deseo insufrible de elevar un grito, un ansia inaguantable de sostenerlo en el aire hasta ser oída. No me refiero a un gorgéo armónico, ni a un melodioso cantar, no; hablo de un grito primitivo y salvaje. Sé que puedo hacerlo pero algo me frena; la prudencia o la discreción me detienen y, no obstante, mi garganta podría lograrlo. Fue la hermana Dolores, aún novicia, quien lo hizo posible; y el ansia de rugidos se somete a su recuerdo al instante. "Dios no es sordo y conoce de sobra tu lamentable posición": me imagino oírla advertirme quedamente. Resulta que yo no sabía respirar; ella lo dijo. Apenas tomaban aire mis pulmones; insuficiente volumen para prolongar el temblor de las cuerdas. Se agitaba el pecho y el vientre permanecía inmóvil. Debía inflar el abdomen al máximo con aire tomado a través de la nariz, retenerlo todo lo posible y, más tarde, proceder a la paulatina expulsión por la boca mínimamente abierta. Me enseñó a utilizar el aire en el habla, repitiendo en voz alta las vocales y después sílabas y palabras completas; prolongando al máximo la estancia del aire en los pulmones antes de su fuga. No sé que hubiera sido de mí sin ella, no sé que hubiera sido de Agripina sin su asistencia. Dos pajarillos, Agripina y yo, débiles y asustados, permaneceríamos aún en el nido sin alzar el vuelo. La ayuda y el ánimo de la novicia enérgica nos hizo elevarnos, nos puso a la altura de las enemigas y desde entonces guardaron silencio o firmaron abiertamente la paz con nosotras.

15

Cuando la situación se iba encarrilando en Salamanca para la familia, y los proyectos tenían visos de hacerse realidad, la orden de traslado del padre resultó un mazazo fuerte que removi6 los cimientos sobre los que se asentaba el futuro. Al se6or Baldomero -que tras varios ascensos ya era jefe de zona con una paga razonable- los que deciden asuntos de otros le promovieron a un puesto vacante en Madrid, donde la vida resultaba m6s

cara. No supone aumento de sueldo el traslado, le dicen, pero la plaza gana en trascendencia. A esas alturas ya no le engañan; sabe a ciencia cierta que habrán de acomodar –unos más que otros- la economía de casa a las necesidades nuevas. El cambio parece un castigo, y si nos atenemos a los resultados, efectivamente, lo es. Las discrepancias habidas con la Territorial propiciaron la designación dañina. Demontres de padre y del carácter endiablado que siempre ha tenido; diantre de su orgullosa cabeza tocada de altivo sombrero, belcebú de sus manos que llevan las riendas a su entender incorrecto y empujan a todos por el mismo camino; arimán de los lazos que unen invisibles sin poder ser seccionados. Malhaya el Señor Baldomero y dé cuenta cuanto antes al Padre Eterno de su tiranía.

La camioneta que transporta los enseres, por el mismo precio, lleva a las personas. Los padres van en la cabina, y la señora Beremunda, con los ojos bien abiertos, aprecia los cambios que sufre el paisaje. Viajan los hijos en la entoldada caja; y Salus se acomoda entre las sillas de la cocina y la mesa del comedor, sentándose sobre un taburete sin respaldo. Ha hecho con maña un agujero en la lona; por él ve acercarse al mundo que llega a bandazos, a bruscos vaivenes: prolongadas llanuras y empinadas cuestas, chopos solitarios y pinos agrupados. A su lado, las hermanas escuchan la forma del terreno que ella describe, el color de la tierra, los cultivos que se van sucediendo; y de cuando en cuando no tiene más recurso que ceder su sitio para no perderlo. Mas lo temido sucede al no poder idear algún escape; enfurecidas por la mortificación que la incómoda postura impone durante las largas horas de marcha, irritadas a causa del tedio crecido en la oscuridad del espacio, todas se enfrentan a ella y le arrebatan la prerrogativa que ha sabido buscarse. Se invierten los términos, y es ella quien presta oídos a Sinda o a Paly, al encendido relato que hacen de la gran ciudad. Dibujan calles bordeadas de comercios, arboladas plazas y unas avenidas tan anchas que parecen no estar terminadas. Oye incrédula lo que ellas explican pues supone que el camión no cruzará el centro activo, y después de confrontar lo

escuchado con la impresión que recibe, lo corrige a la baja, e imagina modestos suburbios pues sabe a las hermanas por demás fantasiosas.

Sólo con la buena disposición que la familia ha demostrado a lo largo de los años frente a lo que llega, se puede decir que el piso que los acoge en Madrid es sencillo. Encaramado a la sexta planta de un edificio de ocho, muestra desde la terraza un barrio a medio hacer: todavía quedan calles sin cubrir de asfalto, y se levantan obras allá por donde mires. No son ciudad propiamente los espacios libres, ni tierra de labor como la que Salus conoce; están formados por numerosas cargas de greda que una apisonadora dejó apelmazada, a la espera de que alguien dé la orden de reanudar la tarea. Pobres hierbajos crecen próximos a los adoquines de granito que bordean aceras de cemento; espigas silvestres y raquíticas amapolas intentan una existencia cautiva entre residuos de cartón y material plástico. Han perdido el patio, que era un espacio absoluto: arriba las estrellas o el azul y, abajo, la tierra toda hasta la profundidad de las raíces, allá donde surge el caudal profundo del pozo. Está el poblado lejos de la verdadera villa, apartado de todo lo que la ilusión dibujó cuando en Salamanca conocieron la nueva del traslado: tiendas bien surtidas, cafés elegantes, parques cuajados de flores y amplias aceras en las que la gente se entrecruza apresurada. Más el aspecto dañoso que su primera impresión descubrió, se confirma: una urbe que se extiende por todos los confines y junta gente de cualquier parte, forzosamente ha de tener el peligro acechando. Se perciben más abiertas las conductas y una libertad amparada en el anonimato; pues las personas no tejen con esmero su fama ni la asean a cada instante; los actos son independientes unos de otros y no suman ni restan a un acervo hijo del empeño. Impresiones ambas que convidan al padre a extremar la vigilancia, a redoblar el resguardo. Las hijas permanecen solteras y no es casual, no están predestinadas; pero si se saltan las barreras en algún afortunado intento, otras más altas aparecen. Los pretendientes han de pasar por un tamiz estrecho, y no se permiten las muestras de cariño: nada de venir a casa

a buscarlas, nada de tomarles la mano. Y en los días de fiesta, tan esperados, no se ha de confiar como sabemos: su frontera traen, su cercano límite. Lo cómodo, en situación tan restrictiva, es tener amigas que sean poquita cosa y vivan los días sin aspiraciones, chicas que se crean por debajo de una, y en tal creencia te consideren y se subordinen. Sus amistades siguen esa pauta; carentes de estudios, admiran en las hermanas sus esmerados modales y los atribuyen a una privilegiada ascendencia.

Y en tan adversas circunstancias se enamora; la señorita Salus se lo cuenta a su amiga Agripina con detalles íntimos. Cuatro o cinco veces sueña con casarse y tener hijos, llevando una vida emancipada fuera del yugo y los arneses; mas el compromiso de su lejana promesa la tiene sometida. En una de las ocasiones el chico, guapo, tímido, buen mozo, es seminarista; juega al balón con una pelota de cuero tan recosida por los cuatro costados que de esfera apenas tiene nada, y habla latín con dulzura cuando la madre le pide que exhiba su saber. Va a verlo cada semana siguiendo a dos amigas; una de ellas lleva la muda a su hermano, a quien ya da por perdido para el mundo y sus pompas. Él no sabe que en el aprecio de Salus representa un hito, pero le agrada verla acompañando a su hermana cuando ésta le entrega la blanca bolsa de ropa limpia, que exhibe bordado en azul un número alto de alumno. Le gusta tanto la joven tímida que acaba renunciando a la eternidad de su sagrado ministerio, dispuesto a torcer la vocación y el camino emprendido. Salus se enfada consigo misma, porque procuró que no se le notara el amor que albergaba su pecho, viernes a viernes, creciente; más candoroso y tibio cada semana. No quería influir en el muchacho, se había hecho el propósito de no incitarle al abandono; pero el estudiante de teología, misacantano a medias, a un paso de ser tonsurado como quien dice, toma la vereda de en medio y, si ella no le hace caso, se va del seminario con la otra amiga, entre relamida y lacia, tercera en discordia, que trabaja en un taller de costura y no opone tantos remilgos. Otras veces las cosas llegan más lejos, al instante y momento donde los besos se acumulan en los párpados y las promesas

cuelgan del aire. Aprende lo que es sufrir por causa de los celos, lo que es ser feliz en razón de una sonrisa o de una mirada a la que se atribuye más interés del que lleva. Se enteró de la vida poco a poco, la tomó en dosis muy pequeñas -aceite de ricino, áloe amargo- por eso se hizo tan prudente y tan educada, tan laboriosa, tan austera.

Recuerdo imborrable de anciana, una quebrada, una grieta de profundidad inacabable se abría en su vida torciendo el ideado sendero. Estaba referida al tiempo aquel de vasta congoja, cuando iba por los diecinueve años y estalló la Revuelta, inhumana contienda entre iguales. Las vidas todas y la suya adentro cambiaron de rumbo, y lo que iba a seguir un sentido se inclinó por otro. Su padre los reunió en casa después de la cena, y les habló de un general sublevado contra la República al que seguían muchos militares; el mapa de España estaba siendo troceado e iban a pintarse los pedazos de rojo o azul, dependiendo de quien disparara más tiros. Eso y poco más era la guerra, que traía aparejadas sus inmediatas consecuencias: el hambre, el retroceso, el dolor, el abandono y la muerte. Ganara quien ganara no habría vencedores, pues el dolor del cazado alcanzaría al cazador. El señor Baldomero se empeñó en ser neutral, deseoso ante todo del fin de las dificultades. Por un lado le había empleado el gobierno legalmente constituido, y por el opuesto, gustaba del orden y la disciplina atribuidos al bando fascista. La familia no tenía clara la opinión y la ambigüedad acabó por imponerse. De aquellos días de aceras levantadas, rugir de aviones y estallar de bombas, la señorita Salus rememora, más vivo que el racionamiento de víveres o el cuidado de los heridos, un ámbito festivo que profana dolor tan amargo. Trátase de un baile celebrado tres calles más abajo de su vivienda, en un almacén que los dueños, de otras ideas, habían abandonado en su escapada. Era persuadida por Sinda, cuyos pies seguían el ritmo oído ya en la calle. Más no iba del todo forzada, algo de travesura, de evasión, de olvido, proporcionaba la orquesta formada por dos ciegos y una señorita que ponía una voz de terciopelo recién cepillado. Acompañando a

Sinda se hacía seguir por su hermana Paz y Derita, la amable vecina. Acercábanse los chicos vistiendo uniformes de diferentes cuerpos -alguno aún con vendajes de heridas recientes- solicitaban pieza, y ellas eran las que determinaban la conducta. Sinda aceptaba a todos, por no desairarlos, mentía; era que no podía estar quieta mientras los demás se entregaban de lleno a la danza. Salus se dejaba llevar por los verdaderamente agradados y, en los bailables lentos, cuando los jóvenes se acercaban más de lo debido, con un gesto entre enérgico y grave, se soltaba y se iba molesta a ocupar su lugar en el banco. Qué lejos estaban ellas de Líster, de Modesto y del Campesino. Qué lejos de los asesores rusos y de los brigadistas internacionales. Cuán ajenas vivían a los estados mayores, a sus planes secretos, a sus tácticas de acción ofensiva. Cuán olvidadas tenían las trincheras, ataque y defensa, origen de miles de cadáveres. Muertos innúmeros que recibían unas paladas de tierra allí donde doblaban, haciéndose origen de nuevos planes y contraofensivas. Estaban cerca, quizá demasiado, del hambre, del sufrimiento, de las bombas caídas del cielo, de las balas perdidas y de las ejecuciones sin juicio, para que dieran importancia a lo que no palpaban con sus manos incrédulas. Todo en Madrid era confuso, desgarrado y efímero.

Suele pensarse que entre explosiones y desastres no ha de haber alegría, y no es del todo cierto. Sinda vivió en esas terribles circunstancias sus días más felices. El remedo de baile en el barracón destartado, los vestidos vueltos del revés, la monotonía de los platos que su madre, de puro milagro, lograba preparar cada día, no pudieron neutralizar su entusiasmo. Veía la vida de color rosa nítido, y se encontraba dichosa al sentir en el pecho el pausado respiro, los latidos fuertes de su corazón. Llevaba la esplendorosa juventud allá por donde fuera: calles quebradas, interminables filas para adquirir lo imprescindible o misas a escondidas de los anticlericales, a las que asistía tocada con un pañuelito blanco en sustitución del velo. No buscaba su mirada el futuro que los otros se empeñaban en perseguir, no venía del

pasado ingrato, por eso recibía del presente un reflejo luminoso que a veces se situaba más allá de la niebla. En el sentir de sus padres y hermanos, una nube u otra oscurecían el horizonte.

Por el tiempo en que suceden los hechos, convertidos luego en recuerdo imborrable, la señorita Salus se hizo a sí misma operadora de grandes centralitas; pues nada podía esperar del azar si ella no le procuraba ayuda saliendo a buscarlo. Había que verla luciendo, como un galardón, la diadema de auriculares que aplastaba su peinado; atendiendo peticiones vitales de comunicación urgentísima, siendo puente de plata entre inquietos hombres de negocios o impacientes enamorados; poniendo y quitando clavijas con sus manos ágiles, estableciendo hábilmente las conexiones y, también diestramente, desconectando. La educación de su padre, tan contestada y adversa, por lo visto obtuvo parcialmente su objeto. Una vida de ahorro, escatimando lo que no fuera imprescindible, y una dedicación a lo suyo, exhaustiva, llevada al exceso -doblando el turno cuando lo pedían sus jefes, haciendo guardias sin ningún compromiso, entregando días de fiesta o noches de sueño- una existencia sin pausas para la holganza ni el gasto, le permitieron atesorar unas reservas que ella, acostumbrada a las privaciones, valora muy por encima de su valor real de compra, pues los precios han subido lo suyo y no se da cuenta.

Agripina, llegada la edad en que el semblante se convierte en el alma, no sólo en su espejo -años de juventud durante los cuales, más que en el resto de la existencia, gustar resulta imprescindible- pidió a su padre un pequeño milagro. La luna le hubiera dado el hombre, las cataratas del Niágara, la Antártida fría o el Paraíso Terrenal de haberlos pretendido la niña. Bien es verdad que hubo en su vida paterna un tiempo desbordado por el ansia de un hijo, pero era torpe y egoísta el deseo, y pronto lo supo. Aceptada la idea de no tener en su sangre quien dirigiera el negocio de la lana, pensaba en un yerno emprendedor y precavido. Uno que aprendiera a distinguir calidades, a tratar con los ganaderos la compra del producto de

cada esquilado y, una vez limpios y cardados los vellones, los vendiera a buen precio a los fabricantes de telas. Llevaría tiempo la enseñanza, pero estaba dispuesto a mostrarse paciente con el principiante.

Para disgusto del padre pasaba lejos de allí el camino de Agripina; no mostraban esas aficiones los jóvenes que podían atraerla. Embutida en un cuerpo tan débil se sabía resistente, y seguía empeñada en su intento de ser escritora. Deseaba que fueran libros todos los regalos, o dinero contante con el que hacerse dueña de los preferidos; los leía y, al paso, fue juntando una elemental biblioteca. En sus escritos se notaba indudable progreso, y encabezando un grupo de escritores noveles, fundó una sobria revista -cuatro hojas cosidas con lañas- que andando el tiempo sería el germen de un movimiento literario rompedor de un pasado imperfecto. Los olvidados de la vida, los apartados por los poderosos al borde del sendero, y de ellos, los que no se resignan a permanecer en la orilla, tomaban protagonismo en sus cuentos. Sus poemas son íntimos fotogramas en blanco y negro. Solamente al final, en los versos que cierran contenido, aparece el color como una promesa, como una posibilidad entre tantas. Castilla, León, Extremadura, La Mancha, Cataluña; de un lado a otro iba el comerciante y, sin esposa –muerta de unas fiebres cuando la niña contaba ocho años- Agripina creció con su abuela. Así que un milagro no era nada imposible si su hija única lo necesitaba. Pensó mucho en ello, hizo preguntas a los especialistas y siempre le dieron la misma respuesta: no es conveniente operar antes de alcanzar el crecimiento completo. Ya era una mujer desarrollada; había que ir a Roma para que el famoso cirujano borrara cicatrices y recompusiera el estropeado rostro querido; había que ir a Roma y se iría. Es más, se vería al Papa; se traería una bendición que incrementara y fortaleciera los beneficios de la técnica quirúrgica.

La familia de la señorita Salus fue una unidad indisoluble mientras los hijos fueron pequeños; luego acortaron éstos distancias con los padres y se hicieron críticos: osaban murmurar razonamientos como quien no dice nada,

o mostraban abiertamente su insatisfacción. Patricio, el mayor de los varones, al comenzar el conflicto andaba por los dieciséis y estuvo en un tris de ser llamado a filas, cuestión de meses. Dominando cuentas y escritura, el muchacho seguía de noche estudios de humanidades con un sacerdote renegado -en ese concepto al menos le tenía el señor Baldomero, basado en que no consagraba a diario y servía a la causa frentepopulista- sacrílego relapso que ayudaba a bien morir a los fieles y repartía comestibles y ropa por las chabolas desahuciadas, procurando una última partida de naipes a los tahúres gravemente enfermos. Se decía del padre, primero que era tal de un niño rubio hijo de una extranjera sin pareja; y segundo, que llevaba consigo una pistola y un crucifijo, utilizando el uno o la otra en clara dependencia del modo que tuviera la dificultad de presentarse. Sin conceder ventaja a los adversarios, ciertamente, Patricio iba de aquí para allá desempeñando fugaces empleos de aprendiz mal pagado, por lo que al conseguir una plaza de botones en una compañía de seguros, se creció sobre su orgullo de contribuyente al sustento y tuvo sus más y sus menos en casa. Progresaba la batalla nacional, los pedazos rojos del mapa reducíanse a ojos vistas ante el avance de los azules, y el deterioro de lo dañado se acentuaba por momentos. Puentes, carreteras, líneas de ferrocarril, edificios estratégicos y alguna que otra fábrica, sintieron en su propia materia la labor sigilosa de la aviación enemiga y de los dinamiteros. En días tan desfavorables, tras una desavenencia de gran alcance con su progenitor, tomó Patricio algo de ropa, todo el ánimo que pudo, las provisiones que reunieron sus hermanos, y lleno de miedo se aventuró a cruzar de noche las líneas del frente. Tras un azaroso viaje en camiones del ejército -a punto estuvo de ser hecho prisionero o alistado sobre la marcha- y desvencijados coches de línea, pasando por Burgos y Palencia llegó a Valladolid. Era la ciudad el lugar de su nacimiento y territorio de una infancia reconstruida -quizá sobre los relatos de la madre y hermanas- con auténtica pasión. Allí la realidad era muy otra, se comía tres veces al día -llegaban provisiones de los pueblos- y la vida gozaba de una

decorosa normalidad. Entró a trabajar en un taller de imprenta propiedad de un sobrino del abuelo materno, sujeto *sui géneris* por su apariencia bárbara, contradictoria del afable trato prodigado tanto a conocidos como a extraños. Había hecho religión del papel, la tinta y el repetido golpeteo de las máquinas, y como sacerdote máximo oficiaba. Tuvo Patricio que colocar a un lado su profesión de escribiente desempeñada en Madrid, y enfrentarse a un rápido adiestramiento llevado de la mano por un oficial esmerado y meticuloso. Ponía un gran empeño en ser cajista, mas hubo de interrumpir su entrega al nuevo oficio para incorporarse a un ejército triunfante que ya cantaba la victoria final.

En favor del señor Baldomero conviene decir que fue adelantado en el abandono del campo, y lo volvió a ser frente al trabajo femenino. Cuando Mampálica y Salus hicieron mención de colocarse, les facilitó un empleo; a la pequeña en una empresa suministradora y a la mayor, en la propia Telefónica, donde había de resolver reclamaciones. Bastaba para el puesto una persona de carácter, y Paly encajó perfectamente, pues en cuanto se alargaba la discusión más de la cuenta, era capaz de cortarla despidiendo al exigente con cajas destempladas.

Tuvieron su término lógico los males bélicos, pero quedaron las no menos terribles secuelas, prolongadas e incómodas. Dejaron de oírse los tiros en las calles, mas no del todo, pues los del amanecer continuaron alevosos y al poco se extendieron por media Europa, de modo que las dificultades de avituallamiento proseguían. En este entorno se movía la familia cuando el Señor Baldomero -doliente aún de la herida dejada por el desleal Patricio- hubo de hacer cara a la marcha del pequeño. Partida, justo es decirlo, respetuosa de las formas, cumplidora de los procedimientos socialmente exigidos; lo que no quita para que el padre imaginara su imperio reducido a escombros, desmoronado. Aproniano, al volver de la mili y obtener de su padre permiso para fumar -aunque no gastaba, porque lo intentó dos veces cuando era poco más que un chiquillo y se sintió mareado- el benjamín

-¡cómo pasa el tiempo!- cumplidos los veintiuno, hízose emigrante y cruzó el Océano Atlántico, el célebre charco, en un paquebote que partía de Cádiz.

Después de mil aventuras, que seguramente no eran tales pero a Aproniano se lo parecieron, llegó a la Argentina enorme, a su excesiva capital. Calles iguales, casas iguales, árboles iguales, geometría delineada sobre la misma pampa; hormigueada de tiendas en los bajos de los edificios, pisada por italianos, españoles y judíos, que la hacían vital y emprendedora; por ingleses, franceses, alemanes, norteamericanos, que le daban diversidad y consistencia. Una cosa le llamó la atención, la magnitud desproporcionada de la naturaleza; desmesura en conflicto con lo que él conocía en dimensión reducida: el vasto cauce de los ríos -acababa de ver el Río de la Plata, un mar sin orillas- las tormentas -presenció una magnífica, inenarrable sobre Montevideo al avistar la ciudad desde cubierta- terribles, excesivas; las negras nubes eran iluminadas por relámpagos grandiosos y el fragor de los truenos destacaba en medio del diluvio. Allá llegado, vagó por los muelles y, al no encontrar otra ocupación, fue estibador: un trabajo muy duro que anhelaba dejar en cuanto tuviera unos pesos guardados. Se acomodó en una pensión económica, atestada de emigrantes, y comía en fondas de marineros unos platos a los que le costaba hacerse. Los gastos ahogaban al ahorro y, para prosperar más aprisa, se integró en un grupo bandido que retiraba de noche mercaderías ocultas de día al recuento del barco; supuestas entregas no recibidas en destino que se daban por no embarcadas o echadas a perder. Cuando tuvo los pesos que creyó indispensables para el inicio, huyó como alma que lleva el diablo, y entró en calidad de socio oportuno en una zapatería mal gestionada que caminaba a la deriva. Acortó el largo camino hacia la prosperidad y la independencia, por el rápido atajo del matrimonio con la hija del dueño, una joven no mal parecida pero de gesto adusto que le sacaba cuatro años. En la gestión del negocio llegó a sustituir al suegro con ventaja, pues el anciano le tenía ley y permitía que el emigrante hiciera y deshiciera. Pronto pudo abrir tienda en Rivadavia y Lavalle y comprar firmes

dólares, situándose a salvo de la carestía creciente, a resguardo de peores tiempos y de la inerme vejez. Zapatero acomodado y marido, Aproniano se fue alejando en todos los aspectos de los parientes que dejó en la europea península. Primero envió dos cartas muy seguidas, relatando prolijamente la arriesgada aventura del viaje y los iniciales inconvenientes; después, nada de nada, hasta comunicar que se emparejaba con una porteña ajena a los tangos, animada en parte por un noble caudal de sangre española. No dio hijos a la desganada esposa, pero acrecentó su acomodo, mejorándolo hasta donde ella nunca hubiera pensado. Por la distancia o porque era mezquino, debido a lo caros que resultaban los pasajes, o quizá porque no le tiraba la familia, el caso es que nunca regresó. Estuvo solo y, como su esposa no reclamaba gestos amorosos, se hizo de piedra.

Fueron ellos, los que mejor vivían, aquellos que dentro de las limitaciones podían considerarse libres, quienes levantaron el vuelo y dejaron definitivamente el nido. Uniendo la escapada previa de Patricio y la posterior de Aproniano, estableciendo continuidad, haciéndoles hilera, Mampálica, al borde de los treinta, se fue a vivir cerca de su nueva oficina. Trasladada por la fuerza inquebrantable de las órdenes escritas a un edificio de reciente construcción ubicado al otro extremo de la ciudad, sin comunicación directa, prolongaba considerablemente su jornada antes y después del horario laboral. Es probable, y yo así lo creo, que con su mudanza quisiera disminuir la hora larga que empleaba en cada trayecto, pero supongo, también, que buscaba el necesario reposo en la estéril lucha por un puesto fijo, por una posición permanente dentro de la familia. No es que pretendiera ponerse al margen de todo lo anterior e intentara una nueva conducta, que ella era como era y no admitía renovaciones, simplemente necesitaba sosiego. Avalando lo expuesto, las visitas al hogar paterno efectuadas los días festivos mostraban una Paly inmutable. Paz, Gumersinda y Salus tuvieron habitación propia, y fue una conquista que, una vez tomada, valoraron por encima de cualquier otra; disgustos de hondura le costaba a la hermana mayor recuperar su

espacio cuando volvía. A pesar de la independencia ganada, en las noches de tormenta confluían las tres en la alcoba grande, o cuando al padre le venía el cierzo de frente y su boca arrojaba blasfemias.

16

QUINTO. Que dada cuenta de los impedimentos que Salustiana tenía para saber de Mampálica y, en definitiva, estando muy preocupada por el aislamiento en que los Pérez González la tenían, comentó las inquietudes con su hermana Gumersinda, a fin de buscar una solución que sacara a Mampálica de la casa de los demandados.

Cuando Salustiana refirió el asunto a Gumersinda, ésta le comunicó que José María se había ofrecido a cuidarla a cambio de que le vendiera el

piso sito en Coslada, vivienda habitada por ella, donde había establecido su domicilio. Añadió seguidamente, con temor a la crítica, que ya era un hecho la venta, habiéndose reservado únicamente para sí el usufructo vitalicio. No advirtió a su debido tiempo sobre esta resolución a Salustiana, porque así se lo hizo prometer José María, quien no tenía muy buena opinión de la hermana y esperaba su oposición.

Gumersinda Caballero Niño, al igual que su hermana Mampálica, dispuso sus bienes a favor de José María Pérez González. Le transmitió en marzo de 1993 la propiedad de su piso de Coslada por la cantidad de tres millones de pesetas, nunca cobradas; y a su vez otorgó testamento el día 6 de marzo de 1.993, nombrando herederos a Mampálica y, en su defecto, a José María y a su madre, eliminando del mismo a su hermana Salustiana.

Meses después falleció Mampálica, y es entonces, cuando ambas hermanas, Gumersinda y Salustiana, decidieron poner el asunto en manos de un abogado; iniciándose así un proceso penal por presunto delito de estafa y hurto contra José María Pérez y su madre, que se está tramitando en el Juzgado de Instrucción de Madrid, siendo objeto del mismo, las compraventas realizadas por las hermanas Gumersinda y Mampálica, y la sustracción de joyas propiedad de Mampálica, guardadas en el domicilio de ésta.

En dicho proceso judicial, Gumersinda (hoy fallecida), declaró ante el Juez de Instrucción:

a) Que desde el primer momento de su relación, recibió del querellado (Pérez González) muestras de profundo afecto. Fueron tan bellas las palabras, tan halagadoras las promesas de cariño, tan convincentes los regalos y las llamadas telefónicas, que por fuerza hubo de pensarse querida como nadie lo había sido antes.

b) Que donó el piso a instancias del propio José María Pérez, quien conociendo las limitaciones de su salud, le propuso cambiar la propiedad del inmueble por los cuidados de cualquier índole que ella necesitara.

Ofreciéndole hasta el final de sus días un trato tan amable y complaciente como el que, hasta ese momento, le venía dispensando. Dándole, por último, la posibilidad de ser acogida en su domicilio de Toledo, para vivir juntos, si ella lo deseaba.

c) Que el día 6 de marzo de 1.993 le vendió la vivienda, sita en Coslada, sin recibir ni una sola peseta que la resarciera, y sin firmar ningún documento. Se utilizó esa figura de la venta fingida porque según la opinión experta de él, se trataba de la mejor manera de cumplir con la ley vigente.

d) Que del testamento excluyó a Salustiana, debido a que José María así se lo pidió, pues era notorio para ellos, que su hermana se llevaba mal, tanto con él como con Inés, su madre. Los motivos de esa oposición, había que buscarlos, según aseguraba él mismo, en unos celos irracionales que la consumían.

e) Que fue su hermana Salustiana quien le abrió los ojos, y le hizo ver clara la situación de ambos, sus diferencias notables, y las intenciones reales del querellado, que seguramente actuó del mismo modo con Mampálica.

f) Que en cuanto conoció el demandado la anulación del testamento donde aparecía como favorecido, al ser sustituido por otro posterior en el que no se le nombraba, y sí a su hermana Salustiana, insultó y amenazó por teléfono a ambas, cesando en sus visitas y en cualquier otra forma de trato.

17

Ha de ser la tarde del domingo la que se desliza pesada y rugosa, ella ha de ser si atiendo a mi cálculo, a mi recuento de instantes, de tiempo transcurrido desde el fatal momento de la caída; cómputo fijado en imaginarios surcos, que mi dedo traza inseguro sobre la humedecida superficie de los azulejos. Un sudor frío baja de la frente siguiendo los meandros que las arrugas, irregulares, fuerzan. Ciega mis ojos, y me obliga a desear un pañuelo que llevo en la bata, destinado a aliviarme. Es la esponja,

sin embargo, lo que alzo con esfuerzo hasta mi rostro y me sirve de bálsamo; áspero sustituto del suave tejido que no está a mi alcance. Caída en la cuenta de las similitudes, el contento me llega colmando mi pecho de aspiraciones, saturándome de complacencia; la paridad existe en los hechos por más que trate de soslayarlo, huya o no por modestia de la realidad evidente. Discurro y entiendo como consecuencia de la reflexión, que trata este pasaje de la estación sexta de mi Viacrucis, cuando en el Calvario divino, la Verónica enjuga el frío sudor y la sangre que cubre a la Ofrenda su semblante martirizado. No voy buscando simetría en mi recorrido y, sin embargo, aparece con reiterada tenacidad, clara, alentadora, inequívoca.

Puede que no salga de ésta con bien, que la debilidad me impida abastecerme de agua, llevar a mi boca sedienta las gotas precisas y la agonía se acorte. Hice bien en dictar nuevo testamento, pues deseo que me digan Misas Gregorianas hasta el importe de dos tercios del dinero que deje. Quiero que los frailes de Silos canten el Introito: *Réquien aeternam dona eis, Dómine*; la epístola: *In diebus illis*; el Ofertorio: *Jesu Christe, Rex gloriae, libera ánimas ómniun fidélium defunctorum de paenis inférni et de profundo lacu. Lux aetérna luceat eis, Dómine. Misesére mei, Deus*. He repetido desde jovencita estas palabras sin tener una idea muy clara de su significado, pero el tono, inconfundiblemente piadoso y triste, le trae una gran placidez a mi espíritu, un deseo amoroso de las causas divinas; quedo laxa, descansada como el pecador arrepentido que se ha confesado y de todas sus maldades ha sido absuelto. Es mi voluntad, de origen tan complejo como inexplicable, que estando de cuerpo presente, me canten los himnos de difuntos unos monjes recios, hechos a madrugar en razón de sus plegarias, mortificados por las tentaciones superadas, acostumbrados al sacrificio. Hasta treinta días consecutivos después de mi muerte me dirán misas. En cada uno de los cabodeaños, durante una semana, las repetirán. Se hará como he dicho mientras dure el dinero destinado a ese fin, cuánta que, por desgracia, verán los herederos agotarse mucho antes de recibir yo el cumplido tormento que

ha de purgar mis culpas. Pretendo, además, que figure en una cláusula preponderante la obligación adquirida por los beneficiarios, acerca del fiel cumplimiento de mi deseo de descansar bajo una lápida de rosado mármol, que dé realce y proteja a mi sepultura. En su superficie, con letras hendidas y tintadas de azul suave, deben escribir el siguiente epitafio tomado de las Meditaciones de San Agustín: “¡Oh tú, que amas al mundo, mira bien adónde vas! El camino que llevas es peligroso y lleno está de muerte. Entra dentro de tu corazón y desecha todo lo que no sea Dios”. De ocurrir antes mi ida que su solución, espero que los derechohabientes –clara influencia del joven Alberto, nieto de Agripina- se comprometan a seguir con los pleitos emprendidos. Sé de lo que hablo; tres años ha que inicié el proceso penal por delito de estafa y hurto, el primer letrado me sacó las perras -más de tres millones, sin darme siquiera recibo- y el fiscal no califica los hechos probados, dice que es enrevesado el asunto y se toma su tiempo. Al servicio de la demanda civil, recién presentada -la abogado lo asegura- debería haberse incluido la calificación del fiscal, pues serviría de prueba, en el caso -esperado por lógico- de ser favorable. Parece llevar la galga echada mi carro en este recorrido, y son de temer los recursos cualquiera que sea el sentido del fallo. Así que, por muy bien que me vayan las cosas, no veré el final ni sabré el desenlace. Y no es sólo eso, persigo que mis hermanas tengan justicia y sus burladores castigo. Con ese encargo introduje a Agripina en la herencia; tan grande es su dedicación a mis fines, que pensé que ella misma seguiría mis huellas con eficacia y las llevaría a feliz término. Comprendo con tristeza que ya no es posible -va dando tumbos de una a otra residencia de ancianos- pero se lo ha encargado al hijo que vive en Madrid y a su nieto Alberto. Por eso están los tres incluidos en la testamentaria como favorecidos, pues no será mi hermano desde Buenos Aires, con un pie en la tumba; ni mi sobrino, hecho al beneficio fácil, quienes den cumplimiento a mis ardientes aspiraciones.

No quise alojarme nunca en un asilo; recelo de los extraños, desconfío de los próximos, y la situación de Agripina proporciona fuste a mi sospecha. No estoy dispuesta a unirme a los ancianos que contagian vejez y esperanza de muerte; los que saben adonde se dirigen guían mis pasos, jóvenes siempre que puedo. Mientras me valga por mi misma no me iré a un sitio de esos, donde se oyen lamentos constantes y los orines dispersos de los incontinentes se acumulan en un mar nocturno que todo lo invade. No iré donde el rancho, guisado en común, emite sus efluvios identificables quitando el apetito; donde las confidencias se hacen en alto y se comparten cientos de secretos. Mientras pueda valerme quedaré en esta mi casa, colocando a la soledad en el balcón o frente al televisor, sin que nadie me indique el recorrido y me marque un horario.

La suavidad de la piel y el agradable olor que desprendía la cara de mi padre, me llevaba a frotar mi mejilla con la suya recién llegado de la barbería. Sucedió en Medina del Campo y aunque rechazaba mis intentos, saltaba yo a sus brazos y a veces me aupaba. Le daba besos mientras sentado en su sillón leía el periódico, y me sentía afortunada. Luego llegaron las máquinas eléctricas, yo me fui haciendo mayor y nada fue lo mismo. En clara premonición de lo que me aguarda impaciente, materia y espíritu se disocian en mí. Queda mi líquido cuerpo aceptando la forma de la cavidad que lo acoge, y mi mente se eleva hacia el techo, atravesándolo; cruza las nubes rutilantes de rayos nacidos de un sol moribundo situado ya en occidente, y se dispersa por los cuatro confines del universo. Acompaña en su recorrido a los tonos suaves del color ocre, a los matices marrones de cualquier otoño, y al verde esmeralda que inicia la vida. Abarca un bosque caduco que oculta laderas grisáceas, mueve una campana en lo alto de una torre en ruinas y, siguiendo los dictados de la grave voz de los océanos, se pone en presencia del Padre en la colina más alta del cielo. Es su ofrenda una melodía compuesta por trinos de avecillas, tintinear mudo de luceros enormes, rumores del agua que baja entre peñas. Cuando la sabe aceptada,

solicita permiso para retirarse y le es concedido. Regresa mi mente a través de las nubes, cruzando el tejado y se une a mi cuerpo dormido. La creación entera se refugia entonces en mi corazón liberando débiles latidos, borbotones de sangre marchita. Ya soy el león, ya soy la gacela, ya soy la crecida yerba del pasto, ya soy el tembloroso estanque, ya soy la piedra y su eterna quietud, la campana y la torre, el horizonte rojizo que se tiñe de oscuro al anochecer; ya soy la persona que era. Vengo a ser Salus -la adolescente, la mujer madura y la anciana- quien a duras penas dominó sus pasiones: galerna del océano, simún de arena, huracán indómito. Vengo a ser la amantísima esposa del Cordero, apartada con ingente sacrificio de los amores humanos que suelen inflamar la entrega al marido y los hijos, abriendo cauce a los cotidianos quehaceres. Columna vengo a ser, testimonio del Eterno Padre.

18

Alcanzó Agripina en Valladolid el cenit de su irregular existencia. Era por entonces la ciudad una urbe provinciana donde lo intelectual discurría en dos vertientes antagónicas, que si habían de converger en algún punto lo harían en una tercera recién aparecida: el grupo innovador que ella

encabezaba. Conjunto ajeno a cualquier compromiso de síntesis y, sin embargo, aglutinador de los contrarios. Abrigada por los suyos llevó su convencida palabra a la Universidad e hizo religiosos adeptos. Descendió a las tabernas con la intención de declamar su verso puro ante los obreros francos de servicio -plancton de la tierra- y consiguió un resultado alentador. Salió a la calle y en torno a su decir sincero, se aglomeraron gentes muy diversas que desbordaban las aceras, las plazas ajardinadas y los parques. Tras muchos afanes logró la joven publicar un poemario primerizo y un libro de relatos que le procuraron imagen de seria y profunda, preocupada por las grandes cuestiones que la vida, desde su inicio, no ha sabido respondernos. Su voz era limpia como corriente de arroyo brotado en las cumbres, donde cualquier fuente es origen de ríos, comprendidos aquellos de caudal copioso. ¡Qué espontánea sonaba! ¡Cuánta ingenuidad contenían sus versos, cuánta lozanía su prosa! Había imperfecciones manifiestas, pero a su edad ¿quién domina el lenguaje? Si no alcanzaban sus escritos el éxito tangible, traían un aire nuevo, una brisa que renovaba el aire viciado de los palaciegos salones, entre cuyas repintadas paredes la cultura se había refugiado. Con otras palabras más refinadas, el decano de los críticos escribió en el periódico local algo semejante; y bastó para que le nacieran a la maravillada Agripina algunas adhesiones y cuantiosas discrepancias.

En su apariencia de muchacha dotada a un tiempo de dureza y fragilidad -humano diamante- influían no poco su figura delicada, el tono pálido de su piel y la mirada penetrante, surgida de unos ojos negros, luminosos, enigmáticos, atareados en no revelar del todo su contenido exacto de alegría y tristeza. Contribuían a la contradictoria impresión la timidez dubitativa de su decidida marcha, el carácter inquieto e inquisidor y la conducta consecuente con los expresados propósitos. A falta de hermosura las facciones lograban una laboriosa armonía, ya que el restaurador de su piel, buscando la originaria composición del rostro, había conseguido una atractiva naturalidad. Como si se tratara de valiosas pinturas liberadas de

posteriores añadidos sin fortuna, afloraron sus rasgos auténticos, los que daban cuenta de la personalidad albergada. En suma, confesaba, porque estaba convencida de ello, que el doctor había logrado descubrir a la joven que hubiera sido de no haber mediado el fatal accidente. Con todo, seguía atesorando en el interior su encanto más valioso. Así lo veían dos jóvenes que, contándose entre los más asiduos acompañantes, pasaban por ser los preferidos: un autor dramático que había estrenado una tragedia muy apreciada por familiares y amigos, y un poeta ganador de los juegos florales de Laguna de Duero. Nadie, como se ve, que pudiera ocuparse de la compraventa de lanas, tranquilizando al padre sobre la continuidad de su ardua tarea y de la obra conseguida. Mas quién sabe nada del caprichoso destino, de los misterios ocultos en el corazón de las enamoradas, de los recónditos senderos que el amor transita hasta llegar a concretarse... Dio alas Agripina a un escribiente de la oficina paterna, que no las hubiera obtenido por sí mismo. Jamás confesó las razones que la impulsaron y nunca se supieron; pues de no manifestarse voluntarias, no era cuestión de andar investigando para conocerlas. A la vista estaban en el novio la nobleza de carácter, la prudencia y su despierta simpatía. La relación avanzó como las nubes empujadas por el viento, y en poco más de seis meses de pretendiente serio pasó, el favorecido contable, a poner a los pies del patrón sus saberes y haberes formalizando el compromiso.

Los movedizos años que muerte a muerte descomponen la desgajada familia –primero los padres, el uno tras la otra mediando un corto intervalo; Paz, cuatro lustros más tarde- van aislando a la señorita Salus del mundo, y en los momentos tristes, que abundan en su vejez prolongada, se empeña en recordar las ausencias que le han ido haciendo honda mella. Se extinguió la señora Beremunda como se apaga la llama del pabilo al acabarse el aceite del candil; enjuta mujercilla, apenas una sombra limpiando habitaciones, cosiendo en la ventana. El encallecido padre, doce años mayor, hecho a una esposa enmudecida que en parte era su obra; descubrió en su interior un

cariño que ni por asomo sospechaba, y en cuestión de meses se murió de una pena enmascarada a conciencia.

La fuerza centrífuga que el señor Baldomero frenó tanto tiempo, sin aquel valladar, hízose imparable. Como la bola de barro que en cada giro va perdiendo pellas, así se fueron alejando de la casa las hijas. Había ido Salus entregando dinero a una inmobiliaria a cuenta de un piso y, cuando estuvo terminado, deseó tomar posesión de su propiedad. Ansiaba disponer a su gusto los muebles, salir con libertad plena, regresar a cualquier hora. Sentía una necesidad imperiosa de realizar, después de tantas restricciones, todo lo que le fue impedido. Sinda, sin la tutoría de la hermana, se encontró perdida; encerrada en un pozo profundo, desorientada. Mas a los pocos meses ocupó Derita el hueco dejado por Salus; Sinda y ella eran uña y carne desde que vivieron próximas, y salían juntas los domingos. Ilustraba la joven Derita los monumentos de Madrid con una voz clara y armoniosa de consumada guía. Movida por la gracia de las anécdotas que su amiga le contaba, empezó Sinda a prestar atención a tan divertida actividad. Pronto estuvo dispuesta a echarle una mano, eligiendo los viajes cuyo destino más le contentaba. Terminó ocupando el tiempo sobrado yendo y viniendo con su amiga, seguidas ambas por un grupo cambiante de turistas alegres, deseosos de escuchar -surgidas de una u otra boca, que se van alternando en el relato- las historias pequeñas que llenan, conformándola, esa gran Historia que sirve de pretexto. A la distracción transforma en un oficio que le viene como anillo al dedo, e imitando a Salus, encuentra razones suficientes para ocupar su propio nido. Paz quedó en la casa de todos, incapaz de mudanza, cosiendo para la clientela que el fallecimiento de su madre dejó desasistida.

Debieron permanecer juntas, se reprocha a sí misma la señorita Salus, pero eran tan independientes las hermanas que cada una tomó su trote, acompasado a la forma de ser que de natural tenían. Se juntaban en una casa o en otra por temporadas; se cruzaban, se entrelazaban a modo de cintas de colores que, en los desfiles de carrozas arrojan desde los balcones

los que contemplan su paso. Pero en ciertos momentos estaban mejor solas. Así se explican muchas de sus dificultades, pues a la vida retirada corresponden los enigmas añadidos a las muertes. Misterios hay para los que Salus tiene explicación sensata que la justicia, tan meticulosa en la persecución de evidencias, no comparte. Tal es una mancha en la frente de Mampálica, apreciada cuando estaba de cuerpo presente, nunca antes surgida; y le da en la nariz que se debía a un veneno. O el habla forzada, percibida la única vez que logra hablar con la hermana en casa de los vigilantes, arrastrando las palabras a modo de grillos pesados, inconexas, viscosas, como pronunciadas por una voluntad que ha sido dormida a la fuerza. Si dependiera de ella, el cautivador -sabe lo que se dice al utilizar esta palabra- el captor de las hermanas, estaría a estas alturas preso y bien preso, y su ánimo tranquilo lograría el ansiado reposo que las noches reclaman. Se conforma con poco, tres años le pide de presidio, ¡ah! y devolver lo que no es suyo. Por eso buscó un abogado e interpuso una querrela criminal contra los canallas; y si se equivocó de letrado no debe echársele la culpa a ella, pues halló la consulta cercana a su casa y apreció en el despacho gran actividad. Por fortuna pudo rectificar después de un alto costo de tiempo y dinero, y la joven enérgica que tomó el caso allá donde el abandono lo había dejado, es de una honestidad ejemplar y tan hábil, que a la señorita Salus no le queda duda de que meterá a los demandados en estrecha vereda.

Paz les hubiera absuelto de su acción abominable, madre e hijo los hubiera perdonado; tan desamparados, tan unidos, apoyándose el uno en el otro desde que el padre se hubo negado a afrontar las obligaciones, en vísperas ciertas de la imposible boda. Imagina la historia desgraciada; concibe un relato de seducción y abandono, y se lo cree a pies juntillas. Joven y enamorada piensa a Inés Pérez González, dada por entero a un señor ya maduro sin saberlo casado, bizarro militar de uniforme impecable. Dinero recibe en el momento del parto, y no mucho, para rehacer la vida. Advertida queda sobre el futuro silencio y amedrentada por palabras tan

duras, que la amenaza de muerte se desprende de ellas. Ama al hijo indefenso y José María, como el padre, le pone por nombre, habiendo de compartir -madre e hijo- un familiar patronímico de lo más corriente. Después, con el paso cansado del tiempo, se hizo tan dura, tan mala, que había de vengarse en cuantas personas pasaban a su lado creyendo resarcirse del implacable sino. Nació el niño sin el calor del hogar, con los malos ejemplos como único molde. Madre e hijo debieron cambiar de refugio con frecuencia, miedosos de que su historia fuera conocida. No ignoran, ¡infelices!, que al llevar los mismos apellidos, son permanente reclamo de insana curiosidad. Paz imagina otras historias por igual ingratas, construidas con ligeras diferencias: un señor del comercio es el padre, o un marqués disoluto; ella, una sirvienta forzada. Paz hubiera hecho la vista gorda al desafuero por caridad cristiana o por inercia, porque es más fácil quedarse de brazos cruzados. Salus, no; ella llegará hasta el fin si es posible, o dejará decidido quien alcance la meta en su nombre. Estaría bueno que escaparan de vacío: repite en un tono que une a justicia y venganza en la sola expresión.

Murió Paz como había vivido, en silencio, sin eco. Pero también sin rencores, sin un pensamiento egoísta. Fue una noche destemplada del mes de diciembre, una madrugada cargada de frío, bajo un cielo salpicado de estrellas, sereno. Tuvo unas palabras de alivio que alcanzaron a Salus en su interior ya duro. Un mes antes apareció el sobrino Patricio, y tras cinco días de ajetreo dejó todos los documentos en regla; una regla hecha a su acomodo que llevaba siempre a mano en el portafolios atestado de papeles. Con ella tomó las medidas pertinentes que le alzaban como único dueño de la herencia de Paz. Con ella, con sus milimetradas muescas espera Salus que sea medido el sobrino en el Juicio Último, y arrojado al infierno hasta la íntegra purga de sus faltas graves, divina justicia sufrida en lugar de la humana. No, no era de iglesias Paz, ni de besamanos; pero caminaba por el centro de la calle para ceder a los demás las aceras. Poseía pocas luces y se colocaba detrás, no tenía opinión sobrada de sí y las buenas maneras, por

ellas mismas, las elegantes formas carentes de contenido, no le decían nada. No seguía la liturgia en todos sus detalles, es bien cierto; puede que no aceptara el dogma de principio a fin, mas a pesar de caer en el olvido de cumplir por Pascua, sin duda tiene un sitio reservado junto a Jesús, y lo habrá ocupado sin tardanza, desde el instante preciso en que afrontó su comparecencia ante el Padre.

Entre los lances que narra la señorita Salus -y viene ahora a colación- está el infortunado entierro de Paly. Nubes negras se acercaban desde la mañana al próximo horizonte, que se iba ensombreciendo apreciablemente; mientras tanto, los pájaros, claramente inquietos, planeaban en círculo sin llegar a posarse. Gumersinda y ella oteaban un horizonte de presagios por la abierta ventana cuando les llegó el aviso del traidor, mentido cuidador de Mampálica. Tan sólo una voz espesa reptaba por el hilo, una voz alargada, sin médula; la misma que en esos días de la reclusión engañosa, respondía invariablemente: "Doña Paly está dormida y no debemos importunarla". Se acercan las hermanas al hospital nada más recibir el recado, lamentando no haber sido advertidas de su ingreso a tiempo, padeciendo el extremo nunca esperado de no haberla visto viva. En el tanatorio montan guardia, custodiando un cadáver de frente veteada que saben suyo a pesar de todo; restos olvidados por inhumanos raptos, incapaces de prestarle atención una vez concluida su obra maligna. Un taxi que la empresa de pompas fúnebres pone a disposición de la familia, las guía tras el furgón donde va la difunta. El calor se ensaña con el día llegado apenas sin rocío; pica la piel sometida a su influjo, y ya son las seis de la tarde. Comienza a chispear en el momento de subir la primera cuesta ajardinada, inicio del otero donde los cipreses marcan el suelo sagrado del cementerio. Al evaporarse las gotas, el asfalto despidе un calor suyo -acopio exhaustivo del oscuro manto de brea- y un vaho denso se eleva imprimiendo irrealidad al entorno. El responso completa la pobre despedida religiosa: breve oración y cuatro hisopazos, que tienen la virtud de perlar el ataúd de escarcha. Faltó una misa para poner a la

difunta a bien con el otro mundo, ceremonia redentora de almas de un valor infinito; una misa ¡qué menos!, pues ni eso tuvo, como si no diera para más la expoliación. La intrincada estructura de patios y pasajes y, dentro de cada uno, la semejanza entre sí de los cuarterones, de los octavos, de los entramados polígonos regulares, de la estética simetría, hacen difícil el recorrido exacto, sin divagar, en busca del objeto de la visita: un duelo que se disolvería presto.

Llueve con desacostumbrado ímpetu, y cruzan el techo ennegrecido de la ciudad multitud de culebrinas restallantes de luz. Desde la capilla inicial, paso forzado de todos los difuntos, dos empleados de la funeraria empujan el féretro colocado sobre una plataforma rodante que chirría por falta de unto. El incondicional cortejo, compuesto por las escasas veinte personas que exige la decencia como acompañamiento mínimo, camina por el laberinto, confiado. Ve a los dirigentes consultar un mapa en las encrucijadas, y ese acto mínimo le infunde ánimos. Llegados a un punto donde esperan dos operarios del Ayuntamiento portadores de una escalera metálica, los unos entregan a los otros el testigo y los primeros se retiran. Último de la fila, vacila indeciso el sacerdote revestido de gala: casulla, estola y bonete. Va flanqueado por dos monaguillos muy jóvenes -ambos lucen roquete almidonado sobre rojos manteos- uno encargado del hisopo y el otro custodio de la cruz plateada. Titubea el cura y, finalmente, decide regresar a la acogedora sacristía.

Arrecia el chaparrón; burbujas dejan las abultadas gotas sobre los crecidos charcos. La interminable hilera de nichos que cubre las paredes, es discontinua en la plazoleta por aparecer allí un hueco entre las lápidas de mármol gris o negro. Están grabadas con nombres tan parecidos unos a otros como si a una misma rama familiar pertenecieran. La oquedad, que destaca como un claro en el bosque, como un plantío en el desierto, es la residencia reservada al cadáver. Se encuentra la difunta, a salvo de la fatiga ocasionada por el trayecto, libre de las inclemencias atmosféricas, embutida en su caja sencilla, pino recubierto con elementales láminas de madera más noble,

interiormente acolchada de pálidas telas, sedas imitadas sin demasiado empeño. ¡Para lo que sirve...!: pensó una Salus muy práctica. Los empleados municipales, encargados de colocar el cuerpo en la celdilla, reciben indiferentes el agua vertida con fuerza sobre sus cabezas. Se la nota caer aplomada, inclemente -líquida invasión- se la ve transitar las vestiduras o resbalar por la piel hasta depositarse en las altas botas de goma, desbordándose y originando charcos alrededor, dentro de los cuales los pies han de sumergirse inevitablemente. Los observadores guarecidos bajo paraguas de colorido inarmónico -se percibe falta de acuerdo en este aspecto- musitan cortas jaculatorias. Apretujados como están, los más elevados recogen el agua que les corresponde y, a través de las varillas metálicas, -imitando a esas fuentes ornamentales colocadas por los ayuntamientos en parques recoletos- se la entregan a los menos robustos, quienes, haciendo de concha intermedia, inundan impasibles a los compañeros pródigos, en devuelta asignación sobre hombros y espaldas, a lo largo de faldas o pantalones.

Progresan el aguacero de manera palmaria; ostensiblemente disminuye el espacio entre gotas. Dejado el ataúd en el lugar a él destinado, enyesada en su perímetro la tapa interior provisional, menos presentable; los albañiles, ante la imposibilidad física de continuar el sellado de la lápida, la apoyan con cuidado en la pared y se alejan con paso rápido hacia su provisional campamento. Ha de ser la señal que los demás esperan, porque comienzan a dispersarse, ansiosos, buscando la salida. Recovecos, pasillos, patios, plazoletas, se hacen uno solo repetido en mil espejos. Desasistidos por los empleados de la funeraria, portadores del plano de regreso, y por los municipales, dueños de la itineraria experiencia, los acompañantes van y vienen desorientados, atribuyéndose, sobre los demás, la sabiduría del camino recto.

A cántaros se derraman las nubes repletas, rayos y centellas cruzan de oriente a poniente el cielo morado, a cañonazos replican los truenos. El

diluvio y el viento inutilizan los paraguas, invirtiendo la tela, rasgándola, doblando las varillas. Sus propietarios los abandonan sobre las tumbas emergentes cual restos de una batalla o de un naufragio. Gumersinda y Salus hallan un hueco en el muro, que la copiosa lluvia ha descubierto al desprender dos piedras sujetas con soluble argamasa. Del laberinto salen sin mirar a los perdidos que entrecruzan indefinidamente sus pasos, cercana la penumbra del anochecer, próxima la oscuridad de una noche sin luna. Abiertas las compuertas del cielo, caen de golpe todas las reservas. Tres días estuvieron cuidándose la una a la otra el resfriado. Y fue Salus quien cayó en la cuenta de que un entierro así discurrido, pudo ser obra póstuma de Paly, su última broma.

19

SEXTO. Consideramos que poseen en sí mismas, facultad esclarecedora, y se hacen interesantes para el conocimiento del caso que nos ocupa, por esa razón resaltamos algunas de las declaraciones vertidas por José María Pérez y su madre ante el Juzgado de Instrucción. A nuestro

juicio acreditan el ánimo de lucro desorbitado que les movía en sus actos ante las hermanas Caballero Niño, anulando definitivamente cualquier motivación altruista que hubieran podido tener en los inicios de la relación. Entendemos que muy pronto se olvidaron los móviles humanitarios y desinteresados, si es que en un primer momento los hubo; lo que les convierte en indignos para suceder a la causante.

a) José María Pérez González declaró, respecto a sus relaciones con Mampálica, lo siguiente:

-A la pregunta que se interesaba por saber si cuando comenzó a cuidar a la impedida cobraba alguna cantidad, contestó que le eran pagadas seis mil pesetas diarias. A cambio le daba penosamente la comida, cucharada a cucharada, y le ordenaba la cama después de vestirla y levantarla. Todo ello suponía un gran esfuerzo para él e insalvable para la madre; pues la enferma se encontraba débil y, en contraposición, metida en carnes, haciéndose arduo el ejercicio de incorporarla, izarla o colocarle la ropa.

-Preguntado si recibió alguna otra cantidad, responde que dada la lejanía de los hechos, no se acuerda; seguramente sí, añade a continuación, porque ella era generosa con los que se portaban bien. Tenía muy presente, por otro lado, que a partir de llegar Mampálica al piso compartido por él y su madre, acordaron que, a cambio de atenderla, recibirían una colaboración para la compra de una vivienda sita en la calle Desengaño. Propiedad que por circunstancias comerciales favorables se podía adquirir a buen precio, constituyendo una interesante inversión para ellos y, en igual medida, para la finada.

Referente a la razón de representar a Mampálica en la adquisición del piso, cuando ya habían llegado a ese acuerdo y ella podía actuar por su propia cuenta, contesta que tenía un poder ante notario y no era necesario molestarla.

Le es demandada explicación acerca de la fórmula empleada en el abono del piso de la calle Desengaño, y contesta que los doce millones íntegros se pagaron con dinero de una libreta de ahorro de Mampálica. Su madre y él mismo lo sacaron de la cuenta una vez obtenido el acuerdo y la autorización de ella, que estaba muy ilusionada con la transacción, ya que el piso está próximo a la Gran Vía y, por la descripción hecha, le agradaba el salón dotado de balcones. Su satisfacción era lógica y estaba fundamentada en el usufructo vitalicio que ella, según lo convenido, conservaba; lo que le iba a permitir ocuparlo algún tiempo.

Interpelado José María por los motivos que llevaron a la anciana Mampálica -con ochenta y tres años y siendo ya propietaria de una vivienda- a invertir doce millones en otra, de la que, por lo demás, no era dueña; contestó que ella sabía lo que estaba haciendo: el dinero en el banco apenas produce y si se presenta un buen negocio, una oportunidad tan ventajosa como aquella, había que aprovecharla. A las razones y motivos de la donación, los supone – ya que ella nunca lo dijo con claridad- provenientes del agradecimiento por las atenciones observadas con ella. Por otra parte, había pensado trasladarse al nuevo próximamente, ya que presentaba comodidades de las cuales el piso de Fernández de la Hoz carecía; sobre todo, más luz, por ser completamente exterior. Lo impidió el repentino empeoramiento.

Se pregunta a los demandados si Mampálica otorgó poderes y testamento en el domicilio del señor notario o si éste, llamado por ellos, se desplazó al lecho de la enferma, y éstos responden que el fedatario fue a la cabecera de la cama y allí recogió sus deseos ya conocidos.

20

A pesar de la extraña costumbre de apagarse a intervalos, echo de menos la luz de la bombilla. Me había hecho a la extravagancia de su

comportamiento y aceptaba con resignación los períodos lóbregos. No es cosa de magia, tiene una explicación bien sencilla que paso a referir. La lámpara que sobre mi cabeza iluminaba con detalle la bañera, está formada por un casquillo de plástico negro, y por mediación del calor se dilata e interrumpe el contacto. Al enfriarse vuelve a su ser, y la luz se hace como en el principio de la creación, cuando el *fiat* se convirtió en la primera orden dada y recibida, previa a la miríada de disposiciones que vinieron después invadiendo el mundo, unas a otras enfrentadas. Ahora, fundido el filamento por el uso excesivo, la penumbra dibuja misterios intuitos y la oscuridad los confirma.

Noche del domingo temida, áspera como lengua de felino; suavemente resbala hacia el alba poniendo a mi disposición un tiempo precioso, destinado a reavivar el interrumpido examen de conciencia, con el que espero poner mi alma en el concierto siempre deseado. Procedo con orden y método, conforme a la práctica en la que me han instruido; y me sumerjo de lleno en un profundo análisis de cada precepto. Los pecados capitales han dejado, a su paso, escombros que deben señalar a quien juzga, la acción o inacción de la marcha, las huellas borradas en el trayecto que va de la cuna a la tumba. Orgullo, aquí sí que me encuentro pillada; socapa de modestia y mansedumbre llevo escondida la serpiente de la soberbia, el deseo de ser más que nadie: preferida, inteligente, virtuosa; convertida por mi propio esfuerzo en criatura merecedora de la Gloria Eterna. No cabe más que esperar el perdón del Todopoderoso, de otro modo los años de purgatorio serán prolongados. La avaricia es un pecado del que soy bien culpable; llamémosle ambición, aunque bien mirado no sé si existe diferencia entre ambas. Ya de niña me empeñaba en ganar una y otra vez a la brisca, al tute o la lotería, cuando en la casa de Medina jugábamos todos en las noches de invierno, y eran humildes garbanzos lo que apostábamos. Tenía que ser la primera en el entretenimiento infantil de la campana o saltando a la comba. En las historias ficticias que representábamos los niños

junto a las tapias recias del castillo de Encinas, o en las cercanas eras del camino de Piñel, mi papel debía ser principal, princesa o reina, para que participara con gusto. O el de la más bella esclava de quien se enamora ardientemente el mismísimo emperador y la alza a su lado; señora del mundo, a quien los súbditos obedecen ciegamente. Y todo ello en silencio, sin traslucir ansiedad. Amor propio, orgullo, ¿dónde está el deslinde? A pesar de no tener necesidad de mayor salario, cuando en Madrid comencé a trabajar, sumé horas extras a la jornada común. Buscaba claramente un incremento de la ganancia, y acepté un trabajo complementario para sábados y domingos, extendiéndolo luego a las noches duras de las vísperas de fiesta, hurañas, desatendidas. Acumulé un patrimonio valioso, acervo minúsculo si lo ponemos al lado de los que forman la clase media en estos tiempos de bonanza económica, pero capaz de situarme en la seguridad. Intacto, por otra parte, al no repartir ni un ápice con los que no tienen donde caerse muertos, y vencer cada día mi voluntad a los caprichos. La divina ambición que me impulsa hacia la Vida Eterna, ¿no será una forma de egoísmo y codicia? Envidia, ¿quién se libra de ella? La llamamos de muy diversas formas para suavizar su efecto, pues al partirse en pedazos disminuye la culpa contraída. Siendo emulación, es honesta, útil para el progreso de la gente, para el avance de los pueblos. Pero si se desea, como es mi caso, ser querida por el padre a la manera de Paly, o recibir el mismo trato que las demás niñas de la clase, las del habla clara, entonces es pelusa infantil y principianta. Son celos si el amor que se desea es el del hombre que se ha decidido por otra, y sucede entre adultos en la mayoría de los casos. Sin embargo, el pecado es uno solo cualquiera que sea el nombre recibido, seamos o no, con él, tolerantes.

Ya es lunes, se nota en los abundantes ruidos -circular ajetreo ciudadano impulsado por la inercia- en las respuestas ásperas, transparentes porque están contenidas en voces alzadas y los tabiques son del papel en que imprimen la Biblia. La gente se mete en faena como es de obligación,

iniciando la semanal andadura, unidad temporal repetida hasta el hartazgo, hasta el abatimiento y la muerte insignificante, trivial, vana, que borra las huellas someras. Apenas me resta algo de resuello y acelero el respiro; me abandonan las fuerzas necesarias para acarrear el agua con la esponja, trayecto alargado que va desde el tortuoso hilillo a la boca tan necesitada. Debo de tener fiebre; así lo supongo porque la frente me arde y las sienes saltan como si se tratara del dado encerrado en el bote del almendrero.

¿Soy o no soy?, me acomete la duda de siempre. Mas me pregunto ¿dónde está la diferencia? El calor del cuerpo, el hálito de vida, el fluir de la sangre en las venas, evidencian que existo. ¡Qué simple es la contestación! La mirada comprensiva, la acción interesada en los demás, la donación, la entrega. Un objetivo superior moviendo nuestros pasos, pero ¿y eso basta? No, no es suficiente; se necesita una razón esencial para ser. El Creador con su energía única de las que todas las demás se nutren, el Demiurgo, sólo Él facilita la causa imprescindible. Yo soy en el Padre o no soy, soy en Cristo o no soy, existo en el Espíritu Santo o no existo. Y entiendo que soy en la divinidad como la luz de la bombilla existe en la energía eléctrica. Es mi voluntad quien da beneficio a las otras potencias del alma, es el afán de servir a la Obra del Creador la que facilita a mi existencia carta de naturaleza. Quiero, luego soy; podría decir sin miedo a equivocarme. Podría decirlo pero no lo digo. Me aterra la certidumbre de frase tan corta. Tres palabras que sitúan mi muerte en tiempos lejanos. Un poco moría cada vez que una burla hacía presa en mi voz, cada vez que un sopapo encontraba mi cara, cuando la víbora cerró sus fauces pequeñas sobre mi mano. La puntilla me la dieron los ladrones de lo que me pertenecía, madre e hijo; el abogado traidor, los encargados de la justicia perezosa. Pequeño es mi amor y le ahogan la desconfianza y el egoísmo fundidos en un solo comportamiento que se alimenta y respira por sí mismo y para sí.

Un desierto de escrúpulos se tiende a mi paso, mas confío en su próximo término. No tardará en llegar Alberto, abrirá con su llave y me

prestará la imprescindible ayuda. Tendré que guardar cama, seguro; el doctor lo ordenará por mor de cuidar el contraído enfriamiento, el entumecimiento de los músculos, la falta del correcto riego sanguíneo. Alberto vendrá y esta postración dará paso al lento caminar de mis pies cansados, viajeros sin manifiesto destino. Vendrá y traerá la alegría. Vendrá y me hablará de sus cosas, más yo llevaré el interés de la charla hasta su abuela; le preguntaré por la salud de la anciana y le haré minucioso relato de los aspectos que él desconoce. Estuve en la boda de Agripina con aquel mozo honrado que fue el escribiente de su padre. Su aspecto, vestida con arreglo a la moda de entonces, está recogido en las fotos y no es necesario rescatarlo de la memoria infiel. Conozco -y de eso no hay fotos posibles- las dudas que sitiaban a su corazón, encogiéndolo. Ayudaba yo a vestirla y ella estaba ausente, como quien tiene su pensamiento en otros asuntos de mayor substancia. Para una novia que en una o dos horas se convertirá en esposa, no ha de haber, entendía mi razón, otro propósito de más envergadura; luego se trata de eso, me dije, de que no las tiene todas consigo y algún temor la impide estar a lo que corresponde en presente. Pedí que nos dejaran solas y vertiendo lágrimas que ni ella sabía donde hallar su raíz, me confesó que llegado el instante esperado, ni el hombre ni el matrimonio mismo le parecían convenientes a su complejo carácter. No había ido en las efusiones con el novio más allá de besos y caricias superficiales, y no se creía dispuesta a llegar a mayores sin el transcurrir prolongado del tiempo. Por otra parte, no deseaba renunciar en modo alguno a su función en el grupo literario ni a su intelectual quehacer. Temía, y la aprensión ocupaba su íntegro pensar, su discurrir absoluto. Prometí traer un compromiso del enamorado que zanjara ambas cuestiones, y en media hora estaba de vuelta con la palabra firme de quien no tenía otra. Recobró la sonrisa el rostro de mi amiga, y durante la ceremonia y el posterior convite, fue una novia que iba y venía disponiéndolo todo, atenta, juiciosa, y feliz de haber dado el paso.

Pero no, no será este secreto el que llegue a los oídos de Alberto desde mi boca; sea su abuela quien se lo cuente si quiere. Dibujaré en su lugar la impresión que yo recibí aquella tarde de invierno sombría, en que asistimos juntas a la recepción de un premio otorgado a ella, la penetrante escritora. Era ya de noche aunque no pasaba la hora de las seis de la tarde, y las frías gotas que mojaban nuestros rostros llevaban nieve en su interior. Buscando guarecernos de la desapacible intemperie, y para hacer tiempo hasta el comienzo del acto, visitamos una iglesia que abría sus puertas a mujeres de luto. Recogida en un viejo caserón bien conservado contemplamos una exposición de pintura; la integraban los cuadros que la selección de expertos produjo en el correspondiente certamen. Conocimos a los pintores y hablamos con algunos de ellos -imitadores de la belleza ideal- entrando en su mundo de búsquedas y hallazgos, en su disputada persecución del reconocimiento. En un salón mediado de asistentes, tuvo inicio la entrega de recompensas con la relativa a narraciones cortas, y Agripina hubo de explicar su trabajo. El relato premiado expresaba por boca de un preso inocente, la imposible defensa de los atormentados a quienes todas las apariencias señalan como autores de crímenes ajenos a sus actos. En aquella sociedad sin fisuras, carente de garantías legales, se producían errores que llevaban a presidio a personas sin nombre, y condenados de antemano, incapacitados para pagarse una defensa eficaz, no lograban alcanzar la exculpación. Aceptó mi amiga la placa que la acreditaba como ganadora del premio, y entregó la dotación dineraria -varios miles de duros- a una sociedad filantrópica. Invitadas personalmente por el secretario de los organizadores, permanecimos un buen rato charlando con todos y tomando el tentempié que habían preparado. Qué satisfecha me sentí de Agripina, cuánto se envanecía mi orgullo cada vez que me presentaba a uno de los personajes más destacados -concejales, alcalde, miembros del jurado- como su mejor amiga. No quedaba en la simple amistad nuestra relación, no; había pasado a mayores en ocasiones distantes, restringidas, pero capaces de

aferrarse con uñas y dientes a la memoria. En boca de Agripina, en su propio deseo, ante todos los presentes ocupaba yo la cabeza en el desfile de amistades convertida en la primera de todas, la mejor; de modo que su triunfo me alcanzaba plenamente y me convertía también en vencedora. Supe apostar ya desde el colegio por quien tenía potencias ocultas, fui capaz de descubrir la flor en el muladar, la gema en el barro. Tal sentimiento, lindante con el egoísmo o metido de lleno en él -nacido precisamente en aquella ceremonia- limitó, en mi caso, la devoción; introdujo un elemento nuevo que relegaba al cariño a un plano más deprimido, el que ocupan las relaciones interesadas, aquellas que buscan o encuentran compensación y equilibrio. Es posible que en aquel acto mínimo quedara sepultado el amor generoso que por ella sentía; seguramente fuera allí, salón de actos, despachos y pasillo en que el aplauso y las palmadas en la espalda venían a pagar a Agripina sus desvelos por la escritura, gratificándome de paso a mí la compañía entregada en los momentos difíciles, cuando ella era una niña abandonada buscando mi regazo y mis alas abiertas para cobijarse, pajarillo carente de un cálido nido. Porque murió, en una medida que no alcanzo a precisar, la primitiva afición, la que estaba siempre alerta, indagando necesidades y deseos para satisfacerlos; la que estaba dispuesta a compartir migajas, a unir fuerzas insuficientes y a darse siempre sin condiciones, antepuesta a lo más sagrado: el cumplimiento de los divinos mandatos que obligan a rechazar el placer ilegítimo, o la promesa hecha por mí al Creador.

A la señorita Salus le hubiera costado lo indecible llevar una vida monacal. Estuvo diez días compartiendo celda con su amiga Agripina, en una hospedería que formaba parte de un convento. Iban a ser quince, pero a los diez claudicó. Las madres Cistercienses de Calatrava, en penuria económica, han abierto al exterior esta puerta de ingresos. Como escasean las vocaciones y el cenobio es grande, tienen cábida en él las personas desasosegadas que buscan sosiego. Han de hacer, eso sí, una jornada de monjas que comienza en maitines, y transcurre despacio, interrumpida por rezos que llevan los nombres de las propias horas a las que corresponden, para terminar con la oración que culmina la cena, una colación frugal de sopa de verduras y dos lonchas de queso, que por carecer de grosor casi son transparentes. Silencio, contemplación y plegaria; las personas que llegan buscando momentos proclives a la reflexión, allí caben. Fueron la señorita Salus y su amiga Agripina a unir sus soledades tras una separación muy larga, y Agripina supo que la señorita Salus no estaba preparada para llevar una vida de mortificación y sacrificio: introdujo de matute alimentos de refuerzo y hablaba a escondidas.

Fue breve la enfermedad de Sinda, tres meses escasos desde que dio la cara. Por fortuna sucedió durante una temporada de aquellas en que las hermanas estaban juntas. De esa manera Salus pudo asistirle con delicada aplicación, poniendo en el empeño toda su capacidad de socorro, paciente entrega a la desvalida. Otra ventaja añadió la coincidencia entre la fraternal concordia y la indisposición de Sinda: puso en evidencia el peligro al que estaba expuesta, frenó la acción de los ladrones de voluntades, y Salus pudo poner coto a las fechorías que tramaban confiados; manteniendo a los arteros, madre e hijo, con su sola presencia, firmes y distantes. Por ello, cuando todo hubo concluido y nada reclamaba atención, sintió ella la tranquilidad de espíritu de quien ha ido en su deber más allá de lo obligado.

Prepara la señorita Salus un viaje largo, doce horas de avión hasta Argentina, estuario del río de la Plata, vasta ciudad de Buenos Aires. En tan

remota región vive su hermano, menor que ella, casado sin haber conseguido la deseada descendencia que lo herede. Un fervor entrañable es la fuerza que la anima, y sueña día sí día no con ver a Aproniano antes de expirar; como si con ello diera cumplimiento a un ancestral mandato, la obligación adquirida con la señora Beremunda, que en el lecho de muerte le pidió vigilancia y cuidados de madre. Ver al hermano, conocer la realidad de su estado de salud, calibrar el alcance de la enfermedad cardíaca, valorar su situación económica, y después regresar y, mansamente, como ola en la playa, morir. Caminará un trecho por la calle Corrientes, verá el puerto y el Teatro Colón, recorrerá en coche la interminable calle Rivadavia, y se interesará por los gauchos templados. Peregrinará al santuario popular de la Plaza de Mayo y rezará -pegada a la Pirámide de la Libertad, frente al Palacio del Gobierno, la célebre Casa Rosada- un día de concentración; rodeada de madres dolientes, de valientes mujeres; rogará al Ser Supremo que en lo sucesivo no existan seres elevados sobre los cadáveres de los discrepantes, de los que piensan y actúan de modo distinto. Iniciará amistad con la cuñada a la que ha visto en fotos y, acompañada de ella, se presentará en las zapaterías para evaluar la marcha de las cuatro tiendas, y deducir la conveniencia de hacer una manda a Aproniano en el testamento. Entregará buenas horas a la charla con el niño mimado a quien nadie puso cortapisas; tratará de rememorar otros tiempos con el joven aquel que llevaba en la cartera un billete grande cuando iba a las fiestas, al que ningún otro había de hacer de menos por expreso deseo del padre. Se fundirá con el hombre que día a día se fue haciendo viejo, tan alejado de ella, tan alejado de las propias raíces, o simplemente, tan alejado. Serán horas de hermano y hermana, ellos dos solos, sin extraños que interfieran recuerdos, apartando por un momento a la esposa. Periplo debido a la conciencia, deseado, soñado; viaje íntimo adeudado a la madre, que expresando su voluntad última le pidió atención permanente. Trayectoria, en suma, a través de los mares, de los peligros ciertos, que su responsabilidad le exige imprescindible antes de morir.

La señorita Salus sueña desde hace diez años con una cumplida peregrinación a Tierra Santa, por eso acumula libritos de divulgación e historias auténticas, vividas y escritas por alguien que fue, vio, y vino entusiasmado; relatos contados por personas piadosas que sacaron provecho del viaje. Ella, que es tan religiosa, piensa, “ver Belén y morir, entrar en Jerusalén y morir, cruzar el río Jordán y morir.” Pero no es la muerte sino la Vida lo que busca en la tierra de Jesús. Morirá a los asuntos del mundo y nacerá al Amor, viendo lo mucho de interés que yace diseminado por toda la geografía árida. Dará un adiós definitivo a la tibieza, se rendirá al Señor sin condiciones. Podría llegar más allá, iniciando, libre de ataduras, los difíciles caminos de la mística, y entrar en íntima unión con Jesús, amoroso de su alma rehabilitada. Tiene presente ejemplos de mujeres que partiendo de una vida sencilla, por algún suceso insólito, tocadas de la divina gracia, hicieron deliberada renuncia del barro y, viviendo desde aquel instante supremo en el orden de los espíritus puros, alcanzaron la santidad. Ese viaje podría ser la piedra de toque, el catalizador necesario.

Visitará en Belén la Iglesia de la Natividad, la Gruta de la Leche y el Campo de los Pastores; en Jerusalén, El Santo Sepulcro, La Vía Dolorosa, el huerto de Getsemaní, la Tumba de María, el Cenáculo, la Iglesia de la Dormición. Luego irá a Samaria, a Nazaret y al lago Tiberiades, el llamado Mar de Galilea; caminará paso a paso hasta que los pies se la enlanguen. Se sueña peregrina a lomos de un burro, cruzando países bárbaros que atacan a la expedición, y se alegra de ser degollada, de recibir el martirio por causa de su fe. Pero en cuanto puede lleva la onírica aventura por derroteros tranquilos, y se arrodilla, por fin, en el desierto de Judea, dispuesta a someterse a un ayuno purificador que le permita, inocente como un niño, entrar en la Tierra Prometida. Habrá de renunciar, para ello, a las pompas de las ciudades, a su boato, a las enormes diferencias consolidadas entre pobres y ricos; y recorrer esos lugares que tienen nombres de la Historia Sagrada, de los Santos Evangelios, donde es tan fácil alcanzar el último

estadio de la virtud. Pasará de puntillas, a la manera de quien pisa sobre encendidas ascuas, por ciudades como Corazain, Betsaida y Cafarnaún, que no reaccionaron del modo debido a los prodigios obrados en ellas, pues basta caminar los senderos detrás del Señor, oír las Parábolas y poner en práctica sus enseñanzas, para situarse a la diestra del Padre; ejemplo dado por Tiro, Sidón, Naím, Jericó, en las cuales se detendrá más tiempo. Un año de estos la parroquia preparará ese viaje, y ella se apuntará la primera. Volará durante cinco horas a once kilómetros de altura, en compañía de otros cien ancianos pero sola con sus pensamientos, y suavemente se posará en el aeropuerto Ben Gurión. A la higuera estéril de la parábola verá ofrecer un fruto sabroso después de abonada; enriquecido de fronda verá al árbol de la mostaza que no hace tanto fue semilla minúscula; a la hija dormida de Jairo verá, a los mercaderes arrojados del templo. Para recorrer la Betania, donde la fe de las hermanas resucitó a Lázaro cuando ya hedía, descalzará los pies, culpables del torcido itinerario de su larga existencia. Tocaré el vuelo de la túnica de aquellos tullidos curados por la fe puesta en Cristo, que dejaron los apoyos para correr –según fuera el natural de cada uno- a ocuparse de sus asuntos más urgentes, o a dar gracias al Salvador por el milagroso alivio. Bajaré al Mar Muerto, el verdadero suelo del mundo, muy por debajo del nivel de nuestro mar Mediterráneo -trescientos noventa y cuatro metros más hondo, dice el fascículo- y subirá, a continuación, a Matsada, sobre cuyas ruinas le contarán el desenlace fatal del asedio romano, la sutil argucia encontrada para que el suicidio no lo pareciera, salvo en el último caso. Rezaré ante el Santo Sepulcro después de haberlo hecho frente a la estrella que marca el sitio exacto del nacimiento de Cristo; los dos puntos terrenos que fueron claves de una vida dedicada a los demás, ejemplo para el género humano, y su propia salvación.

La hora de la verdad la encontrará sentada en la ladera del valle de Josafat, muy cerca del Padre Eterno, esperando que suceda el final previamente anunciado por las trompetas turbadoras. Imagina el momento y

es, en su mente, una tormenta de gran aparato que sobrecoge al género humano allí reunido: pobres y ricos, armónicos y desajustados, de rostro hendido por cien cicatrices o límpidas mejillas, los que hablan con fluidez y los torpes de palabra. La negrura del firmamento amenaza con tinieblas indisolubles, pero cruzan la bóveda luminosos relámpagos que van de una estrella a otra estrella en un terrible enfrentamiento universal, combate previo a la calma beatífica y resplandeciente que convertirá la noche eterna en día sin fin. En ese instante magnífico los quejidos de arrepentimiento salen de todas las gargantas agrandados por el valle en un eco irrepetible, rumor alzado hasta el séptimo cielo donde el trono de Dios dispersa unas palabras de consuelo, acariciadoras y tibias como la manera de ser perseguida por la señorita Salus desde que tiene clara conciencia de su comportamiento. Callan los truenos que siguen a cada rayo destructor, y una trompetería que viene de todos los confines anuncia al Verbo. Otra vez el Verbo parece estar solo como al principio de los tiempos, y se concreta en el aviso del llanto y del crujir de dientes: “¡Ay! de los malvados que no tuvieron arrepentimiento, ¡ay! de los sordos que no quisieron escuchar, ¡ay! de los tibios”. El eco del desfiladero retumba esa admonición por encima de todos los horizontes, corriendo con la presteza de la claridad hasta diluirse en callada medida a los bordes mismos del infinito. Salus se arrepiente de su conducta templada, equidistante de la virtud y el pecado, y espera que le sea revelado el verdadero camino para recorrer por él los últimos metros. Quiere abandonar la intuición allí mismo, y seguir las exigencias marcadas en las tablas de la ley, mandatos que el propio dedo del Dios que la va a juzgar escribió sobre piedra, para que los dotados de ojos los leyeran, y los que tuvieran voluntad los pusieran en práctica, sirviendo de ejemplo a los demás. Se sobrecogen los espíritus dentro de los cuerpos, la luz va ganando la partida a las tinieblas, y el Eterno aparece sobre una nube de mármol -Padre, Hijo y Espíritu Santo- transparente como el cristal de los arroyos, ligeramente azulado como el hielo frío de las montañas y de los glaciares. En ese lapso que es ínfimo y a la vez

inacabable, pues el cuerpo no pesa ni padece, la Trinidad Una, con voz sonora que alcanza el círculo final y regresa, se manifiesta unificando pasado, presente y futuro, lo que se halla cerca y lo imaginado lejos, lo de arriba y lo de abajo. Lo hace en una lengua que todos entienden porque es la misma que los padres emplean con sus hijos, el habla de los amantes, de las personas unidas por la afinidad; se trata del idioma universal y eterno llamado Amor, que por vez primera se pronuncia en su prístina esencia. El Dios Uno y Trino se dirige a las personas de todas las edades y naciones, de aquí y de allá, sin distinguos, en ese lenguaje que todos quisieran haber dominado en sus relaciones, porque ablanda la pétrea corteza que los faltos de corazón presentan, y torna transparentes las valvas de los apocados ocultos en su propia concha. En tono apacible pronuncia la Divinidad unas recias palabras, y sabe Salus por ellas que todos están perdonados y se clausuran, para siempre, no sólo el Purgatorio, cuyo término cabía esperarse, sino el Infierno con todos los suplicios ideados por las mentes perversas. De modo que millones de almas en ellos recluidas: apóstatas, herejes, cismáticas, disidentes, rebeldes, insurrectas, y las amotinadas contra las rígidas normas de la comunidad, abandonan su reclusión y tomando un sendero alfombrado de florecillas descienden a un valle fértil que resulta ser el Paraíso. A la señorita Salus le hubiera gustado que la amnistía estableciera excepciones, y de no ser posible, grados; ciertos escalones que diferenciaron a los que se esforzaron como ella, viviendo entre cilicios y renunciaciones; y los que estrujaron la ubre de la vida, gozando a su antojo, valorando en poco el momento siguiente, como Gumersinda; o aquellos, aún más infames, que sorbieron con delectación el cáliz de las pasiones, desde las primeras gotas hasta las heces impuras, tal como les fue ofrecido por los enemigos del alma: el demonio, el mundo y la carne. Nada ha dicho el Eterno sobre la perversidad de Paly, sobre sus conquistadores malvados, sobre el abogado que fue dando largas a su pleito mientras pedía dinero, sobre el sobrino que quiso de ella lo accesorio después de dilapidar lo de Paz obtenido. Nada ha dicho sobre el

señor Baldomero, propietario de sus hijos y de la sometida esposa, al igual que de las cincuenta y tres ovejas y de las sesenta fanegas de tierra. No menciona, y sin embargo lo sabe, lo ocurrido en su habitación de Salamanca cuando a los catorce años se cambiaba de ropa y entró su tío Dimas. La ilusión descubierta un mes antes en su pecho adolescente, el amor recién inventado a partir de unos aleteos muy suaves, un piar dulcísimo, un trajinar de abejas en busca de polen; y de un desasosiego que se torna por momentos quietud para luego abrirse a la sensación contraria, una inquietud que agujerea el corazón o lo inflama; el amor, tan viejo y tan nuevo como el mundo, día a día renovado, brotes verdes renacidos de las hojas secas, el amor recién descubierto en su voluntad ilusionada, acogido con temor y esperanza, se rompió como un jarrón de porcelana preciosa en el choque brutal con los hechos ciertos, con la realidad verdadera. El Supremo Juez conoce este episodio, por eso el valle del Juicio Final le da miedo, y cree no tener valor suficiente para visitarlo, cuando por fin sea un hecho su peregrinación a Tierra Santa.

b) *Declaración de José María Pérez González respecto a sus vínculos con Gumersinda. El interpelado aseguró:*

** Ser cierto que Gumersinda le vendió la nuda propiedad de la casa de Coslada en tres millones de pesetas, reservándose ella el usufructo.*

** Que Gumersinda pedía al declarante la acogida de Mampálica en su casa de Toledo, y le ofreció la venta del piso a modo de compensación.*

** Acerca del otorgamiento testamentario de Gumersinda a su nombre y al de su madre, que la interesada insistió sobre el asunto hasta que ellos aceptaron, ya que tanto ella como su hermana tenían motivos sobrados de agradecimiento y cariño, y ellos no querían disgustarlas.*

** Que por el inmueble de Coslada él no había pagado dinero alguno en ningún concepto.*

** Que Gumersinda le nombró heredero porque deseaba ver a su hermana Mampálica bien atendida y manifestaba, con frecuencia, que no habiendo tenido hijos por ser célibe, le consideraba a él como tal.*

En relación con la cuestión del pago desproporcionado a los servicios: que le pareció estar bien pagado con todo lo recibido y lo que recibiría a la muerte, pero sin creerlo excesivo pues el celo era el preciso y su dedicación exhaustiva. Pensaba, de todo corazón, que el afecto profesado no puede ser pagado con dinero, y él puso todo su cariño en el cuidado. No pensó, al recibir las propiedades y mandas, en que perjudicara a nadie, ya que ellas no causaban inquietud a los familiares, y éstos no se interesaron por las enfermas en ningún momento; ni el hermano de Argentina, ni el sobrino de Burgos. Únicamente Salus preguntaba, pero movida por el egoísmo, envidiosa de los frecuentes regalos, disgustada por haber sido desplazada del trato y del testamento.

La realidad cambiante quedó anclada a la geografía; la película, desgastados sus engarces de la orilla, se hizo foto inmóvil. El mundo, tan vasto que la bola que lo representa ha de ser girada sucesivas veces con el dedo, para que muestre todas las facetas de sus múltiples caras, se hizo pequeño de repente. El globo terráqueo, habitado por seis mil millones de seres humanos incógnitos, al comienzo del verano se convirtió, de la tarde a la noche, en un espacio reducido. Las tierras rugosas y los extendidos mares encogieron.

Setenta personas mayores -de una edad cercana a los ochenta- colonizaban veintitantas alcobas, cinco o seis pasillos y la sala de estar completa de divanes: ni uno más hallaría acomodo sin perder el conjunto su armonía. Era alta la densidad de población y no se hallaba soledad aun persiguiéndola; paraje desprovisto de desiertos y zonas despobladas. Olvidos, afanes, prevenciones, eran islas unos y otros residentes; por los cuatro costados limitaban con la falsa protección de los recelos, librando sorda lucha que al anochecer era cruenta: burbujas, pompas de jabón y globos cautivos. De prisión tenía la casa un exceso visible: altas paredes, férreo enrejado.

Por fortuna Agripina descubrió entre nubes, en diez minutos de búsqueda insistente, un patio donde dos gatos dormitaban, un pequeño jardín acogedor de tres árboles frutales, hierba verde rodeando una roca de las que admiten musgo, y el agua de un estanque, habitada por seis peces rojos, tres negros y una tortuga cóncava que agitaba las patas. A ambos lados de un corredor central abierto en dos ventanales enfrentados, se transformaba en paisaje una muestra cautiva del campo. Representantes elegidos de los tres reinos se reunían allí en parlamento, bajo un cielo azul que evidenciaba su existencia como prueba irrefutable para los descreídos.

Enajenadas las diversas dependencias que hasta entonces sirvieron al comercio ejercido en su pueblo -cuadras, cobertizos, salas de cardado y la vivienda- para saldar las deudas acumuladas y comprar el piso de Valladolid;

vendido éste más tarde a instancias de la necesidad con su contenido íntegro -muebles de noble estilo, autores ordenados de la A hasta la Z: las grandes epopeyas antiguas, el pensamiento griego, el saber latino, los clásicos españoles, franceses, rusos, alemanes; los modernos americanos, y sus influencias- perdida sin remedio su rica biblioteca, y alejada por la carencia de vista de los libros; procedente de la funesta enfermedad que la dejó sin esperanza -células óseas que van degenerando, plaquetas perdidas que no se reproducen- llegó Agripina a aquel archipiélago tras una larga temporada en hospitales. Después de treinta meses acercándosele a la naturaleza por la espalda, estimulada por una monja santa que ella en sus adentros llama sor Dolores, recobró con la alegría la esperanza, con la esperanza las ganas de vivir y, con las ganas de vivir, la vida.

Cuando murió el esposo -una caída sin fortuna desde lo alto de la camioneta, encaramado a las sacas de lana- y su corazón quedó a merced del viento y de la escarcha, se le resintieron los huesos aflorando dolencias ocultas. Ahora la salud está casi completa, mas si alguna deficiencia hemos de anotar, quizá se deba hablar de las cataratas, que aumentan de grosor y van cegando. La operación será cosa de tiempo, ya le han dicho en la Seguridad Social: probablemente un año; hay otros esperando y no es ninguna urgencia. Los médicos aseguran que la cirugía avanza considerablemente en este campo. De hecho, en las clínicas privadas la intervención es inmediata y emplean, además, métodos tan modernos como el rayo láser, que reduce el riesgo y el suplicio.

Las novedades le asustan, se defiende, no quiere prestarse a experimentos; si los que entienden se equivocan o la técnica encuentra variaciones no previstas, son sus ojos los que sufren. Eso dice, pero en verdad sucede que en su interior más recóndito domina un sentido heredado del ahorro, de evitar el despilfarro: luz que no se necesita, escasa agua del grifo, comida sobrante que origina nuevos platos, ropa remendada que pasa a los hermanos más pequeños. Resulta que el administrativo con quien

matrimonio no entendía el negocio de las lanas como el suegro, o eran los tiempos muy otros, menos propicios; el caso es que sacaban lo justo para ir tirando. Muerto el esposo las dificultades se unieron frente a ella, y es sabido que del cuento, de los poemas, no se vive. Volcada invariablemente en los hijos, le parece que tomar sus ahorros es, en cierto modo, resarcirse. Al fin y al cabo, a su crecida edad, pocos sueños se materializan reclamando miradas.

Como tiene horas de sobra y le vienen grandes los días -mangas que los brazos no llenan, vuelo del vestido que barre las baldosas- a veces, sin hacer especial énfasis, busca mentalmente a las reiteradas respuestas su pregunta acertada. Convencida está de que sus actos no justifican su existencia; no viene su sendero de sitio alguno de interés, ni va a ningún punto cardinal. La vida le tuvo sumida en desconcierto, y a estas alturas aún no comprende quien azuza su paso. Desde el balcón, adornado de geranios, ha visto desfilas a un siglo casi entero; precioso uniforme viste y porta un estandarte cuyo simbolismo ignora. Sus manos vacías presentan los dedos separados; por las aberturas debió de deslizarse la arena. Tras honda reflexión formula dos cuestiones: "¿En qué consiste exactamente el encargo que me hicieron?, ¿de cuántos caudales dispuse para llevarlo a cabo?" Rematan su meditación incursiones por terrenos fronterizos, y una melancolía, semejante a la lluvia menuda, va empapando su ropa. Fingió, inventó, dio vida a personajes -literarios, eso sí- que sin ella no hubieran mostrado su decir encallecido por la experiencia. Pequeños resultan a su juicio el recuento y los hallazgos. Acaso aparezcan omisiones volviendo otra vez desde el principio. Nuevo ensayo; y el olvido de un hecho o la confusión de la realidad con la simple aspiración -ambición reiterada de minúsculas conquistas- disminuyen la suma y, en consecuencia, el mérito. ¡Qué memoria!, a poco pasa por alto la actividad más ejercida: fue madre; de los días hizo sala de espera, portal que cuelga ilusión en las paredes, cauce del interminable río. Los restantes hechos, si los hubo, se difuminan en la niebla;

imagen vaga sin identidad posible, sin certeza de su existencia limitada. Vivió carente de un esconce donde agonizara la duda, de un recodo hostil a la sospecha; y asegura haber aprendido, finalmente, la lección: larga lista de artículos tomados de ajenos reglamentos; pues tras una prolongada resistencia, terminó por observar sumisa su dictado como si fueran propios o buscaran su beneficio. Secante veteado de tinta reseca, se encuentra culpable, precisamente, del acatamiento de la realidad sin condiciones, de su rendición última.

Isaac, víctima dispuesta a sabiendas, camino del monte Moriah acompaña a su amado padre hasta el altar. Intuye la voluntad de Yavé, la de su fiel servidor y disculpa ambas. Considera al destino inevitable y se perdona a sí mismo la actitud pasiva, la subordinación a otras voluntades. Isaac, las piernas cercenadas, un tronco en una silla de ruedas, maneja su cuerpo con soltura sirviéndose del necesario concurso de sus fuertes brazos, de sus hábiles manos, de sus sensibles dedos, de su cabeza serena. Sonríe Isaac, subido en su arrogante pequeñez, a la existencia misma, que sin él saber la causa frunce el ceño cuando se encuentran.

Matías, que hubo de ser buen mozo en la agitada juventud, incansable bailarín seguidor impertérrito de fiestas -si se ha de tomar por buena la diversa relación de sus andanzas- lleva con parsimonia el cuerpo encorvado sobre la movediza agarradera, mecánico andador, entre reiterados lamentos y rebuscadas maldiciones. Su envalentonada presencia conmueve, pero en el fondo es frágil; los agresivos bigotes ocultan un carácter sensible.

Elisa, abandonada, no recibe visitas ni tiene quien pague sus facturas. Los lirios del campo no tejen, y aceptan de la Providencia vigilante las vestimentas mas bellas. Las avecillas que trenzan sus nidos al remanso de gélidos fríos y garras afiladas, no siembran y disponen de la cosecha necesaria para alimentarse. Sus parientes vendieron la casa que les dejó en herencia prematura, y emigraron a la ingratitud, a la insensibilidad y al egoísmo.

La ropa tarda tres semanas en ser comunitaria. ¿Quién sabe después de los lavados distinguirla?, ¿quién lleva el difícil control de la propiedad originaria si los dueños son desmemoriados? Y más aún, ¿qué hemos de hacer -se preguntan las chicas- cuando alguien necesita camisa limpia, carece de reserva, y no se puede cerrar el armario vecino rebosante de prendas nunca usadas? Mientras duren las vitaminas ya adquiridas, que la Seguridad Social dejó de recetar sin pago, serán fondo común.

Tomás, caminante detrás de las perdices, arrastra sus pies, pasajeros en grandes zapatones, por los pasillos cien veces recorridos. Habitual devorador de galletas tostadas, hoy come mandarinas; las pela a mordiscos incompletos y arroja las cáscaras, buscando que no estorben, a los rincones menos transitados. A su esposa se la llevó, hace años, la invisible cuchillada que una desagradecida nuera abrió y reabría al negarle la visita del nieto más pequeño, hijo de su hijo; y Tomás aún busca a la esposa por los intrincados corredores de la vivienda.

Sea una hora u otra, pronto o tarde, Jacinto pregunta, porque en verdad lo desconoce, el nombre del pueblo en que se encuentra. Al oír la respuesta, invariablemente se levanta y hace ademán de colocar un morral sobre sus hombros, dirigiéndose después hacia la puerta con intención de irse. Recuerda que quedó con un sobrino a la entrada de la iglesia en la misa de las once. Diez veces al día repite la misma ceremonia.

Fermín, Agapito y Roque buscan un voluntario para jugar al tute. José está enfermo y ha descabalado las parejas. Se enfrentan de palabra defendiendo a sus pueblos respectivos y no pueden separarse. Cantar las cuarenta, veinte en bastos o juntar tute de reyes, son triunfos que atribuyen a Villamediana, Esguevillas, Puras o Carbonero el Mayor, territorios de sus hazañas memorables libradas siendo quintos.

Desde hace más de medio siglo Consuelo y León son matrimonio. Eran novios precoces cuando la quinta del biberón fue llamada a filas, ya iniciada la guerra. Durante siete años perteneció él al ejército y, en ese

tiempo, los jóvenes se vieron en contadas ocasiones. Licenciado León, contrajeron matrimonio y prometieron a la Virgen -cuyo nombre tomaron los padres para ella- no volver a separarse. Los hijos les ayudan en el pago de la mensualidad y, juntos, tienen la sensación de no haber levantado la casa.

Arsenia escribe poemas apoyando el cuaderno en la mesa de la esquina; tacha, rectifica, pasa a limpio, recita en voz alta, y cuando se considera preparada se dirige a los demás. Declama sus versos sentidos con son monocorde, pero pinta paisajes idílicos poblados por personas felices, de modo que no le falta quien preste atención. Hasta tiene una alumna que quiere aprender a versificar como ella, y le pide un apoyo imposible porque Arsenia no sabe enseñar.

-Hay dos auxiliares de baja, una se ha despedido y han venido seis viejos más; los fines de semana son agotadores. -Contesta Candelas sin intención de queja, cuando abre la puerta y le preguntan por la marcha de las cosas, ignorante de que ha dado a su respuesta una extensión inesperada.

-Consortia, te lo advierto por última vez: Si sigues desnudándote no te volveré a vestir. -Amenaza la directora poniendo orden en la blusa y la chaqueta de la mujer de luto, delgada y triste, que va dejando sus prendas colgadas de todos los salientes.

La expresión pausada de una nueva, su bisoñez denuncia.

-Por favor, señorita, déjeme la llave, pues mis hijos no saben donde estoy y sufrirán preocupación.

-Eloisa, te lo he dicho en siete ocasiones lo menos: han sido tus hijos, los tres, quienes te trajeron; y si no vienen a verte será por un motivo difícil de cambiar.

Al iniciar la visita, uno cualquiera de los sábados, presenta Agripina su propuesta:

-Hijo, quiero irme contigo; aquí estoy a disgusto, no me hago con los compañeros, pierdo mucha vista y avanzo al superar los constantes tropezones.

Se esfuerza en su alegato el heredero, convencido de que no serán entendidas sus verdades:

--La vida de Madrid es dura; no guarda parecido con el discurrir de los días en el pueblo o en Valladolid. Ropa y alimento cuestan caros; Matilde trabaja, y el piso es muy reducido. No podemos, por más que lo queremos, hacernos cargo del cuidado especial que necesitas. --Hay en la expresión de su argumento trazas de amargura-. Recibes con asiduidad nuestras visitas: mis hermanos, mi hijo Alberto o yo mismo venimos todas las semanas; sabes bien que no nos detienen ni la lluvia ni el frío. Conscientes de que te falta el aire, salimos de la Residencia para ampliar tu espacio. En ejercicio favorable a tu memoria, hablamos de sucesos antiguos ocurridos en la añorada primavera, cuando caminabas feliz acompañando a nuestro padre, y celebrabas con él las travesuras de los hijos dóciles, el generoso beneficio de la lana recién vendida. Estamos en Bocigas, y encadenada a una estaca de hierro, en la pradera que rodea a la charca, vemos a una yegua piafar, relinchar, lanzar al aire coces; acompañada de un potrillo retozón. Descubrimos a los gansos persiguiendo libélulas, moscas y mosquitos, en abierta competencia con las ranas. A las inquietas golondrinas observamos volar sin descanso sobre nuestras cabezas; esperamos el paso del tropel de ovejas y corderos, ordenado por los perros en polvoriento rebaño acribillado de balidos; acompañamos con la vista a los tractores que recorren los caminos parpadeando luces amarillas. Contemplas con agrado la evolución de las palomas; tus ojos gastados las esperan mientras beben; con ellas picotean briznas de yerba, semillas, lombrices confiadas; y las escoltan, sobresaltados, cuando el menor indicio de peligro les incita a volar hacia la torre, donde anidan en buena vecindad con las cigüeñas.

Carente de una respuesta que abra nuevo cauce, calla la anciana; se sume en un mutismo que causa pesar en el noble corazón del hijo, convencida la buena mujer de que las circunstancias del mundo, una vez más, se ordenan en su contra.

Un mal día Agripina se descubre enferma: escalofríos la sacuden, un dolor anónimo punza su costado, tiene algo de fiebre, ya no come, está deshidratada. Agripina, que a primeros de año se pondrá en ochenta y uno, ha de ser ingresada en el hospital de Medina del Campo. Rodeada de aséptica blancura -techo y paredes- sufre el mordisco de la soledad triste y vacía, que en las noches de insomnio se hace insoportable. La cama contigua está habitada por la muerte. Observa el trajín de los doctores sumida en pensamientos tristes. Conoce que la muerte no es delgada; tiene carne pálida en los huesos, y una hija maestra que enseña a leer a los niños de Ataquines. El pensamiento la lleva en volandas cerca del principio, y si no llega al instante fatal del infortunio -trece meses contaba cuando el descuido de la cocinera propició el desdibujo del rostro- le permite al menos deslizarse hasta el preciso instante en que su madre muere, y la confía, a sus ocho años, al maternal cuidado de la abuela. Lágrimas derrama en los rincones y humedecen el embozo de la cama tibia. Voluntaria se presta a la lectura, y en las tardes quietas libera de los libros las historias en ellos recogidas; suma, escuchados a los labios de la anciana, los sucesos insólitos que ha vivido o le explicaron; y el mundo de Agripina se expande y engrandece. Mas en aras de su porvenir la internaron en el colegio de Medina del Campo. Ha debido hacer un redondel de su vida, piensa, para venir a dar al mismo sitio tras los años transcurridos. Llegó al pueblo grande, capital de la comarca, e ingresó en un colegio de monjas donde la felicidad -tan frágil- se rompió en mil añicos. Algunos fragmentos lograron reunir nuevamente la señorita Salus y ella, ayudadas por una hermana novicia; y con esa ventura recompuesta ha vivido hasta ahora. Los hijos, su nieto Alberto más que ninguno, continuadores de la estirpe, vienen a verla con frecuencia; los parientes de su edad se han ido quedando en los inviernos, y por cautela le ha ocultado su agonía. El silencio es callado ejecutor de la tortura, su acción deja secuelas, hay una herida que no recibe cicatriz y nada será igual en los meses venideros. Catorce días,

trece noches; ha contado las horas una a una, y a falta de papel y lápiz repasa la cuenta en la cabeza.

Le han dado el alta y retorna de nuevo a la rutina; la vida inapelable continúa y por ella los hechos se deslizan enlazados. Oye Agripina con una cierta complacencia los cotidianos sonos, y la tela de sus ojos, cada vez más turbia, le permite apreciar contornos conocidos. Rumores y cuchicheos se hacen tejido de una hablilla que va a más, ensanchando su alcance al pasar de bocas entrecerradas a oídos bien abiertos. La alarma hiere al penetrar en las mentes más sensibles; las otras rechazan el oleaje intermitente, y se acercan a la orilla persiguiendo la dulzura del engaño o del olvido. Agripina no interpreta con claridad, su mente se esfuerza pero lo hace en vano; ha de ser asunto de los hijos: a ellos las noticias inquietantes, a ellos la realidad arisca, a ellos los problemas.

Cierran la Casa según dicen las confidencias más advertidas; la tapian a cal y canto, ciegan sus puertas y ventanas, tapan sus chimeneas, herméticamente la clausuran, con esparadrapo sellan sus rendijas. Se desprende de las conversaciones que la dirección adeuda un pico considerable al dueño, y no paga cabalmente la renta prometida. Lo dicen las palabras cautas, lo repiten las voces carentes de circunspección, y un clamor se hace que angustia corazones.

-Hijo, entérate bien de lo que dicen; no vayan a tener fundamento los temores, y suceda que por no prestar oídos nos sorprendan los hechos.

-Recibí ayer una carta que confirma los murmullos; en ella nos dan una semana para buscarte otro acomodo. No mencionan las razones del cierre ni justifican la urgencia. El promotor asegura que es tan sólo una bravata. El dueño, rico hombre, posee agarraderas fuertes en las altas instancias; puede que algún funcionario amigo, siguiendo sus instrucciones, amenace a los familiares tratando de vaciar la casa de inquilinos molestos. No se atreverán a cerrar la residencia, carecen de motivos: el precio resulta adecuado para la generalidad de las familias, las chicas son de trato amable,

os bañan cada día, las habitaciones están limpias, hay servicio médico y alimentación bastante. No te debes atormentar con miedos infundados; las aguas volverán donde solían.

Ha debido de entretenerse Alberto, otros días llega más temprano; el metro quizá esté en huelga, o puede que hayan cortado, debido a un accidente, el tránsito por las vías. A intervalos se me va el pensamiento, la necesaria concentración de la mente; mi cabeza toma derroteros que yo no domino, y me cuesta un ímprobo esfuerzo traerla de nuevo y seguir el examen de conciencia iniciado, el recorrido sincero y último por los pecados capitales. Estoy en la abominable lujuria; aunque no lo parezca debido al disimulo, he sucumbido a su influjo y tengo pecado abundante en esa ladera pronunciada del instinto. Es en mí la sensualidad una pasión ya menos pujante, pues el decaer de la carne que el tiempo propicia, el ablandarse la piel como a manzana mustia, hace, sin mérito alguno, a la intención, más virtuosa. Reiterados estímulos sufrí que fueron repetidamente derrotados; caí en ocasiones y el doloroso remordimiento sentido pagó con creces el precio atribuido al deleite. El demonio no encontró este flanco desguarnecido, pues siendo propensa a la voluptuosidad opuse el cilicio y la disciplina, instrumentos de templanza que me mantuvieron las más de las veces erguida en mi intención e incólume, a salvo de la temida podredumbre. No hubo insano afán en mi afición por Agripina: besos y caricias recorrían los caminos trazados por dos almas gemelas habitantes de cuerpos mellizos. Fiestas y agasajos sensuales reforzaron nuestro espíritu debilitando la carne; y si la carne cedió lo hizo sin consciencia alguna de pecado. Carecieron de deseo carnal las relaciones con el sacerdote que dirigía mis pasos; era un amor sublimado, divino, llevado más allá de la pasión; era admiración, agradecimiento y necesidad de obtener soporte y guía. Su físico guardaba atractivo y exhibía un carácter enérgico; me gustaba, no voy a negarlo, pero él jamás se dio cuenta. Me entregué a él, pero sólo en espíritu, muy lejos estaba la concupiscencia; y si hubo tentación, que puede que la hubiera, se impuso en el instante el rechazo. Acaso le convertí en mi dios terrenal, mi juez en el mundo, y lo elevé tan alto que algo de idolatría había en mi manera de mirarlo, subido al pedestal que yo construí con mi ciega mirada. Hubo

voluptuosidad, pero me opuse a tiempo, cuando a los catorce años, mi tío Dimas entró en la habitación donde me mudaba de ropa y descubrió mis intimidades; no hubo deleite en el contacto suave de su mano sobre mi piel acompañando a la blusa. No hubo sensualidad y, sin embargo, salté como mordida por una culebra, corriendo medio desnuda hasta el cuarto oscuro de los trastos viejos. No hubo, y puso al dolor en la memoria, haciéndose remordimiento profundo en cada uno de mis recuentos de culpas; no hubo y lo confesé con desconocidos en iglesias distintas, convencida de que no me iba a ser perdonado. No merecía mi tío lugar de privilegio en mi corazón; no eran ciertas las virtudes con que yo lo vestía. Él no entraba a analizar el valor de las miradas, de las palabras suaves, el mensaje de las flores que traen la primavera; él no entendía el canto de los ruiseñores poblador de la efervescente cabeza de una muchacha recién llegada a los sueños. Hasta el cuarto oscuro de la ropa sucia, de los objetos caídos en desgracia, me siguió; y en él descubrí una forma de locura que yo desconocía. La actitud del hombre concreto, sus manos, su cuerpo, las palabras que contradecían a los ademanes, me presentaron un mundo adulto de hombres y mujeres que desdeñé para siempre. Agripina abrió para mí su refugio cuando las palabras ásperas me salían de dentro -detersivas, cauterizadoras- arrastrando inmundicia y cicatrizando momentáneamente la herida.

La gula no hizo mella en mí, apenas los dulces escasos que mi madre cocía en el horno del panadero: mantecadas, rosquillas; o el arroz con leche de los días de fiesta, en su punto de dureza y blandura, moreno de canela, ligeramente contaminado de un ácido saborcillo a limón. Agua clara fue mi bebida dominante, cuenco de las palmas dobladas, fuentecillas del campo, arroyuelos, vasos transparentes colmados del grifo situado en la cocina. Me gustaba el lechazo asado, el conejo puesto a dorar sobre brasas de encina, y unas lentejas estofadas que mi madre preparaba con esmero; un tembloroso flan de huevo moteado de agujeros oscuros, tentador bajo el deslizante caldo de azúcar fundido. Eso es todo lo que referido al pecado del estómago

recuerdo; en el presente hay un manjar que no es nada y, a mi pesar, me deleita: se trata de las aceitunas que aliñan en Camporreal; su sabor me incita a comprarlas y como no me hacen mal, una tras otra, las acabo en un periquete. Este mediodía que se escurre como anguila, intentando pasar desapercibido para que no me dé cuenta de la ausencia de Alberto, no ha de pertenecer al lunes de mi esperanza, ha de formar parte del bastardo nacido de un domingo pagano y un martes de carnaval, beodos y lascivos; en él no ha de llegar mi liberación, en él no pongo mi esperanza.

A qué viene mi intento de juicio, cuando sólo Vos, Señor, sabéis cabalmente de mí. A qué viene el examen de los actos, hijos de mi voluntad; el estudio de su intención última, de su culpabilidad o rectitud. A santo de qué el ejercicio si no es necesario porque ninguna luz añade a la Vuestra. Sé que os amo, y lo sé desde el interior profundo, desde la mirada cóncava que abarca mi alma y la escruta en cada uno de los recovecos. Sé que soy vuestra, Señor, y por esa razón conozco cuales de mis obras son dignas, no ya de la Divinidad que encarnáis, que sería vano intento, sueño fatuo, sino de la humanidad a la que pertenezco. Confío en la memoria que relata y recuenta las acciones, confío en el entendimiento que las califica, porque a ellas les fue encomendado por Vos potenciar mi espíritu.

Dando curso a estos pensamientos me dispongo a acomodar a mi mente en lecho de sábanas blancas, acunando con lentitud al cansancio como a un recién nacido, meciéndolo, dejando en su oído un arrullo liviano, un aterciopelado ronroneo, hasta lograr que mansamente se duerma.

Quisiera estar errada sobre el tiempo transcurrido durante mi somnolencia, pero no es así. He permanecido atolondrada un buen trecho. Taimado anochecer de lunes ha de ser el que encaro, vespertino crepúsculo que alarga sin motivo mi prisión, tendiéndome prolongados puentes de cuerda, bamboleantes pasarelas sobre el abismo. El frío, el hambre y la desesperanza me llevan al desconcierto. Es ya oscuro, y ni el teléfono ha insistido en su aviso, ni la vecina ha vuelto a llamar al timbre de la puerta

dispuesta a escuchar mis lamentos. Yo le hablé de una visita a Agripina que finalmente no hice, y ese comentario sin importancia habrá jugado en mi contra. Indudablemente me supone rindiendo culto al cariño; por lo que comprobada mi ausencia no repetirá sus llamadas. Me preocupa Alberto, algo le habrá impedido venir. A él, que es tan cumplidor, cualquier mal ha de tenerle aferrado. Una enfermedad de las que obligan a guardar cama y silencio: gripe con extrema afonía, una infección de garganta. Un percance en el coche por culpa de otro, pues es muy prudente. Una agresión en la calle para robarle lo suyo; se habrá opuesto y, siendo más los ladrones, le dejarían herido. Pero no voy a ponerme en lo malo, tengo que ser confiada. Tendría un examen, es posible, estamos en la época, pero es muy juicioso y me habría prevenido. No, ha de ser algo inesperado. Pienso que cualquiera de las llamadas, de las varias que me trajo el teléfono, sería la suya, de oportuna advertencia.

Convencida por primera vez de la ausencia de una compostura para mi encierro, cierta de que aquí todo concluye, he de seguir el minucioso análisis de lo acontecido en mi vida, larga vereda que bordea el mar, lisa, ininterrumpida y sinuosa. Entorno los ojos y percibo una luz diáfana, límpida, transparente. En el centro del haz descubro, pergeñado con sus propios destellos, un rostro familiar. Un semblante de varón que es de por sí luminoso, no iluminado; origen del resplandor, no receptor de la claridad; estrella que proporciona a los planetas la luz que reflejan. Posee una sonrisa amable y confortadora que anima a seguirle. Gasta una barba rubia como la miel y un pelo sedoso y brillante, impregnados de gotas de rocío, del aroma de las flores silvestres. Sus ojos me miran trayendo un esperanzado mensaje, y su boca me habla sin pronunciar voz alguna; hay en mí una disposición de inteligencia con él que ignoraba. Me torno gozosa porque identifico a Jesús en ese rostro sereno de Soberano Celeste. Me pide fe en el afán redentor de su Pasión, en la madre que intercede humilde ante su Divina Piedad, y en el premio reservado a los múltiples seguidores de la Cruz -entre los cuales me

encuentro- caminantes hasta la expiración del Gólgota. Abro los ojos y allí, donde estaba el rostro, percibo un halo resplandeciente que disminuye a ojos vistas, y ya es sólo un azulejo más claro que el resto. Me arroja una armonía interna, una tranquilidad cristalina y prosigo el recuento inmersa en ese ánimo, consciente de estar ya al pie de la octava estación, camino del Monte Calvario. Mentalmente me dirijo a mi Señor Jesucristo, Dios de bondad, Padre de misericordia, y me presento ante su Esencia con el corazón humillado y contrito para encomendarle mi última hora y lo que después de ella me espera. Pido a mi hermana Paz su mediación ante el Redentor, convencida de que habiendo llevado una existencia tan santa se encuentra en estos momentos en su compañía, gozando la eterna recompensa de la presencia del Padre.

A mi pesar la cólera se hizo conmigo, dominándome. Enfados acepté que se resolvieron difundiendo sopapos a niñas y niños de mi edad, reacciones que superaban con creces la violencia debida al estímulo. La cólera causó mis mayores movimientos, mis acciones más resueltas. Frente a mi sobrino interviene la cólera, frente a los embaucadores que durmieron el sentir natural de mis hermanas interviene la cólera, contra el daño recibido de Paly, contra el primer abogado y su sangría de dinero a cambio de nada. El rencor nace en mí una vez mitigada la ira; no diré que es odio pero guarda cierto parentesco y dura lo suyo. Furia, rabia y enojo dirigieron con insistencia mis actos, y una vez idos, un poso quedó de animadversión que me mueve a venganza.

Conocido su peligro, a la pereza dominé desde que tengo memoria. De ese pago soy dueña. Me levantaba de la cama en cuanto los ojos se abrían a la consciencia y el pensamiento tomaba derroteros resbaladizos, proclives a iniciar a los sentidos en la misteriosa danza de los siete velos; consumada la cual, tomaban de mí el cuidado y dirigían la acción a sus turbios intereses. Por defender mi voluntad del asedio a que le sometía la holganza, tomé la diligencia entre mis costumbres, exageré el trajín en

copiosas ocasiones, y la agitada vivacidad me causó desarreglos. La fiebre me pone a delirar y en este estado puede que equivoque mi arqueo, ignorando lo principal de mis faltas aunque atine en lo insignificante. No obstante, el tiempo apremia, y sumida en el penar y el titubeo he de seguir el inventario.

Falta contra Dios resulta ser, en este recuento, la tibieza sobre la que tanto mi confesor me previno; ausencia de una enérgica toma de bandera, indecisión. Serán también opuestos a la devoción debida al Padre, el disimulo de las convicciones, el aceptar y repetir las preces sin pensar, sin aceptar al completo su contenido. Por adversos a mis semejantes se han de tener muchos de mis actos, de mis disposiciones: fui indócil para quienes se ocuparon de mi educación, capaz de tratar con frialdad y desprecio a las personas que no se sometieron a mi capricho, negada para el afecto y la misericordia. Acaté la autoridad movida por el miedo, carente del convencimiento que me impulsara a seguir sus dictados. No sentí mío el bien común si no para tomarlo en propio beneficio. Enfrentada a mí y, por tanto, enemiga de Dios y del prójimo, se mostró la impaciencia; deseosa de llegar desde el instante mismo de la salida, acortando en fraude las fases intermedias de todos los procesos. Mi vanidad relegó a los demás a un plano accesorio, sin importarme la licitud de los medios empleados.

Uno a uno doy lectura mental a los mandamientos de Dios y a los de la Santa Madre Iglesia y, terminada la comparación entre lo que es y lo que debió ser mi vida, me arrepiento de todo corazón de mis debilidades, y exclamo: "Señor mío y Dios mío, que te ofendes con el pecado y te aplacas con la penitencia, he aquí una oveja descarriada que vuelve al redil; acéptala en tu Seno por toda la eternidad, pues su voluntad estuvo puesta a Vuestro servicio. Débil como la hiciste, renunció al mundo y sus deleites mentidos aceptando la dura brega de tus operarios. Señor, a Vos llega esta alma atormentada que recibió suplicio siguiéndooos en el camino del Calvario, reviviéndolo íntegro excepto en la tercera caída, innecesaria. Aceptadla,

Señor. Os lo suplico por mediación de vuestra Madre y del bienamado discípulo Juan". Nada queda sin hacer que debiera ser hecho, un profundo y placentero sueño me invade progresivamente -mientras el sopor me arropa colmando mi hambre y mi sed- y un suspiro prolongado sale de mi pecho sin pasar por la garganta, sin cruzar el arco que los labios trazan en la boca. Un olor a romero y jazmines, a lejano sándalo, a cedro, a tierra húmeda y pan recién cocido invade progresivamente la estancia. Un sonido suave que ha de tener su origen en violines, se mezcla con toda una orquesta indiferenciada, produciendo una melodía que tiene sobre mí un efecto sedante y vitalizador a un tiempo. Se enseñoorea de mi mente una claridad concreta que me permite ver el mundo y entender sus misterios. Una nube de imperceptible algodón me rodea en cálido abrazo, y traslada mi cuerpo al horizonte más lejano de todos los posibles, lugar del nacimiento del Sol, momento inicial del Universo, donde los colores se funden en uno nunca percibido, y las medidas de los objetos desaparecen: altura, grosor, longitud; situadas en otra dimensión inapreciable, un punto ínfimo que se confunde con la ausencia de materia.

c) *Testimonio de Inés Pérez González respecto a las causas y consecuencias de su relación con Mampálica y Gumersinda:*

** Inés Pérez González declara que apenas tuvo contacto ni trabó amistad con Gumersinda, quien le fue presentada por Mampálica en una visita al piso de Fernández de la Hoz donde coincidieron.*

** No hubo roce, pues no llegó a vivir con ellos y era su hijo quien la visitaba. Sin embargo, habló con ella dos o tres veces, sacando la impresión de que se trataba de una mujer de mucha conciencia, que se mostraba agradecida a su hijo por todo el bien que estaba haciendo a las hermanas. Y de haber llegado el caso la hubiera acogido y asistido, pues de confirmarse, como era de esperar, el entrevisto carácter bondadoso y sencillo, cabía la posibilidad de que congeniaran.*

** Por el contrario el trato con Mampálica fue muy intenso, estableciéndose una confianza de hermanas, pues las verdaderas no se hacían, dado su desapego, acreedoras.*

** Mampálica le confesó en una ocasión que, al conocerla, se le abrieron las puertas de los cielos, pues se encontraba muy sola y falta de cariño. Desde ese momento se llevaron bien y le ilusionaba la idea de ir a vivir con la declarante a su casa, más aún al estar situada en Toledo, ciudad por la que sentía predilección.*

** Reconoce Inés que antes del traslado cobraba seis mil pesetas diarias, por darle de comer, y vestirla; que la comida era pagaba por la enferma y la cocinaba su hijo. Así sucedió tras el cambio de domicilio; pues ella tuvo que ir a tomar las aguas a un balneario en dos ocasiones, buscando restablecer su precaria salud.*

** Mampálica confió una inversión a José María, hijo de la interpelada, pues tenía dinero infructuoso y pensaba que su vida iba a ser más larga de lo que en realidad fue. Buscaba un beneficio próximo y una seguridad de futuro, y se decidió por una operación inmobiliaria cumplidora de ambas condiciones.*

El hecho de mandarles a ellos la propiedad no cambiaba las cosas, pues de haberla necesitado Mampálica, se habría vendido poniendo el importe a su disposición.

** Frecuentemente expresaba Mampálica que José María era para ella como un hijo, y que estaba siendo tratada con todo mimo y cariño. Si estuvo algunas veces sola la enferma fue con el fin de que descansara; de todos modos, siempre tenía el receptor de la televisión encendido, porque en algunos programas hallaba distracción, y otros la distendían y relajaban llegando a dormirla.*

** El periodo de acogida a la enferma tan sólo duró tres meses. Es rigurosamente cierto. Por desgracia empeoró hasta tal punto que hubo de ser ingresada en el hospital, falleciendo dos días más tarde. En estas circunstancias el precio pagado se puede considerar alto; es razonable y no tienen nada que objetar. Pero la valoración es, de necesidad, muy otra, si se tiene en cuenta que su intención y la del hijo eran la de atenderla hasta el final, ocurriera éste en los citados tres meses o en diez años. Longitud de la existencia, por otra parte, carente de exageración dada la actual esperanza de vida para la mujer, y las abundantes y adecuadas atenciones que la anciana recibía.*

Una semana después de enviado el aviso a los familiares de los asilados, en la Residencia de Ancianos, vecina del consistorio, se notaba un inusual revuelo. Las chicas introducían en bolsas la ropa de los armarios, y unos señores, extraños a la casa, se agitaban inquietos dando órdenes al personal y buscando la aquiescencia de una dama enjuta, vestida de gris, que permanecía en silencio y se expresaba con gestos tajantes. A media mañana, un fragor de ambulancias y coches de la fuerza pública, violentó el sosiego habitual de la plaza Mayor. Irrumpieron los vehículos bruscamente, se detuvieron alrededor del jardín, descendieron sus ocupantes y, denotando práctica, cada uno de ellos se ocupó con premura de su cometido. Entraron los enfermeros dentro del caserón, y debían de estar ya dispuestos los residentes, porque en seguida se hicieron cargo de ellos y salieron portando a unos en brazos y a otros sobre camillas. Una vez en la calle, sin excesivo esmero –era evidente que primaba la celeridad- introdujeron a los viejecitos en los furgones. Los guardias, en número algo menor que el de ancianos, permanecían alerta; no hubo resistencia y resultó innecesaria su intervención. Podía ser que esperaran la discrepancia de los parientes, pero se presentaron dos o tres a lo sumo y, por lo visto, mansos. Un ulular de sirenas huidizas dio fin a un desahucio tan preciso, tan correcto, tan rápido, que a los vecinos del pueblo –en su mayoría personas mayores- testigos casuales de la maniobra, no les dio tiempo a librarse de la sorpresa.

Sábado era la jornada posterior al desalojo, un día nublado, hosco poco grato. Alberto, el nieto de Agripina, en su semanal visita se encontró clausurada la Residencia; la puerta candada y el timbre, falto de corriente, mudo. Las extendidas persianas de los ventanales situados en la planta superior, resaltaban oscuras tras los retazos de sábanas colgados de los balcones. Los malos lienzos mostraban, compuestos con letras negras, reproches dirigidos al dueño del edificio y a los funcionarios. Sin duda eran obra de unos empleados solidarios con la dirección que les procuraba trabajo.

El asombro de Alberto fue mayúsculo: faltaba una comunicación que concretase motivos, fecha y hora; nadie había requerido su aquiescencia, y ningún aviso aparecía fijado a la puerta explicando lo ocurrido. Un hombre mayor que se servía de muletas para andar, colmado de rabia y amargura, detalló a Alberto la tropelía por él presenciada. Recurrió el nieto al cuartelillo en busca de una asistencia que mostrara el paradero de Agripina, y ante su manifiesto enojo, el cabo defendió la acción ordenada por la juez. "Malos tratos habían de darse para tomar tal medida", dijo; "alimentación inadecuada y otras posibles infracciones, no sé, no conozco el sumario; más yo comprobé que olores a guisos poblaban los pasillos, y la puerta de la calle permanecía cerrada para los internos". Con todo -calmados los ánimos- enteró al reclamante del destino de su abuela: la Sierra de Gredos, donde la provincia de Ávila toca a la de Toledo y la Comunidad acaba.

Está Agripina conmovida cuando llega Alberto al nuevo albergue; una luz lleva de la que está necesitada. El día se abre con la fuerza de sus rayos solares por entre jirones prietos; la mañana surge e inaugura la normalidad. Por fin conoce la anciana que el mundo sigue prendido de lo alto, pues en su ignorancia del suceso temió que se hubiera precipitado a los abismos llevándola consigo. En dos ambulancias viajaron veintiséis abuelos, corderos conducidos a un incógnito lugar siguiendo enemigos designios -ella lo relata entre sollozos- la mitad de la carga en cada una de las furgonetas. Caídos en el piso, hacinados, recibiendo y dando vómitos, olores naturales de orines y excrementos, incontinencia propia de personas mayores asustadas. Apartada de los suyos, Agripina se creyó secuestrada por desconocidos malvados, y preparábase a morir cristianamente. Los compañeros de viaje ven en el nieto de Agripina al hijo, al sobrino, y se abrazan a él impidiendo la marcha. Cada uno suma al relato una palabra, una frase, un párrafo -dependiendo de su estado mental- y Alberto elabora con todo ello una teoría, sino de los hechos, sí de sus consecuencias.

Trata el joven de disimular la pena que le invade, y para mitigar la de su abuela le muestra los alrededores. Los torpes pies y los velados ojos no permiten ir más allá de los paseos en coche y las charlas con vecinos. Conocen, en una fría tarde que ha firmado, momentáneamente, la paz con el tiempo adverso, aspectos señalados del pueblo hospitalario; villa que se llamó hace siglos Colmenar de las Ferrerías, y que por obra de don Beltrán de la Cueva, valido del rey, pasó a ser el Mombeltrán escrito en los carteles. Apenas logra conmover a su abuela la historia de amor vivida por el caballero con la reina su señora, ni el posterior nacimiento de la niña Juana que dio origen a una guerra. Observan el castillo con interés disminuido, la plaza, las casas levantadas con voluntad de permanencia y, sobre todo, la arrogante montaña que se alza lindante. Tiene que despedirse Alberto, y la anciana, a su pesar, lo acepta.

Agudiza la soledad sus aristas, su puntiagudo extremo, y Agripina la reconoce nuevamente, compañera inseparable que habita el corazón, venero de todos los escritos salidos de su mano. Qué lejos queda la época gloriosa, tramo de la existencia preterido, en que se reconocía su nombre en el interior de los despachos públicos, y la reverenciaban incondicionales devotos. Unos libros –hijos de su ingenio- en los que pocos habrán hallado la intención que puso, previsiblemente olvidados en dormidos anaqueles, constituyen los restos del naufragio.

Aliado y enemigo, el reposo -anochece de sombras y murmullos- la convierte en vigilante del desvelo. Las nubes negras que se han ido citando, precisamente allí desde las cuatro esquinas, sombra añaden, justifican prevenciones. Acecha Agripina al relámpago que penetra a través de la rendija de sus ojos, ventana mal cerrada. Aguarda al trueno inmediato del chispazo, revelador de una proximidad preocupante. A pesar de que sabe al ruido inerte, cuando resuenan los cielos teme al trueno encaramado a los vientos que están sobre el tejado. Noche de sus ojos y tarde de nevada, compañeras del miedo y de la angustia, insoportables. Echa en falta la vela a

medio consumir, rescatada del Monumento en la Semana Santa, sagrado talismán que aleja a las nubes más congestionadas. Quiere acostarse y nadie se percató de lo que su voluntad última.

Tendida sobre las mantas -pues pone buen cuidado en apartar la colcha para no arrugarla- con los ojos bien abiertos escudriña al torrente de negrura que inunda la estancia, la cama, el armario, la puerta de salida y el perchero, donde la bata permanece descansando, mirando a la pared y dándole la espalda, a ella, que es la dueña y la compró en unas rebajas. El último trueno ha sido horrible, el mundo retumbaba y retumbaba, parecía inmediato el fin de todo; el rayo ha debido de caer muy cerca: en la cima del monte, sobre los árboles desnudos de la inclinada ladera. No es una tormenta de verano, ni rayos ni truenos comparecen; no es un nublado de los que tantos ha sufrido, y a pesar de todo, su cabeza, poblada de temores, así lo representa.

Inquietudes antiguas, el miedo irracional y una excitación creciente invaden su cerebro que, exaltado, no obedece directrices lógicas. Con cuidado se levanta, le cuesta un gran trabajo, se yergue a duras penas. Inclinada hacia adelante, va deslizándose despacio, quelonio precavido. Las manos se anticipan, escapan de los brazos como antenas detectoras, asistentes de las inútiles pupilas casi ciegas. Tropezó en una zapatilla, pierde el equilibrio y se da de bruces con las duras baldosas que dibujan rombos en el pavimento.

Anochecer velado, el dolor lo enturbia todo; no percibe imágenes ni escucha ningún ruido. Se abandona a un blando sentimiento de impotencia. No grita, si gritara en su noche, la noche la oiría; conocería la noche que el miedo la apoquina y, agrandada, envalentonada, a hurtadillas, traicionera, vendría a por ella, anciana y sola, alejada de los hijos, de las nueras, de los nietos, sin marido. Acude la sangre a la salida inexistente, se queda a flor de piel y amarillea; oscurece la nariz, el ojo izquierdo, el saliente pómuló inflamado. Parece un Hecce Homo, un Peer Gynt, un Nazareno.

Suavemente, envueltos en un silencio manso, como mariposas blancas se deslizan los copos desde las nubes circundantes, albeando las cuestas empinadas y el pétreo castillo. Agripina permanece en el suelo sin quejidos ni lamentos; el dolor agudo del principio poco a poco se adormece. Seguramente está todo previsto, alguno de los hijos habrá tenido en cuenta la eventualidad de su percance. Un singular descanso la invade, la cubre una sensación profunda de vacío, un alivio cercano a la felicidad: nota expandirse el aire en los pulmones y oxigenarse la sangre de las venas; el suelo es acolchado, un pozo sin fondo, un abismo de plumas. Permanece sumergida en el horizonte, inmenso mar de fosas abisales, hasta que se marcha del todo la tormenta. Rayos y truenos se alejan de su entendimiento confundido, escampa, el último sol saluda a los cristales, y el alborozo de los niños silencia cuchicheos de las inocentes compañeras. Un manto immaculado de esponjoso armiño cubre el valle, desde el pie de las montañas hasta las altas cumbres; enharina las calles, enjalbega las plazas y la pendiente leve de los tejados.

Las nuevas chicas entran con sigilo. No viene Alicia en quien fiaba todo; se retiró a cuidarse de la malaria traída de Guinea, y una vez curada quedó sacando adelante la casa, madurando frutos, frágil amapola, fuerte lirio, infantes adorados. No vienen Sonia y Noelia, que tanta paciencia derrochaban en el aseo cotidiano, en las comidas prolongadas; perderían el trabajo al cerrarse el centro de Bocigas. Pasan las chicas nuevas y la encuentran en el suelo, hecha un ovillo de huesos y de piel, dormida, profundamente dormida. Un leve calor que se va debilitando, el respiro inexistente, y todas las constantes que aprendieron a medir en el cursillo, indican que está muerta.

El médico, llamado con urgencia, nada puede hacer y no hace nada; sencillamente, certifica el fin de las dificultades. Los hijos van llegando, siguiendo un orden que impone la distancia, desde los respectivos domicilios. Alberto regala a Clemen y a Serapia, dos compañeras de Bocigas, las cuatro

prendas sobrantes del indumento de su abuela; y se reserva para sí un cuaderno de pastas amarillas, continente de apuntes con los cuales, al parecer, la anciana pensaba componer la historia triste de su amiga Salus. Resulta cierto que está todo previsto; la Compañía del Crepúsculo dispone un ataúd adornado con herrajes de latón, las flores frescas, el furgón que transporta a la finada y las exequias todas, siguiendo una secuencia que vamos dominando a medida que la edad nos invita a otros entierros.

En las condiciones de la póliza se acuerda una parada en la iglesia de su villa natal; y allí la colocan: frente al altar mayor dedicado a la Virgen, retablo de madera de un gran valor imaginero. Nunca estuvo en tal parte del templo, teatro de las sacras ceremonias, territorio de los hombres, bancos cercanos al misterioso sagrario; lugar reservado a los concejales del ayuntamiento, a los niños de primera comunión, y al catafalco del día de difuntos. Acostada en esa posición, mirando al cielo, ve los arcos valientes que sujetan la techumbre, la balaustrada labrada del coro, la capilla de los Santos Mártires, y los restos del órgano salvados por la luz de la mañana que ahuyentó, sin darles tiempo para completar su acción maligna, a los desconsiderados robadores.

Se celebra, buscando el eterno descanso de su alma, una misa de *corpore insepulto*: sacrificio, requiem y responso. Latines se oyen recitados con un soniquete preñado de melancolía, que ponen la tristeza en la mirada empobrecida por el recogimiento, en los labios mustios, y en el ceño fruncido de todos los presentes. Contribuyen sobremanera a crear la atmósfera de aflicción precisa, el plañido intermitente de las recias campanas -entrechocar del bronce con el bronce- el chisporroteo saltarín de los cirios, y la visión del bonete invertido recibiendo limosnas.

Sus cuatro hijos la portan a hombros. Dos delante, a los pies; dos detrás, a la cabeza. Cuatro varones; no había parado mientes en la utilidad de ese detalle: no han hecho falta extraños. En lenta procesión que agota el largo repertorio de jaculatorias, paso a paso acercan la caja de madera al

cementerio, siguiendo un camino salpicado de cruces. Los sembrados de las cuestas pardas, los que rodean al pueblo y los cercanos al arroyo, respondiendo a lo esperado comienzan a nacer: despuntan las verdes yerbecillas, ralean tenues pinceladas. Es el final de un enero mohíno, el preciso día en que hubiera cumplido los ochenta y uno e hizo aparición la carta mensajera: "Tengo el placer de comunicarle que llegado el turno para eliminar la tela de sus ojos, el día seis de febrero deberá presentarse en ayunas". Habrá que poner sobre aviso a los que operan, para que no pierdan el tiempo y pasen al más próximo.

El camposanto abre sus puertas de hierro con graves chirridos, dilatados quejidos que se sostienen en el aire como lamentos de doliente. Las flores ofrecidas en noviembre son tallos resecos sobre las lápidas grabadas con breves epitafios. Ante las tres cruces del paseo central, representación del Gólgota, el señor cura inicia un padrenuestro. Continúan Micaela y Batilda, amigas en los días de charlas y costura, Vicenta, Encarna, Fidel y Fortunato; pronto es un clamor que llena el aire. Descendido con tiento al hoyo de la sepultura, el arcón recibe una lluvia de tierra, pequeños tabones recogidos en la pala reluciente, estrenada para el trance por los Melgos, albañiles ellos por la fuerza del destino.

Las coronas de flores, los mezclados colores de los ramos, cubren la tumba unificada de la mujer y del marido. A Alberto le resbala una lágrima. En los labios de otro nieto florece incompleta una sonrisa. Bulliciosos se persiguen, de los tejados de la ermita a los chopos del plantío, macho y hembra, dos pardales. Un almendro aguarda su pronta floración en la ladera.

La llegada del joven Alberto a la casa de la señorita Salus, tan esperada que una estrella podía haberla anunciado, no tuvo lugar el lunes como estaba previsto. Sucedió que los acontecimientos se precipitaron en torno a su abuela, y las circunstancias dieron a su actuación un indudable protagonismo.

En la madrugada del martes aparece el cielo, como si de un presagio fatal se tratara, teñido de un oscuro añil; y a las diez menos cuarto de la mañana, al igual que sucede cada día de trabajo, un ruido de llaves se aprecia, previo al leve chirriar de la puerta al abrirse. Ha de tratarse por fuerza del nieto de Agripina, ese mozo serio que no encuentra trabajo después de un año de haber terminado la carrera, y prolonga unas prácticas en la notaría de enfrente. Viene a dejar el almuerzo en el refrigerador, buscando que hasta el mediodía se conserven en su punto las sabrosas viandas cocinadas por Matilde, su madre, siguiendo antiguas recetas que logran el difícil encargo de incrementar el despierto apetito. Nombra a la dueña de la casa como por costumbre hace, y al no obtener contestación, levanta la voz y, repetidamente, grita: ¡Salus!, ¡Salus!, ¡Salus!, mientras va abriendo una tras otra las puertas que el pasillo recibe. Sobre la mesa redonda de la cocina descubre un vaso de leche, y lo relaciona al instante con el horno que en la encimera de la cocina permanece abierto. Al lado, espera turno, probablemente, una fuente plana, decorada con amplias elipses azules y rojas; continente de dos rodajas de un pescado blanquecino, que comienza a descomponerse sumergido en su propio jugo.

Desatendiendo la sospecha que siente crecer en su corazón, piensa a la anciana trajinando en el dormitorio, y a él se dirige. Le lleva cauto la precaución devota de quien se acerca a un santuario. Repite de nuevo el nombre de la anciana: ¡Salus!, ¡Salus!, ¡Salus!, enfrentando el temor a no

obtener respuesta con la esperanza empeñada en conseguirla. Titubea en el umbral frente a los ramales de su conducta inmediata, y permanece unos instantes tratando de escuchar algún sonido que delate movimiento. Nada revela una situación claramente definida, y herido por la incertidumbre penetra en el *Sancta Sanctorum* donde observa con alarma que la cama no ha sido deshecha. En el ángulo izquierdo un sillón acoge la ropa de calle cuidadosamente doblada; vestido y chaqueta flanqueados por el bastón y un bolso de piel que cuelga del brazo. Este hallazgo le lleva al cuarto de aseo, y otra vez exclama: ¡Salus!, ¡Salus!, al aproximarse; obteniendo por toda réplica un silencio que a esas alturas ya es elocuente. Con una incierta aprensión que tiene causas mezcladas, empuja la hoja de madera de pino que él mismo ha barnizado, y va viendo, a medida que ésta se abre, una combinación de seda y otras prendas íntimas dejadas sin concierto encima de un taburete. En fuerte contraste con la suavidad del rayón, de un pálido tono rosa, enroscado como una serpiente resalta un rudo cilicio de esparto. Entra por completo y allí, dormida, descubre a Salus; una anciana pálida, doblada, hecha a la forma de la bañera que contiene su cuerpo desnudo. A causa de la timidez se retrae un momento; musita unas palabras vacilantes, y al no responderle voz alguna se aproxima medroso. Teme un vahído, un mareo de aquellos a los que es tan propensa. Se coloca al costado, tiende la mano temblorosa, y levanta la mustia cabeza que apoya en el pecho su peso. Al soltarla -barbilla roma, labios purpúreos, nariz blanquecina y ojos cerrados- cae inerte de nuevo. A pesar de que nota el tacto cálido, se apodera la alarma de su interior afligido, pues no percibe el aliento y empieza a creer que se trata de un mal que va más allá de un repentino desmayo.

Alcanza el pasillo y se precipita, escaleras abajo, hacia la vivienda de la vecina. Toca el timbre, y pasado un extenso minuto, abre la puerta el marido, quien dibuja en el rostro una franca sonrisa y le ofrece hospitalario la entrada. Atropelladamente relata el descubrimiento, y cuando va por la mitad de una historia confusa, aparece la mujer deshaciéndose de un delantal

sujeto al cuello por una cinta granate. Mientras ascienden los escasos peldaños, ella le refiere su creencia de que Salus estaba pasando unos días con Agripina; por ello no sintió alarma cuando llamó al timbre sin obtener fruto alguno. No informa Alberto, en esos momentos tan inadecuados, acerca del penoso traslado que tuvo su abuela, madre de su padre; de la confusión de su mente revuelta, y de la caída que dio término a una larga existencia a medias luminosa y sombría. Sin pérdida de tiempo penetran en el cuarto de baño, y con los cinco sentidos puestos en la observación, obtienen la certeza de que la vida, al marcharse, ha dejado vacío ese cuerpo. Ambos opinan que se ha consumado la desgracia hace sólo unos instantes, un lapso muy corto; y que de haber adelantado Alberto la venida, tal vez hubiera habido algún remedio. Entonces sí; quizá por justificar su involuntaria tardanza, el muchacho comunica a la vecina los hechos dolorosos que la ocasionaron.

El futuro sucede conforme a los afanes de Salus, siguiendo el rumbo que su voluntad dictaba en el escrito testamentario. Si no puede ser Agripina, situada más allá del espacio y del tiempo, más allá de los humanos designios, quien dé cumplimiento al ineludible mandato, lo serán Alberto y su padre, beneficiarios, junto a la abuela, de la mitad de la herencia y de todas las cargas. Ellos convocan al orbe a un sepelio que la liturgia de los cánticos convierte en multitudinario.

Habían de estar presentes en el templo todos sus conocidos -los de Encinas de Esgueva, de Valladolid, de Medina, de Salamanca, sumados a los vecinos de los madrileños barrios donde había residido Salus en tan prolongada permanencia; los amigos de los padres, de cualquiera de los hermanos; los compañeros de su diversos trabajos, en los que se mostró en extremo cumplidora y fiel; quienes tuvieron relación directa o indirecta con la finada, y muchos otros que simplemente oyeron alabar sus virtudes: honradez, modestia, y templanza- habían de estar presentes todos ellos, unidos por el deseo de tributar un merecido homenaje a la señorita Salus, para que se viera el templo tan atestado, de forma que los últimos en llegar

abarrotaban las puertas abiertas, desbordando las aceras. Posiblemente no vinieran de lejos, ni movidos por las esquelas publicadas en las poblaciones que fueron testigos de su itinerario. Quizá se tratase sólo de curiosos que escucharon, al pasar, los gregorianos cantos, en un momento quizá irrepetible; pues los discos grabados por los monjes de Silos, puestos de moda, se vendían a lo ancho del dilatado mundo. El caso es que no se vio en el barrio funeral más numeroso, a no ser el de algún personaje de fama extendida. Si la señorita Salus pudo contemplarlo desde algún lugar del Cielo, si desde el Purgatorio le permitieron, como un favor, ese privilegio, será feliz por los siglos de los siglos.

Por aumentar sus conocimientos colabora Alberto con el notario que lleva la testamentaría de Salus. Acompaña al escribano en sus visitas a las oficinas del juzgado, a los registros de la propiedad, a la recaudación de la Hacienda Pública, y a una agencia que procede a la enajenación de los bienes inventariados a nombre de la difunta. Por medio de una entidad bancaria que tiene en Buenos Aires oficina abierta, envían a Aproniano su parte y le libran de cualquier compromiso; pues dado el padecimiento de su corazón y la enorme distancia, Salus, aconsejada por la razón, así lo dispuso.

Dando mayor aplicación a los veneros recibidos, mandan colocar la lápida de rosado mármol, que es un sol naciente para el lúgubre cementerio cuando su bruñida superficie refleja los rayos primeros del día. El epitafio gravado, sentencia inspirada y solemne, comprometida con la causa eterna, posee la virtud de fijar la piedra a la tierra, pues de otro modo se iría elevando hora tras hora hasta alcanzar el cenit y desaparecer por el poniente. Ordenan, padre e hijo, las misas repletas de cánticos tristes, salvoconducto del alma en la fronteriza encrucijada que da entrada a la Gloria; y redoblan el esfuerzo puesto en los pleitos, persiguiendo a los malvados violadores de la última voluntad de las desdichadas hermanas.

Todo se hace como ella quería, y los ahorros íntegros se emplean en su beneficio. Sin embargo, las dos personas que recogieron su cuerpo

exánime del lugar de expiración –Alberto y la vecina- no fueron conscientes de la rojiza equimosis aparecida en las plantas de los pies y en las palmas de las manos; y a Salus le hubiera satisfecho saber que existían testigos del prodigio. Tampoco apreciaron el gran parecido de la mujer que tomó en sus brazos el cadáver, con la señora Beremunda, la madre mesurada; nariz, ojos, labios, perfilados por idéntico dedo; frente ancha hasta llegar a un cabello de nieve y ceniza. No, no se dieron cuenta, en suma, de que estaban pasando ante las últimas estaciones, las que dan fin al Viacrucis soportado por ella, las que agotan el dulce calvario que ha sido la prolongada existencia de la señorita Salus.
